

TOWANDA RICHARDSON

*La identidad
oculta de
Dylan*

AMAR A UN MULTIMILLONARIO II

La identidad oculta de Dylan

Towanda Richardson

© Towanda Richardson.

Portada: Towanda Richardson.

Reservados todos los derechos.

Esta es una historia de ficción. Cualquier parecido con la realidad es pura coincidencia.

Índice

[Nota de la autora](#)

[Sinopsis](#)

[1 Empezar de cero](#)

[2 Con las ideas claras](#)

[3 En casa](#)

[4 Polos opuestos](#)

[5 A Newport por Navidad](#)

[6 El reencuentro](#)

[7 A donde quieras que vayamos](#)

[8 Las cosas claras](#)

[9 Te quiero a ti](#)

[10 La verdad de Lily](#)

[11 Días de vino y rosas](#)

[12 Es ella](#)

[13 Cómo has podido hacerme esto](#)

[14 El largo camino sin ti](#)

[15 El largo camino sin mí](#)

[16 Toda la verdad de Dylan](#)

[17 Lo más parecido a un hogar](#)

[18 Merecéis saberlo](#)

[19 Cuando un Crawford entra en tu corazón...](#)

[20 Para siempre](#)

[Epílogo ~ Cuatro meses después](#)

Nota de la autora

Esta novela es la segunda de la serie *Amar a un multimillonario*. Puede leerse de forma autoconclusiva, pero, si quieres conocer mejor al personaje de Dylan, lo encontrarás en la novela que protagoniza su hermano mayor, Jackson: [*El secreto mejor guardado de Jackson*](#).



Sinopsis

Dylan lleva demasiado tiempo siendo alguien que no quiere ser. Que no merece ser. Lleva demasiado tiempo con el peso de la culpabilidad sobre sus hombros, y ya no sabe qué más hacer para solucionarlo. Hasta que decide romper con todo e iniciar una nueva vida en la que ni sus errores del pasado, ni el dolor que provocó ni su fortuna familiar sean un lastre para ser feliz.

Lily tiene muy claros sus ideales. Huyó de una infancia dura y es feliz en Nueva York, pero no consigue encontrar al hombre perfecto que cumpla con los tres requisitos que son fundamentales para que ella se enamore: que no sea rico, que odie las drogas y que no mienta. Jamás.

¿Qué será de ellos cuando sus caminos se crucen, los instintos se impongan y los secretos e ideales se olviden, perdidos en unos sentimientos arrolladores?

1

Empezar de cero

Dylan recibió en la cara la bocanada de vapor que emanaba del lavaplatos industrial del bar, y envidió a todos los que paseaban por las calles de un Nueva York en el que aún se podían ver en las calles los restos de la última gran nevada. Llevaba casi un año trabajando en aquella cafetería cercana al campus de Columbia, y lo que peor llevaba era el calor asfixiante que se respiraba entre sus paredes, independientemente de que fuera verano o invierno. Las cafeteras funcionando dieciocho horas al día, los lavaplatos repletos de tazas, las mareas humanas que se refugiaban en sus mesas de las agobiantes clases... todo contribuía a que se hiciera complicado respirar allí dentro.

Pero, contra todo pronóstico, Dylan se sentía bien trabajando en aquel lugar.

Había sido un año complicado, pero, a la vez, los meses mejor aprovechados de su vida. Y cualquiera podría pensar que había estado mejor aprovechado el tiempo que había dedicado en el pasado a hacerse cargo de la empresa familiar tras la muerte de su padre y a hacerla subir como la espuma en cotización, pero... para él no. Él había hecho aquel trabajo como un autómatas, aprovechando los conocimientos que había adquirido en la facultad, una cierta destreza natural para los números y muchísimas horas invertidas.

Lo que había aprendido en el último año era muy diferente. Había aprendido... a vivir por sí mismo. Todavía no había conseguido perdonarse aquello que había destrozado su vida (y unas cuantas más) casi diez años atrás, pero, al menos, había dejado de sentirse como un farsante al que todo le había venido dado por la muerte de sus padres y por el sacrificio de su hermano mayor.

Empezar de cero. Trabajar duro, como cualquier persona de su edad. No sentir que todo a su alrededor eran privilegios inmerecidos. La nueva vida de Dylan había empezado entre las paredes de aquella pequeña cafetería del norte de Manhattan, y él no tenía intención de abandonar su realidad actual por mucho que le insistieran en ello.

Y le insistían. Vaya si le insistían. Sus hermanos y Tiffany, las personas más importantes de su vida (las *únicas* personas de su vida, prácticamente), no dejaban de intentar convencerlo de... de todo. De que volviera a Crawford

Inc., de que dejara de torturarse con una vida con la que pretendía expiar errores del pasado que ya no tenían solución, de que volviera a tener un mínimo de vida social. No entendían que él estaba muy lejos de conseguir superar todo lo que lo atormentaba y que tenía un interés nulo en la *vida social*.

Decidió poner la mente en blanco durante un rato y se dedicó a aquello que había conseguido que se le diera bien, con algo más de práctica de la que esperaba: preparar cafés, servirlos, recoger mesas... Era su receta para vivir el presente, para aprender a ser él mismo, para no pensar en el pasado... ni tampoco en el futuro. Ese que era tan incierto que prefería alejarlo de su mente en cuanto se atrevía a presentarse.

Sonrió al pensar que, al menos, podía dedicar una buena temporada solo a pensar en él mismo. Jackson había vuelto a casa y estaba al frente de la familia. Como siempre había debido ser. Como si nunca hubieran pasado ocho años de infierno en medio. Cole y Ben seguían con sus vidas, encantados de tener a su hermano mayor de vuelta, y a esa especie de nueva hermana adoptiva en que se había convertido Tiffany.

Cuando consultó el enorme reloj de pared que presidía la zona de sillones de la cafetería, vio que pasaban unos minutos de su hora de salida. Recogió lo último que le quedaba pendiente y se dirigió al vestuario a dejar el polo y el delantal del uniforme.

Y allí estaba ella.

Lily.

En ropa interior.

Con las ideas claras

Lily entró en el vestuario cruzando los dedos para que los turnos del día no la hicieran coincidir con su compañero de trabajo menos favorito. Llevaba solo dos semanas trabajando en una pequeña pero muy bulliciosa cafetería cercana a su facultad, y no tenía intención de perder otro trabajo por no ser capaz de mantener la boca cerrada. Pero es que Dylan la exasperaba. Mucho. Apenas le hablaba cuando coincidían y, si lo hacía, era en un tono áspero que a ella le hacía preguntarse qué diablos le había hecho en otra vida. Porque en la actual no creía haber coincidido nunca con él. Lo recordaría. Sí, sí. Sin duda, lo recordaría.

Hacía más de cuatro años que Lily había llegado a Nueva York, procedente de la costa oeste. Si no se había ido más lejos, era porque no había ninguna facultad de Veterinaria en el medio del Atlántico. Huir de California era la mejor decisión que había tomado en su vida, pero las cosas no habían sido siempre fáciles. Había aterrizado en Columbia con una beca de estudios, pero siempre había trabajado para sufragarse el resto de los gastos. Había jurado no pedirles jamás un dólar a sus padres y lo había cumplido. Ese era su mayor motivo de orgullo, incluso cuando las jornadas de estudio y trabajo habían sido por momentos agotadoras o cuando había dejado un par de empleos por ser fiel a sus principios.

Sus principios... A veces pensaba que ojalá no los tuviera. Su hermana Sherry había vivido la misma infancia y adolescencia que ella, pero no había reaccionado de la misma manera. Lily la respetaba; la admiraba, incluso, por haber sido capaz de olvidarlo todo y comenzar una vida feliz junto a su marido, Joey, y sus dos hijos mellizos, a los que Lily adoraba. Sonrió al pensar en sus sobrinos, los niños de sus ojos, lo único que echaba de menos en Nueva York. Ellos no tendrían que pasar por el infierno que habían atravesado ellas. Nunca. No le cabía duda.

Empezó a desprenderse de las mil capas de ropa que llevaba para protegerse del persistente frío de Nueva York, y las guardó de forma ordenada en su taquilla. No sabía por qué, quizá por la cercanía de la Navidad, pero ese día no conseguía sacarse de la cabeza aquellos años horribles vividos antes de que la oportunidad de estudiar en Columbia la liberara. Del dolor, la pena, la mentira, el sufrimiento, el miedo... Con todos esos sentimientos había tenido

que convivir desde que tenía uso de razón. Sus padres, si es que se les podía llamar así, habían sido dos empresarios venidos a menos que habían convertido su infancia y la de su hermana en un infierno. Porque la razón por la que sus padres habían ido perdiéndolo todo habían sido sus adicciones. Las habían tenido todas: alcohol, drogas, juego... Sherry había sobrevivido emocionalmente recordándose a diario que aquello no eran vicios que convertían a sus padres en malas personas, sino enfermedades tan inevitables como cualquier otra. Lily... lo intentaba, pero no lo conseguía. Se había pasado años odiándolos por ello, sobre todo por las mentiras que siempre iban asociadas a lo que hacían. Tantas veces les habían prometido sus padres que iban a dejar de consumir como ella se lo había creído. A veces echaba de menos a aquella Lily crédula de la infancia, por mucho que sufriera. Ahora era más sabia, pero había perdido la inocencia.

Cuando Sherry se fue de casa para casarse con Joey, Lily se obsesionó con marcharse lejos. Si con su hermana le había resultado difícil soportar el ambiente de la casa familiar, sin ella era impensable. Pasaron dos años antes de que pudiera irse a Nueva York, y jamás había vuelto a llamar a sus padres. A veces le invadía la nostalgia por aquellos primeros años de su vida en los que la vida familiar era soportable, cuando sus padres aún se preocupaban más por ellas y por su trabajo que por las drogas, pero, en cuanto el dinero fue aumentando, paradójicamente, fue también disminuyendo, porque lo destinaban a cualquier cosa que tuviera el poder de destruirlos. De destruir a la familia.

La única ventaja, si se le podía llamar así, que Lily encontraba a todo lo que le había tocado vivir era que tenía muy claro lo que quería en la vida. O, mejor dicho, lo que no quería. Lo que no estaba dispuesta a tolerar. Quizá por eso sus relaciones de pareja habían sido escasas, por no decir... inexistentes. Había salido con chicos, sí, pero siempre se había encontrado con algún obstáculo que le hacía perder pronto el interés y, en ocasiones, hasta salir corriendo.

«Son más duros los requisitos para ser tu novio que para entrar en la NASA», le había dicho Sherry después de su última cita fracasada. Había sido un par de meses antes, con un compañero de facultad que le gustaba bastante, pero que había decidido terminar una cita que había ido bastante bien ofreciéndole fumarse un porro a medias. *Mec*. Error. El requisito número uno era que su posible novio se mantuviera alejado de cualquier tipo de droga, alcohol incluido.

Eso había complicado un poco su vida social, claro, pero a ella no le

importaba. Tenía muy claro que no necesitaba un hombre a su lado para ser feliz; eso también lo había aprendido de aquella relación tan tóxica que había visto en sus padres. Así que seguía sumando requisitos a la lista: si en algún momento decidía compartir su vida con un chico, tendría que ser alguien comprometido, con quien compartiera ideales; alguien que supiera lo que es ganarse la vida con el trabajo de sus manos, sin que nada le viniera dado; que no fuera rico, ni prepotente, ni demasiado guapo; y, por encima de todo, alguien que jamás le mintiera.

Con los veintitrés recién cumplidos y unos cuantos años saliendo con chicos, le quedaban pocas esperanzas de encontrar algo así.

Sacudió la cabeza, como si el gesto fuera a servir para alejar esos pensamientos tan sombríos que la habían invadido aquella tarde. Ni siquiera recordaba cuánto tiempo se había pasado divagando sobre su vida sentimental; sobre su vida, en general. Lo que sí sabía era que lo había hecho... en ropa interior. Por qué su cerebro había decidido quedarse paralizado después de quitarse toda la ropa que traía de la calle y antes de coger el uniforme del café era un misterio, pero uno innegable. Porque allí seguía Lily, con unas ocho o nueve prendas en la mano, aquellas con las que se protegía del incesante frío de Nueva York... y con una sensación extraña en el cuerpo.

Bueno, quizá «extraña» no sea la palabra. Era una sensación muy reconocible. Esa que sentimos todos cuando notamos los ojos de alguien cerniéndose sobre nosotros. Y quizá hasta ese momento Lily no fue tan punzantemente consciente de que estaba casi desnuda.

Y habría jurado, incluso antes de darse la vuelta, a quién pertenecían aquellos ojos que sabía que la estaban escaneando de arriba abajo.

Cuando se giró, sus peores sospechas quedaron confirmadas.

Dylan.

Maldito fuera.

—Emmmm... Yo... Yo... —Lily se planteó que quizá debería haber pensado en alguna frase que excusara su desnudez antes de empezar a hablar.

—¿Sí? —La sonrisa socarrona de Dylan la descolocó todavía más, y un sonidito muy parecido a una carcajada sorda acabó de desarmarla.

—Tengo que irme.

—Yo que tú me pondría algo antes de salir ahí fuera. —Dylan tuvo que elevar el tono de voz en las últimas palabras, porque Lily se marchó corriendo sin mirarlo a la cara ni una sola vez, al tiempo que se ponía el polo del uniforme. Claro que... él tampoco la había mirado demasiado a la cara

precisamente.

Lily sintió que el vapor que salía de la cafetera industrial la refrescaba, en comparación con el calor interno que sentía. Dylan era su archienemigo laboral; en las semanas que llevaban trabajando juntos, jamás se había dirigido a ella en un tono ni mínimamente agradable. Y ahora, además, la había visto casi desnuda.

Genial.

Su día no dejaba de mejorar.

3

En casa

Como una piedra.

Así llegó Dylan aquella noche al apartamento de Jackson en Park Avenue. No es que no hubiera hecho un esfuerzo considerable por olvidar la imagen de Lily en sujetador durante el trayecto en metro, el paseo desde la estación hasta el portal e incluso en el ascensor de camino al impresionante ático sobre el que se divisaba Central Park. Quizá debería haberse tirado en la nieve de cabeza, a ver si conseguía así enfriarse un poco.

—¡Jackson! Ya puedes salir de la cocina. ¡Ha llegado el camarero! —Ese fue el recibimiento que le brindó Cole en cuanto atravesó la puerta del apartamento.

—Vete a la mierda, gilipollas.

A pesar de sus palabras, Dylan saludó a su hermano con un abrazo. Repitió el gesto con Ben, el menor de los cuatro y, finalmente, con el matrimonio que formaban Jackson y Tiffany. El olor a lasaña invadía el apartamento, y Dylan identificó enseguida ese aroma como un sinónimo de hogar.

—No me digáis que habéis aprendido a cocinar, pareja de inútiles —se burló Dylan, porque la gastronomía no era precisamente la especialidad de Jackson y Tiffany.

Jackson le respondió señalando con el pulgar hacia Cole, que era el único de los Crawford que tenía la menor idea de cómo manejarse entre los fogones. Entre todos llevaron las bandejas de comida a la mesa, y la cena transcurrió entre bromas, risas y ese ambiente familiar que Dylan tanto, tantísimo, había echado de menos durante los años de ausencia de Jackson. Le gustó que sus hermanos hubieran decidido servir la cena en la cocina, como lo que eran: una familia normal disfrutando de un pequeño gesto cotidiano. Aunque *normal* fuera un adjetivo que durante años hubiera quedado tan lejos de definirlos.

—¿Empezamos ya a intentar convencerlo de que vuelva a la empresa o seguimos con la tregua? —preguntó Ben, cuando todos tenían la boca llena del tiramisú que Cole había preparado para el postre. Le dirigió a Dylan una pequeña sonrisa de disculpa... y una enorme llena de socarronería a los demás ocupantes de la mesa.

—Oh, por favor...

—Dylan, vamos a ver...

—No, en serio, por favor os lo pido. Dejad el tema. —Dylan se puso serio, muy serio, pero pronto relajó el gesto porque, por mucho que le molestara que siempre intentaran persuadirlo de lo mismo, en el fondo tenía demasiada debilidad por todas aquellas personas como para enfadarse con ellos—. Me encanta venir a cenar con vosotros los jueves, no hagáis que me arrepienta.

—Pero, Dylan —intervino Tiffany—, nadie conoce los números de la empresa tan bien como tú. Jackson necesita tres asesores, además de a Ben y Cole, para administrar algo que tú puedes hacer con una mano en el ratón del ordenador y otra jugando al solitario.

—Al solitario es a lo único que juega últimamente... —murmuró Jackson por lo bajo, haciendo que Cole y Ben estallaran en carcajadas, y que Dylan pusiera los ojos en blanco.

—Deberíais pagarme por venir. Os proporciono una fuente inagotable de bromitas.

—Por algo será...

—Chicos, estoy feliz trabajando en el café, en serio. Necesitaba eso, desconectar de mi vida anterior. No digo que vaya a durar para siempre, pero ahora mismo no me siento capaz de volver a la empresa y retomar lo que fue mi vida durante esos años tan jodidos...

La voz estuvo a punto de rompersele al final de la frase. En los últimos meses, Dylan había hecho progresos de los que no se habría creído capaz un año atrás, sobre todo en su relación consigo mismo, pero no engañaría a nadie si dijera que había superado la culpabilidad. Ya no lo ahogaba —o no a todas horas—. Ya no impedía que pudiera continuar con su vida. Pero jamás olvidaría que, por sus errores y su mala cabeza, la persona a la que más había querido en toda su vida había visto truncados sus mejores años.

Sus hermanos rebajaron el tono, y Dylan fue capaz de relajarse. Se repartieron el espacio de los dos enormes sofás de color gris que presidían el salón, y Dylan dejó que una taza de té le calentara las manos y la compañía familiar, el alma. Se fijó, como tantas veces había hecho en esas cenas de los jueves que ya se habían convertido en tradición, en Jackson y Tiffany.

Era difícil creer que una persona pudiera tener una capacidad tan enorme para hacerlo siempre todo bien, aunque, si de alguien no tenía dudas de que sería capaz de conseguir cualquier cosa, era de Jackson.

Solo hacía un año que Jackson había salido de la cárcel y se había casado con Tiffany, casi al mismo tiempo. Y, en ese año, había dado tantos pasos

adelante que nadie se creería el infierno por el que había pasado durante los ocho años anteriores. Dylan tenía bastante claro que la influencia de Tiffany en su vida no había hecho otra cosa que potenciar todas las cualidades que Jackson había tenido desde niño. Con ella al lado, era aún más responsable, más leal, más trabajador, más... perfecto.

Pocas semanas después de aquel viaje relámpago a Las Vegas que había acabado en boda por sorpresa, Jackson había tomado las riendas de la empresa familiar. Dylan había estado encantado de guiarlo en todos los pasos necesarios para que se pusiera al día, y Cole y Ben habían acabado de facilitar las cosas. Para Dylan, fue una doble liberación ver a su hermano ocupar el puesto que siempre le había pertenecido y tener la libertad de poder apartarse sin que la empresa se resintiera.

A Dylan se le escapó una sonrisita que hizo que sus hermanos lo miraran extrañados cuando recordó aquella extraña etapa en que él había sido algo así como un novio platónico de Tiffany. Dios... adoraba a esa chica. Pero no se podía imaginar algo más antinatural que acostarse con ella o simplemente darle un beso que no fuera puramente fraternal. Ella se había convertido en su mejor amiga, su confidente en algunos de esos temas que ningún hombre quiere hablar con sus hermanos varones. Y la relación era recíproca.

Tiffany consiguió, pocos meses después de casarse, encontrar aquella vocación que tanto parecía resistírsele en la época universitaria y en sus primeros meses de trabajo. Cogiendo a todos por sorpresa, a Jackson el primero, Tiffany había decidido ponerse al frente de la asociación que Dylan les había pedido que fundaran para ayudar a personas que tuvieran problemas parecidos a aquellos que habían destrozado la vida de Jackson y Dylan casi diez años atrás. Desde hacía algo más de medio año, Tiffany era la presidenta de la Fundación Crawford de Prevención de las Adicciones.

La primera decisión que había tomado había sido llamar a Walter, uno de los presos a los que había dado clase en aquel curso de alfabetización en que Jackson y ella se habían enamorado, para ofrecerle ser su mano derecha. El chico hablaba inglés a duras penas, tenía solo veinte años y había pasado más de un año en la cárcel, pero Tiffany quiso darle una oportunidad de trabajar. Aseguraba que ya tendría tiempo de aprender, junto a ella, a gestionar la Fundación, pero que lo más importante ya lo tenía: ella confiaba en él plenamente. Quizá la razón por la que el destino había decidido unir a Jackson y a Tiffany fuera que los dos tenían vocación de ángeles de la guarda.

Cuando le comunicaron a Dylan que sería Tiffany quien se hiciera cargo de

aquella asociación que para él era más una necesidad que un sueño cumplido, estuvo a punto de soltar una lágrima, pero en realidad estalló en carcajadas, porque no se podía creer que nadie se hubiera dado cuenta antes de que era la persona perfecta para aquel trabajo. La empatía que había desarrollado durante los primeros meses de su relación con Jackson, la cara dura que había aprendido a mostrar durante su época trabajando en la cárcel y su corazón de oro eran las cualidades perfectas para trabajar en algo así.

Jackson y Tiffany eran felices. Él con su empresa, ella en la Fundación. Los dos viviendo su historia de amor, que tanto se habían merecido, en un piso imponente del Upper East Side, convertidos en las cabezas de una familia que había estado desmembrada demasiado tiempo. Ben y Cole vivían en el apartamento contiguo, y habían convertido la planta entera de aquel edificio tan señorial en una especie de casa familiar en la que las puertas solían estar abiertas y cualquiera de ellos encontraba intimidad si la quería, y refugio si lo necesitaba.

—Me retiro a dormir —anunció Cole, provocando que todos los presentes lo abuchearan—. Mañana quiero estar a las seis en la oficina.

—Cole, nadie *quiere* estar a las seis de la mañana trabajando —se burló Dylan, tomándose su pequeña venganza de las risas de las que él solía ser víctima.

—¿Tú no tienes que entrar temprano a trabajar en ese café mugriento?

—*Nop*. Mañana es mi día libre.

—Pues ya sabes a qué puedes dedicarlo.

Al final, la venganza fue un tiro que le salió por la culata, porque todos sus hermanos —y hasta Tiffany!— acabaron riéndose de él mientras imitaban un gesto bastante evidente sobre lo que creían que eran sus actividades a solas en el dormitorio en los últimos tiempos.

Lo peor era... que no se equivocaban.

Hacía ya más de un año que Dylan no estaba con una mujer, y empezaba a echarlo de menos. Había necesitado aislarse también en ese sentido, después de unos años en los que lo único que presidía su vida era la promiscuidad. Una promiscuidad bastante desorbitada. Se había pasado aquellos años de tortura en los que no sabía nada de su hermano mayor enrollándose con cuanta mujer se le pusiera delante sin intención de compartir nada más que fluidos. Antes de conocer a Tiffany, había tonteado (y algo más que *tonteado*) con varias de aquellas chicas que se le ponían en bandeja durante las vacaciones en Newport. Pero, después de la cadena de locos acontecimientos ocurridos el

año anterior, y tras la enorme alegría de ver su familia recompuesta... nada. No había vuelto a acercarse a una mujer.

¿Por qué demonios estaba pensando en ese tema? Y, sobre todo, ¿por qué mientras reflexionaba sobre su vida sexual —o, mejor dicho, sobre la ausencia de ella—, no conseguía apartar de su cabeza la imagen de Lily en sujetador? Habría podido describir la prenda hasta el menor detalle: azul celeste, de encaje, con los tirantes en color blanco... Sí, era oficial, se estaba volviendo loco.

—Me voy a mi apartamento —anunció, porque, en aquel momento, tenía un único plan en mente para el momento en que llegara a su casa. Uno solitario y placentero.

—Sigues teniendo un dormitorio en nuestro piso. Lo sabes, ¿no? —Ben lo miró muy serio. Sabía que su hermano pequeño, que era el más reservado de todos, era el que peor llevaba su ausencia de la casa familiar.

—Dormitorio que es más grande que tu apartamento —murmuró Tiffany, aunque Dylan le dejó claro con una mirada que la había escuchado perfectamente.

—Te he oído. En serio —se levantó del sofá con algo de pereza—, me voy.

—Te acompaño a la puerta —se ofreció Jackson.

Su hermano mayor era la persona a la que Dylan más había respetado en toda su vida, pero no le apetecía nada la charlita que se le aproximaba. Sabía que esa era la razón de que lo acompañara a la salida, no una renovada cortesía hacia un invitado que en realidad no lo era.

—Dylan, quería hablar contigo sin esos dos imbéciles haciendo bromas —le dijo, con una sonrisa.

—No, Jackson. No quiero tener esta conversación.

—Dylan, ¿por qué sigues haciéndote esto?

—Joder, tío... Que no estoy haciendo nada malo. Estoy trabajando en una cafetería, como miles de universitarios en todo el país.

—Ya. Pero se da la circunstancia de que tú no eres un universitario. Tienes veintisiete años y, hasta hace nada, eras uno de los empresarios más importantes de la ciudad.

—Bueno, pues ahora ya no lo soy. Os lo he dicho cientos de veces: necesito esto. Necesito reconciliarme conmigo mismo.

—Pero Dylan... ¡aquello ya pasó! No sé ya cómo decirte...

—Jackson. Para. Aquello pasó para ti, afortunadamente. Yo necesito tiempo.

—Pero ¿volverás?

—No me jodas, imbécil. —La cara de dolor que vio en su hermano enterneció a Dylan—. Vengo todos los jueves, no pasa un fin de semana sin que nos veamos... ¿A dónde tengo que volver exactamente? ¡Si no me he ido a ninguna parte!

—Volver al trabajo.

—Quizá.

—¿Me lo prometes?

—Sí.

—¿Y que nos pedirás ayuda... emmm... económica, si la necesitas?

—Por supuesto.

Se sonrieron, se dieron una palmada en la espalda, y Dylan tomó el ascensor para emprender el camino de vuelta a su casa. Tuvo una pequeña punzada de culpabilidad por mentir a sus hermanos. Por ocultarles la verdad, en realidad. Dylan llevaba casi un año trabajando en un café, sí. Su sueldo allí era miserable, lo justo para pagar la renta de su mísero estudio en el Lower East Side y sus exiguos gastos... también. Pero Dylan no estaba en la ruina. Ni mucho menos.

El insomnio había sido un compañero de fatigas de Dylan desde que Jackson había entrado en la cárcel. Siempre había odiado aquellas interminables noches en que el sueño se le resistía, pero, unos cuatro o cinco meses atrás, esas horas perdidas habían fructificado en algo productivo. Con el sueldo que ganaba en el café, era difícil ahorrar algunos dólares, pero él siempre lo conseguía, mes tras mes. Y había decidido dedicar las noches a invertirlos. Si había algo que Dylan dominara eran los números. Conocía los movimientos de los mercados y, en el fondo, aunque necesitara la época de expiación que estaba viviendo, él también sentía que era un talento que estaba desperdiciando. Así, había ido amasando una pequeña —muy pequeña— fortuna. Se había marcado el objetivo de llegar a diez mil dólares y, entonces, donarlos de forma anónima a la Fundación que presidía Tiffany... y volver a empezar. Para él, era fundamental dedicar el dinero a una buena causa, pero también sabía que podría recurrir a esos ahorros si lo necesitaba, sin necesidad de pedir ayuda a Jackson, Cole y Ben.

Dylan se lanzó en el sofá-cama de su estudio con los pantalones ya desabrochados. En momentos así, se alegraba de vivir solo, aunque el precio a pagar fuera que el apartamento fuera minúsculo, oliera permanentemente a curry a causa del restaurante indio de la planta baja y las cucarachas

decidieran hacer acto de aparición de vez en cuando. Pero la intimidad bien valía esos sacrificios.

Y la intimidad, esa noche, tenía nombre propio: Lily.

Polos opuestos

Pasaron seis días antes de que Lily y Dylan volvieran a coincidir en la cafetería. Todo un milagro, producto de haber tenido turnos diferentes, días libres cruzados y... bueno, también producto de que Lily había decidido ir vestida con el uniforme del café desde casa, después del desafortunado incidente de la última vez. No quería pasar ni un segundo innecesario en el pequeño vestuario de la trastienda.

Habían sido días de mucha actividad. Le quedaban apenas unos meses para licenciarse en Veterinaria, lo que había sido su sueño desde que era apenas una niña que recogía de la calle a cualquier animal perdido, así que le tocaba redoblar esfuerzos de estudio. Además, habían surgido algunos imprevistos en las muchas actividades en las que estaba comprometida Lily. Se había escapado un perro del refugio de una de las protectoras de animales con las que colaboraba, y había tenido que ayudar a buscarlo por medio Manhattan. El Ayuntamiento había aprobado el derribo de un viejo edificio de apartamentos en el este de la ciudad, que dejaría a varios ancianos con contratos de renta antigua en la calle, y había acudido a dos protestas y una reunión con los responsables del proyecto. La gripe había hecho estragos entre los voluntarios de la escuela benéfica en la que daba clase a hijos de inmigrantes recién llegados a la ciudad, y también entre los del comedor de beneficencia, así que le había tocado trabajar doble. Contando con las clases, triple. Si añadía también los turnos en el café... no sabía ni de dónde conseguía sacar tiempo para dormir.

Nadie entendía muy bien aquella vocación de Lily por ayudar a los demás. Y a ella le dolía. Había escuchado todo tipo de opiniones desde que se había ido comprometiendo en diferentes causas ya en los tiempos del instituto. Sus amigas, las pocas con las que tenía la suficiente confianza, no comprendían por qué prefería dedicar el tiempo a sus animales o a personas necesitadas que a salir de fiesta. Sherry, su hermana, le decía que no podía expiar ella sola todos los pecados cometidos por sus padres. Y esto a Lily la molestaba quizá más que ninguna otra opinión. En primer lugar, porque Sherry era la persona a la que más quería en el mundo y su opinión le importaba como ninguna otra podría hacerlo jamás. Pero, sobre todo, porque demostraba que no la conocía en absoluto. Lily era más consciente que nadie de que cada cual debe cargar

con sus pecados, y tenía muy claro que los de sus padres eran de ellos y de nadie más.

Lo cierto era que Lily sabía que se había pasado al comprometerse con tantas causas. Al menos, mientras los días siguieran teniendo veinticuatro horas. Pero se había ido encontrando con gente a lo largo de los cuatro años que llevaba en Nueva York que le había propuesto que echara una mano... y ella no había sido capaz de resistirse. Los animales eran lo que más le gustaba del mundo, como había dejado claro a una de aquellas amigas que la animaban a dejarlos un poco de lado para salir de fiesta, cuando le había dicho que se divertía más rodeada de perros y gatos que de ellas. Nunca le habían vuelto a insistir. Por desgracia, en la residencia universitaria que pagaba con los escasos fondos de su beca no admitían animales, así que tendría que esperar al ansiado momento en que se licenciara, encontrara un trabajo y tuviera su propio piso para poder llevarse a casa alguno de aquellos animales de los que le rompía el corazón despedirse los días que acudía como voluntaria al refugio.

Servir comidas los domingos en el comedor benéfico le había parecido una buena forma de pasar un día que la mayoría de sus compañeros de residencia dedicaban a dormir la resaca. Allí oyó hablar de la escuela para niños en la que daba clases gratuitas de inglés a inmigrantes... y también se metió de cabeza. Le encantaban los niños, adoraba a sus dos sobrinos mellizos, que tenían ya tres años, y trabajar con aquellos pequeños alumnos la hacía olvidar cuánto los echaba de menos. Vivían demasiado lejos, en Kentucky, y solo podía verlos un par de veces al año. Así que... ¿cómo se le decía que no a una escuela o a un comedor benéfico? Se sentía incapaz de elegir y, además, no quería hacerlo. Su único sacrificio era el de unas cuantas horas de sueño, así que no consideraba justo dejar de ayudar a los demás por remolonear un poco más en la cama.

Las cosas se habían complicado un poco más cuando se había visto metida en cuatro o cinco grupos de WhatsApp de diferentes asociaciones que luchaban contra injusticias varias. Daba la sensación de que en Nueva York había una causa diferente contra la que protestar cada día, y ella llevaba realmente mal las injusticias, así que... allí solía estar, a pie de pancarta, en cabeza de las manifestaciones.

No soportaba las injusticias, quería ayudar a los demás, le encantaban los niños y los animales... esas eran algunas de las causas por las que Lily tenía una agenda más apretada que el presidente Trump (contra el que también había

protestado, claro). Pero la fundamental era que todo aquello la hacía feliz. Muy muy feliz. Más feliz de lo que nunca creyó que podría llegar a ser. Ver a los niños correr gritando su nombre cuando aparecía por la escuela, escuchar los «gracias» tímidos pero sinceros de aquellos a los que ayudaba a alimentar, comprobar cada día cómo los perros del refugio movían la cola emocionados al verla entrar... Todo eso llenaba un vacío que ella siempre había tenido. Solo en aquellos momentos sonreía de verdad, feliz, emocionada. Y eso no tenía precio.

Eran casi las seis cuando llegó a la cafetería. De todas las actividades a las que dedicaba su tiempo cada día, ese trabajo era sin duda el menos satisfactorio... aunque, claro, era el único que le reportaba un beneficio económico. Y ese dinero de las propinas, que se ganaba con sonrisas que casi siempre le salían de forma natural, era muy necesario para pagar todo aquello a lo que no llegaba la beca. Su orgullo le impedía pedirle ayuda a su hermana, que tampoco es que con dos hijos pequeños en casa anduviera sobrada de dinero; y, por supuesto, jamás retomaría el contacto con sus padres para pedirles un rescate económico. De hecho, en lo más profundo de su alma, deseaba que estuvieran definitivamente arruinados. No porque les deseara ningún mal, sino porque era más fácil que siguieran vivos si les faltaba aquel dinero que siempre había sido la causa de todos sus males.

Despejó aquellas ideas de su cabeza y entró en el café. El turno de noche era el peor de todos, al menos para alguien tan activo como ella. El grueso de la clientela del local eran estudiantes de la facultad, y a las seis de la tarde ya no quedaba casi nadie por el campus. Así que ese turno consistía en servir cafés a los últimos rezagados, a algunos afortunados que conseguían una cita al salir de la biblioteca y, sobre todo, aprovechar para hacer tareas de esas para las que nunca había tiempo en los turnos más ocupados: limpiar las cafeteras, revisar el inventario, poner bonito el menú en la pizarra... Dejar pasar las horas hasta que dieran las doce de la noche y pudiera irse a casa, vaya.

En cuanto entró en la cafetería, no tardó ni dos segundos en localizar a Dylan detrás de la barra. Estaba secando una taza con un paño, y no pudo evitar fijarse en cómo sus brazos estaban tensos en la tarea. En realidad, Dylan siempre parecía estar tenso, en guardia... en cualquier situación. La espalda envarada, la mandíbula prieta, la mirada de hielo. ¿En qué momento Lily se había fijado en su compañero menos favorito tan al detalle? Hasta el punto de comprobar el estado de tensión de su mandíbula, nada menos... ¡Por Dios, Lily!

Se saludaron un poco de refilón, sin mirarse a los ojos. Dylan, porque había dedicado todos sus esfuerzos de la última semana a olvidar la imagen de Lily en sujetador. Azul claro, de encaje, con los tirantes blancos y dos pezones luchando por liberarse de la tela. No, definitivamente no lo había conseguido. Lily también había querido quitarse aquella imagen de la cabeza, más que nada para no morir de vergüenza en cuanto volviera a tenerlo delante.

Cuando llevaban ya dos horas trabajando y solo habían servido tres cafés, dos magdalenas y un batido de vainilla, a Lily se la comían los demonios. Los del silencio, para ser exactos. Ella siempre había sido dicharachera; demasiado, según su hermana, incluso. Y allí, en la cafetería en la que ya llevaba unos meses trabajando, siempre charlaba con sus compañeros, incluso con los que tenía menos confianza y aunque la jornada estuviera atareada. Menos con Dylan, que parecía una de esas personas para las que los silencios nunca eran incómodos. Apenas lo había visto cruzar dos o tres palabras con otros compañeros, y no tenía ningún problema en pasarse una hora, o dos, simplemente mirando al frente. Debía de tener una intensísima vida interior, porque otra explicación no encontraba.

—No hay mucha gente hoy por aquí, ¿verdad? —decidió romper el silencio maligno con la versión cafetera de una conversación de ascensor.

—No.

—Los turnos de noche son así. La verdad es que ni siquiera entiendo muy bien por qué abrimos hasta medianoche cuando está claro que nadie va a venir aquí a tomarse algo a esas horas. —Sabía lo que estaba haciendo. Diarrea verbal. Era una de sus especialidades.

—Ya.

—Ya... —Lily no lo podía soportar. De verdad que no. No entendía qué diablos le pasaba a aquel tipo, pero la ponía nerviosa. Muy nerviosa—. Oye, Dylan, ¿puedo hacerte una pregunta?

—Me temo que la vas a hacer de todos modos.

—¡Vaya! Ocho palabras seguidas. ¡No me lo puedo creer!

—En realidad han sido diez. Empiezo a entender por qué en tu turno nunca cuadra la caja.

—¿Y una broma? —Lily empezó a saltar detrás de la barra, fingiendo euforia—. ¿Acaso es mi cumpleaños? ¿Qué he hecho para merecer tal honor, Señor?

A Dylan se le escapó una sonrisita. Una que habría preferido evitar, pero que no pudo retener al ver a Lily haciendo el idiota. Por su culpa, además. Una

de las novedades de aquel nuevo Dylan que había nacido con el regreso a casa de Jackson era que se había vuelto arisco. En realidad, era la novedad que menos le gustaba, quizá la única que detestaba. Pero que lo mataran si sabía cómo evitarlo. Durante más de siete años, había tenido que fingir. Fingir todo el tiempo. Fingir delante de sus hermanos pequeños que era el nuevo cabeza de familia, que era responsable y que no se había llevado por delante la vida de Jackson. Fingir delante de los directivos de su empresa, cuando había empezado a trabajar en ella, que no era un niño mimado al que le habían caído los millones del cielo. Fingir delante de sí mismo que no se odiaba.

Y también había fingido delante de las mujeres. De muchas, muchísimas mujeres. Se sentía como un auténtico farsante cuando pensaba en sí mismo en aquella época. Demasiadas veces había fingido que una chica le interesaba más de lo que lo hacía, solo para que fuera más fácil llevársela a la cama. Demasiadas conversaciones en las que no tenía ningún interés, demasiadas copas a las que no le importaba invitar, demasiados paseos compartidos en velero cuando a él lo que realmente le gustaba era navegar solo. Solo delante de Tiffany había sido algo sincero: cuando le había confesado que no creía en el amor, que tenía miedo a que lo más atractivo de él fuera su cuenta corriente, cuando le había pedido matrimonio solo para quitarse de encima la necesidad de socializar para formar una familia.

Pero, desde que todas las verdades habían salido a la luz y él había pasado de ser el multimillonario más joven de Estados Unidos a un simple camarero de bar... se le habían quitado definitivamente las ganas de conectar con alguien. No hablaba demasiado, quizá porque pasaba casi todo su tiempo reflexionando. Sobre su pasado, su presente y su futuro. Sobre lo que había hecho y en qué lo había convertido. Sobre sus adicciones, que siempre lo acompañarían aunque llevara más de ocho años sin acercarse al alcohol ni a las drogas. Podría decirse que estaba viviendo una época de autoconocimiento, que acabaría, no tenía duda. Él siempre había sido sociable, y volvería a serlo, pero había necesitado parar, tomarse un tiempo para sí mismo y asegurarse de que, cuando volviera a su realidad, fuera la persona que siempre había querido ser.

Pero Lily... ¡Ay, Lily! Lily lo descontrolaba. Por esa razón acababa siendo siempre más borde con ella de lo que le gustaría. Joder, nadie podría haber dicho en veintisiete años que Dylan fuera borde. Al contrario, tenía fama de encantador. Incluso cuando estaba bien jodido, con la losa de la culpabilidad instalada sobre sus hombros, había sido siempre agradable con todo el mundo.

Pero Lily lo hacía sentir cosas. Cosas que no quería sentir. Lo hacía reír, con su verborrea inagotable y con esas payasadas que se le ocurrían. Lo distraía con sus conversaciones, incluso aunque él le respondiera solo con monosílabos. Incluso hacía que él se sintiera un inútil, cuando la veía llegar agotada de sus clases y, aun así, trabajaba sin descanso en su turno, incluso cuando él ya no podía más... a pesar de no tener ninguna otra cosa que hacer en todo el día.

Joder... Lily le gustaba. De una forma casi adolescente, como cuando le gustaba una chica a los quince años. Ni siquiera se planteaba mover ficha ni nada por el estilo, pero... le gustaba tenerla cerca. Quizá en algún momento debería empezar a demostrárselo, más que nada porque esa chica debía de pensar que era un gilipollas redomado. Y Dylan podía estar muy aislado del mundo y ni pensar siquiera en tener algo parecido a una cita, pero... a nadie le gusta parecerle un imbécil a una chica que le gusta.

—A ver... —Le sonrió, como un primer intento de ser más agradable—.
Tu pregunta.

—¿Qué?

Lily se volvió, ruborizada. Cuando había acabado su numerito de baile burlón, se había puesto a ordenar las botellas de siropes con las que preparaban aquellos cafés hipercalóricos, y parecía haberse olvidado de que Dylan seguía allí. Al girarse, su coleta rebotó un par de veces contra el cuello del polo de su uniforme, y hasta ese mínimo movimiento le gustó a Dylan.

—Querías hacerme una pregunta, ¿no?

—Ah, eso... —Lily se mordió el labio inferior y eso ya fue más de lo que Dylan podía aguantar. Al menos, sin tener una erección. Como no era en absoluto buena idea que las cosas fueran por ahí, desvió la mirada—. Quería saber si... si te he hecho algo en el tiempo que llevo trabajando aquí. Sé que soy una persona algo problemática, y...

—¿Problemática? —Dylan se carcajeó, y ella le dirigió una mirada ofendida.

—Bueno... Digamos que he tenido problemas en otros trabajos.

—¿Como cuáles? —Dylan se moría de curiosidad por saber qué problemas podía haber causado aquella preciosidad rubia que no aparentaba más de veinte años.

—A ver, en el último bar en el que trabajé tuve problemas porque el jefe nos llamaba a todas las chicas «monada», así que le dije cuál era mi opinión sobre su lenguaje sexista y... me despidió.

—Ajá. —Dylan sonreía, y se dio cuenta en ese momento de cuánto tiempo llevaba sin hacerlo de forma natural, excepto en aquellas cenas con sus hermanos que eran el auténtico oxígeno para su alma—. Continúa.

—Y hace un par de años tuve también problemas en un supermercado en el que trabajé porque había pactado que yo nunca trabajaría en la parte de carnicería...

—No trabajarías en la carnicería. —El tono de Dylan era una mezcla de burlón y curioso, pero Lily no pareció darse cuenta.

—No. Soy vegetariana. No me puedo ni plantear pasarme ocho horas al día tocando... animales... muertos. —La cara de asco de Lily fue lo que acabó por provocar la carcajada de Dylan—. ¿Qué pasa?

—Así que eres una defensora de causas perdidas.

—Perdona, pero yo no considero que sean causas perdidas. La defensa del derecho de los animales...

—Ufff, sí, sí, lo pillo. —Dylan le sonrió, con un cariño auténtico, tal vez por primera vez desde que se conocían—. Dejémoslo en defensora de causas, sin más.

—Algo así.

Hubo algo reconciliatorio en el tono de ella también. Dylan se dio cuenta de que seguía sin responder a la pregunta de ella y decidió hacerlo.

—No, Lily. No me has hecho nada. —Tomó aire y lo soltó en una exhalación profunda—. Lo siento si he sido borde contigo.

Ella le sonrió, y él se dio por satisfecho. Se había acostumbrado a pedir perdón muchas veces en los últimos meses. Ya solo con las veces que se lo había pedido a Jackson, era como haber hecho un curso intensivo en disculpas. Aunque tuviera la sensación de que nunca serían suficientes.

Lo que no confesó, casi casi ni a sí mismo, es que le había mentado a Lily. *Sí* que ella le había hecho algo. Había hecho que le recordara a la mejor versión de sí mismo.

5

A Newport por Navidad

La Navidad llegó, y con ella, el viaje más especial de los hermanos Crawford. Uno que llevaban años esperando. Años que parecían siglos. Incluso desde antes de conocer el destino al que se dirigían. Lo único que importaba... era estar juntos.

Hacía nueve años que Jackson, Dylan, Cole y Ben no pasaban juntos las fiestas. La razón de las ausencias de Jackson era evidente. Ni había gozado de ningún permiso durante su estancia en prisión ni él mismo había consentido ningún contacto con sus hermanos en todo el tiempo que duró su condena. Y, aunque Dylan, Cole y Ben se habían unido ante la falta de su hermano mayor incluso más de lo que ya estaban antes... la Navidad era diferente. La Navidad dolía. Dolía demasiado.

La vida no había sido fácil para los hermanos Crawford, aunque cualquiera que los viera desde fuera los considerara poco más que unos niños ricos mimados. Habían perdido a su madre cuando eran muy pequeños, a su hermano mayor lo habían metido en la cárcel cuando ellos estaban apenas en la adolescencia y su padre había muerto cuando ni siquiera todos habían cumplido los veinte. Por eso, cuando las luces navideñas empezaban a brillar en la Quinta Avenida, cada uno tomaba su camino. Dylan solía desaparecer en los primeros años, y en los últimos tiempos se marchaba a Newport. Cole se encerraba en su despacho, incluso más horas de lo habitual, y hasta se quedaba a dormir allí, en un sofá-cama improvisado que tenía desde hacía años en su oficina. Y Ben... Ben hacía lo que podía. Normalmente aceptaba la invitación de la familia de algún amigo para pasar las fiestas con ellos, preferiblemente en algún lugar bien alejado de Nueva York.

Pero ese año era todo diferente. Muy diferente. Jackson había vuelto a casa, Dylan se sentía más reconciliado consigo mismo, y Cole y Ben no habían dicho nada, pero todo el mundo sabía que no pensaban irse a ninguna parte. Bueno... sí. Se irían a Newport, como toda la familia, a aquella mansión gigantesca que apenas utilizaban, pero en la que todos tenían la intención de empezar a crear recuerdos de esos que perduran para siempre.

Dylan había trabajado como un desgraciado las semanas anteriores a Navidad, doblando turnos, cogiendo los que nadie quería, en domingo, de noche –cuando las propinas escaseaban–... todo, con tal de poder disfrutar de

diez días libres en esas fiestas. Se había marchado el día anterior a Nochebuena, con Tiffany colgada a su espalda, para dejar la casa preparada para la llegada de sus hermanos. Jackson nunca había estado en Newport, fundamentalmente para evitar enfrentamientos con los padres de Tiffany, a los que aún no conocía. Ben y Cole sí se habían pasado en alguna ocasión, pero nunca juntos. Y Dylan quería... *necesitaba* que la casa fuera tan perfecta como adivinaba que iban a ser las vacaciones.

Los otros tres hermanos llegaron la misma víspera de Navidad, cuando Tiffany ya había discutido trescientas dieciséis veces con sus padres y se había trasladado a la mansión Crawford sin esperar siquiera a que llegara su marido. Entre ella y Dylan organizaron al personal que habían contratado para poner orden en aquella casa de dieciséis habitaciones, otros tantos cuartos de baño, tres salones, una biblioteca, dos despachos y una cocina en la que cabía el apartamento entero de los Crawford en Park Avenue, que tampoco era pequeño, precisamente.

Jackson no era fácil de impresionar. Al fin y al cabo, como todos los hermanos, se había criado rodeado de lujos, por más que en siete años en la cárcel se le hubieran olvidado todos. Pero Dylan y Tiffany casi tuvieron que cerrarle la boca a la fuerza tras comprobar que la visión de la casa lo había dejado impresionado. Ben y Cole corrieron a tomar posesión de los que serían sus cuartos en aquella mansión. Al final, todos los hermanos se decidieron por habitaciones en la parte posterior, aquella desde la que se divisaba el agua cristalina de un lago.

Disfrutaron de las fiestas en familia, comieron más de lo que deberían, se quedaron largas noches viendo películas en la gran sala de cine de la casa y hasta se permitieron el capricho de dejarse caer por una de aquellas fiestas del club de golf que tan familiares le habían resultado a Tiffany durante toda su vida. A las jóvenes solteras de Newport, y especialmente sus madres, les habían hecho los ojos chiribitas al ver entrar a aquellos cuatro hombres, tan altos, tan guapos y con la misma mirada gris en sus ojos, vestidos con sus perfectos *smoking* negros y sus pajaritas. Tiffany nunca se había sentido tan invisible en toda su vida, pero ella era la primera en reconocer que aquellos cuatro parecían haberse escapado de un catálogo de moda de lujo.

Los señores Thownsend, los padres de Tiffany, quisieron conocer al marido de su hija después de unos cuantos meses en que a ninguna de las dos partes les apetecía esa presentación oficial. Pero, en cuanto la sociedad de Newport al completo dio su aprobación a los cuatro hermanos por igual, ellos

también aceptaron. No olvidaban que su yerno era un expresidiario, eso era algo que siempre llevarían clavado en el alma. Pero tampoco perdían de vista que era uno de los hombres más ricos del país, que dirigía sus empresas con éxito y que, al fin y al cabo, era el hermano de Dylan, al que ellos adoraban sobre todas las cosas y al que siempre habían considerado su futuro yerno ideal. Ay, si ellos supieran...

Cuando los tres hermanos solteros, e incluso Jackson por momentos, se sintieron demasiado acosados con propuestas románticas, sexuales y hasta matrimoniales, decidieron marcharse a casa. Lo hicieron entre risas, sorprendidos por no haber aceptado alguna de las ofertas, especialmente Cole, que había heredado de sus hermanos mayores toda aquella promiscuidad que ellos habían derrochado antes de que sus vidas se fueran a la mierda.

La noche de Fin de Año, Dylan logró convencer a sus hermanos para que vieran empezar el nuevo año desde su velero. No es que a los demás no les gustara navegar, pero la temperatura bajaba de cero aquella noche y a todos les parecía una locura. Pero el mar estaba calmado, sino Dylan jamás se habría arriesgado a ponerlos en peligro. Él conocía bien el mar, y sabía que aquella noche el único riesgo que correrían sería el de no abrigarse lo suficiente, así que se aseguró de que todos iban armados con ropa polar y salieron a despedir el año desde la bahía.

Cuando los fuegos artificiales estallaban en el puerto, todos supieron que acababa de comenzar un nuevo año. Y, aunque no se dijeron gran cosa en voz alta, hubo miradas que expresaron más que mil palabras. La que compartieron Jackson y Tiffany, que decía que se iban a seguir queriendo más incluso que el año anterior. La que se dirigieron los dos hermanos pequeños, acompañada de una sonrisa, que hablaba de cuánto habían añorado estar todos juntos. La de Jackson en dirección a Dylan, que le insistía una vez más en que todo estaba olvidado; ojalá ese fuera el año en el que consiguiera creerlo. Y la mirada de Dylan, que estaba empañada por la felicidad de ver a toda su familia reunida de nuevo, consciente como era de que había sido su mala cabeza la que los había separado en el pasado.

Volvieron a la mansión sabiendo que el regreso a Nueva York estaba próximo. Jackson y Tiffany se metieron en su dormitorio, entre los silbidos y vítores de Cole y Ben, que a veces parecían tener todavía trece años. Dylan no pudo evitar que le diera la risa. Jackson les hizo una peineta y dio un portazo, y Ben decidió retirarse también a dormir a su cuarto. Cole le hizo un gesto a Dylan en dirección al jardín, y este solo necesitó asentir con un gesto. Todos

los hermanos habían sido siempre capaces de entenderse sin palabras.

—Coca-Cola Zero para ti, una birra para mí —anunció, saliendo a sentarse al mismo banco en el que Dylan ya estaba bien arropado por una manta.

—Gracias —le respondió Dylan, mientras activaba con un mando a distancia el sistema de calefacción exterior del porche.

—Joder. —Cole levantó la cabeza y observó los tubos incandescentes que en breve les harían creer que estaban en pleno verano—. Esta casa es una puta pasada.

—Sí que lo es, ¿verdad?

—Quizá incluso demasiado.

—¿Por?

—No sé, Dylan, tío... ¿Esta casa no es un poco demasiado para disfrutarla solo cuatro o cinco días al año?

—No sé. —Dylan miró al suelo. Él tenía confianza plena en las decisiones de Cole, que era de largo el más responsable de los hermanos, sobre todo en lo que tenía que ver con el dinero. Y sabía que había comprado aquella casa en un impulso un poco absurdo, pero algo le impedía deshacerse de ella—. ¿Tú crees que deberíamos venderla?

—Yo la vendería, desde luego. Pero... si venderla va a hacer que pongas esa cara de entierro, ni de coña.

—Ya.

—Tío, hay algo que no entiendo.

—Tú dirás.

—Llevas casi un año fuera de la empresa, has renunciado a todo tu dinero, todos tus beneficios, has dejado el piso de Park Avenue para irte a vivir a un apartamento de mierda y te pasas la vida doblando turnos en una cafetería... también de mierda.

—Vaya, muchas gracias por esa descripción tan precisa de mi lamentable vida actual. —Dylan chasqueó la lengua.

—Venga ya, no te hagas el ofendido. —Se sonrieron—. Lo que no entiendo es por qué has decidido llevar esa vida tan... frugal, pero te empeñas en mantener una casa que puede que sea la mansión más impresionante de la costa este.

—Ya.

—Dylan. —Cole posó una mano sobre el hombro de su hermano, y lo obligó a enfrentar su mirada—. En algún momento vas a tener que contarme qué cojones ha pasado.

—¿Cuándo?

—Pues eso es lo primero que me gustaría saber. *Cuándo* pasó algo. Yo era muy crío cuando Jackson fue a la cárcel, pero no imbécil.

—¿Crees que no lo sé? Si no hubiera sido por ti...

Dylan se estremeció, aunque las estufas ya habían caldeado el ambiente. Se estremeció al recordar los duros días de la desintoxicación. Duros, horribles, aterradores. Los sudores fríos, las náuseas, los mareos, la ansiedad, la sensación de que se iba a morir si no conseguía su dosis. Su hermano mayor, quien siempre lo había protegido y cuidado, en libertad bajo fianza a la espera de un juicio del que saldría con la vida partida en dos. Y su hermano pequeño, Cole, como encargado de mantenerlo a él sobrio. Encerrándolo en la cabaña del jardín de la que entonces era la casa familiar, la que vendieron tras la muerte de su padre para trasladarse al apartamento de Park Avenue. Llevándole agua y comida, e ignorando sus gritos para que lo dejara salir, sus lágrimas, sus súplicas para que le llevara aunque solo fuera una cerveza.

—Yo solo sé que, en cuestión de meses, tú pasaste de ser un tío un poco descontrolado a un adicto, Jackson fue a la cárcel y tú te convertiste en él, te pusiste al frente de las empresas y, siete años después, lo has dejado todo para... ¿encontrarte a ti mismo?

—Algo así.

—Vas a tener que explicármelo, Dylan.

—Sí —logró responderle él, aunque ese era el mayor miedo que aún le quedaba en su vida. Tener que explicarles a sus hermanos pequeños que él era el responsable de haber destrozado la vida de Jackson—. Pero tendrá que ser cuando también esté Ben.

—¿Y entonces nos contaréis qué es lo que pasó?

—Te lo juro.

—Está bien. —Los dos asintieron, y pasaron un buen rato en silencio, hasta que Cole volvió a romperlo—. Pero eso sigue sin responder a mi pregunta de por qué esta casa.

—Lo entenderás mejor cuando os explique todo, pero... Supongo que mi sueño, el único que me queda ya a estas alturas, es ver algún día esta casa convertida en una casa familiar. Familiar de verdad. Como siempre he pensado que sería la casa de papá y mamá si ella no hubiera muerto.

A Dylan se le rompió la voz al mencionar a su madre. Él solo tenía cuatro años cuando había fallecido, durante el parto de Ben, y apenas recordaba de ella retazos que ya no sabía si eran recuerdos reales o fragmentos de fotos que

había visto, de anécdotas que le habían contado. Ni siquiera había sido del todo consciente de su muerte. Era demasiado niño para asumir la magnitud de aquel drama. Pero el paso de los años le había ido demostrando día a día que perder a su madre los había marcado a todos. A la familia en conjunto, pero también el carácter de cada uno de los hermanos.

A Jackson lo había convertido en el cabeza de familia, a la tierna edad de seis años. Su padre estaba demasiado perdido en su propio universo de dolor, aquel del que nunca fue capaz de regresar para hacerse cargo de sus hijos. Así que a Jackson le había tocado apretar los dientes y hacerse cargo desde el primer día de las necesidades de los tres más pequeños. Y eso lo había convertido en el hombre más fuerte, leal y honesto que había conocido jamás. Nadie mejor que Dylan sabía hasta qué punto. Pero también había sido divertido, cariñoso, consejero. Era el mejor hermano mayor que se pudiera soñar.

A Cole, todo lo que había vivido antes siquiera de cumplir la mayoría de edad, lo había vuelto responsable. A veces, hasta un extremo preocupante. Ya lo había demostrado al hacerse cargo de la adicción de Dylan cuando Jackson no pudo hacerlo. Y eso no hizo más que incrementarse en los años posteriores. Había sido siempre el deportista de la familia, y había dedicado sus años universitarios a jugar al fútbol y sacar unas notas que hacían palidecer a las de los otros tres. A los veintidós años acabó la carrera, dejó el fútbol y se hizo cargo de la vicepresidencia de Crawford Inc. Desde entonces, se pasaba diez o doce horas diarias delante del ordenador, cuadrando números. El resto del tiempo, lo dedicaba a hacer deporte y a acostarse con todas las chicas que se le ponían a tiro. Como decía Ben, para él no era más que otro de los deportes que practicaba.

Ben... Ben era una incógnita para todos ellos. Siempre había cargado sobre los hombros con una cierta amargura, sobre todo desde que había sido consciente de que su madre había muerto al darlo a luz. Por muchas veces que el resto de hermanos, sobre todo Jackson, le repitieran que aquello no había sido culpa suya, algo de melancolía siempre le había quedado dentro. También trabajaba en la empresa familiar, mano a mano con Cole, y nunca le habían conocido a una novia, rollo o, simplemente, a una chica que le gustara. A veces habrían matado por meterse en su cabeza, por más que la versión más sincera de Ben fuera, sin duda, la que mostraba cuando se juntaban todos.

Y Dylan... Dylan siempre se había sentido un poco a la sombra de sus hermanos, aunque fuera el segundo mayor. Todos habían tenido un carácter

muy marcado desde pequeños. Todos... menos él. Jackson era el responsable, el cabeza de familia. Cole era el deportista, el que siempre parecía hacerlo todo bien. Y Ben era el pequeño, al que todos protegían. La única característica que siempre había tenido Dylan, al menos hasta que se complicó la vida en la adolescencia, era haber sido un tío despreocupado. El payaso de la familia, el gracioso. El que hacía amigos sin esfuerzo y conquistaba a las chicas solo con una media sonrisa.

—¿Cómo crees que habría sido? —Cole interrumpió sus pensamientos con aquel susurro. Dylan se sorprendió, en parte porque ya no recordaba que estaban hablando de una vida familiar que perdieron demasiado pronto, y en parte porque, si de alguien no se podía esperar que se abandonara al sentimentalismo, era de Cole.

—¿Una casa con ellos, con papá y mamá? —Cole asintió—. Pues supongo que grande, siempre con olor a comida y llena de niños.

—¿Y eso es lo que tú quieres tener aquí?

—Joder, no te rías, pero...

—No pienso hacerlo.

—Sí. Algo así. Una casa en la que desconectar de las obligaciones diarias en Nueva York. Para venir los fines de semana, con nuestras parejas, los que la tengamos. Con niños, cuando los tengamos. Para venir a veces unos cuantos, y para reunirnos todos en las ocasiones especiales.

—No suena mal.

—No, ¿verdad?

—Solo hay un detalle que se te escapa.

—¿Ah, sí? Dime.

—Que no sé cómo pretenderás llenar esta casa con niños tuyos si sigues manteniéndote célibe.

El tono burlón de Cole rompió el ambiente melancólico que había adquirido la noche. Dylan sabía que el punto débil por el que siempre atacaban sus hermanos era su total ausencia de vida sexual. Siempre bromeaban con que llevaba un año sin acostarse con nadie, pero lo que ellos no sabían —y él no pensaba comentarles— es que era bastante más. Casi dos, de hecho. Desde que había comprado la casa en Newport y había dedicado sus primeros fines de semana allí a dejarse querer por un par de debutantes en aquellos bailes de sociedad que tan anticuados le parecían. Y sí, entendía que eso fuera noticia, porque él nunca había sido así.

Dylan había perdido la virginidad a los catorce, con una compañera de

colegio un par de años mayor. No tenía muy claro qué maravillas había obrado en él aquella chica (pese a que él, casi seguro, había hecho el ridículo), pero el caso es que había conseguido que el sexo se convirtiera en su afición número uno. Puede que como la de todos los adolescentes. Aún antes de entrar en la universidad, ya se había acostado con la mitad de su colegio, y en el tiempo que pasó en UCLA, siguió en la misma dinámica. Aunque los polvos de aquellos años los recordara en una nebulosa de alcohol y drogas, y los que siguieron a su desintoxicación tuvieran el sabor amargo de aquella culpabilidad que nunca lo abandonaba.

Al acabar la universidad, con su título de licenciado en la mano y las empresas que acababa de heredar de su padre esperando a que las dirigiera, había pulido un poco sus estrategias. Ya no se limitaba a salir por la noche, buscar un objetivo y cruzar los dedos para que ella también se hubiera fijado en él. Empezó a vestir como correspondía a su cuenta corriente, a frecuentar los mejores restaurantes y clubs, y... había sido coser y cantar. Cuando le apetecía sexo ocasional sin mayor compromiso, el físico le ayudaba a conseguirlo. Cuando una mujer le había gustado para algo más que eso, había tenido la suerte de encontrarse con buenas personas. Chicas que aguantaban que él de vez en cuando se perdiera en su dolor, que compartían aficiones con él, a las que sacaba a navegar de vez en cuando... Dudaba que hubiera una sola mujer que hubiera pasado por su vida que hablara mal de él. A la mayoría de las que habían significado algo las conservaba como amigas.

Y luego había llegado aquella loca no-relación con Tiffany, con quien se lo había pasado como nunca, pero de la que había sido incapaz de enamorarse. Quizá porque algún mecanismo fraternal interno le enviaba señales que decían que aquella mujer ya tenía un lugar en el corazón de su hermano mayor. Y, después de ella... la nada.

—¿Qué has dicho? —Dylan escuchó de fondo que Cole decía algo, al tiempo que se levantaba y llevaba dentro su botellín vacío de cerveza. Llevaba tanto rato perdido en sus pensamientos que se había perdido lo que hablaba su hermano.

—Que me marchó. He quedado.

—¿¿Has quedado?? ¡Pero si no conoces a nadie aquí!

—Bueno... digamos que he hecho buen uso de los teléfonos que me dieron en el baile del otro día.

—Qué cabrón. —A Dylan se le escapó una carcajada.

—Alguien tiene que mantener bien alto el pabellón de los Crawford, ahora

que nuestro hermano mayor es un formal hombre casado y que tú te has cortado la polla.

—Yo no me he cortado la polla. Y aún queda Ben para mantener la dignidad familiar.

—Pues vaya dos soluciones. Lo tuyo... para el caso, es lo mismo. Y de Ben, quién sabe lo que se le pasará por la cabeza.

—Disfrútalo. Y ten cuidado.

—Lo segundo no sé... Lo primero puedes darlo por seguro.

Cole se marchó y Dylan se quedó un rato disfrutando del silencio, de la tranquilidad. La luna se reflejaba en la superficie del lago aquella madrugada y solo los grillos se atrevían a romper la calma. Dylan cerró los ojos y se permitió por un momento soñar con aquel proyecto de ver algún día ese jardín lleno de pequeños Crawford, todos con los ojos grises, como él y sus hermanos, y con las mismas ganas de idear fechorías que habían tenido ellos de niños.

Y, para su sorpresa, una cara se le apareció en la mente en medio de aquella imagen familiar futura que solo existía en su cerebro.

Se levantó, tiró la lata de Coca-Cola en el cubo de basura de la cocina y subió despacio las escaleras de camino a su enorme dormitorio. Se metió en la cama y cruzó los dedos para quedarse dormido pronto, porque le daba auténtico pavor que se asentara en su cabeza la loca idea de Lily, su compañera de trabajo, formando parte de su familia unos cuantos años más tarde.

6

El reencuentro

Dylan volvió a coincidir en el turno con Lily el día de su regreso al trabajo en la cafetería. Y al día siguiente. Y un par de veces más en el transcurso de la segunda semana de enero. El frío había llegado con fuerza a Nueva York, y la nieve llevaba horas cuajando sobre el césped del campus de Columbia, que se divisaba desde los ventanales de la cafetería. Pero Dylan no tenía frío; no podía tenerlo. Desde que se había reencontrado con Lily, tenía la sensación de que podría pasearse desnudo por el puente de Brooklyn, que su temperatura corporal seguiría siendo la misma. Caliente. Muy caliente.

Durante los maravillosos días que había pasado en Newport, se le había escapado el pensamiento a Lily varias veces. Incluso había hablado un poco de ella con Jackson, con la promesa inquebrantable por parte de su hermano mayor de no mencionarle nada a Tiffany. No estaba dispuesto a enfrentarse a sus dotes casamenteras. Pero, incluso respondiendo a las preguntas de su hermano, le había costado un poco describirla físicamente. Podía parecer increíble, pero no la recordaba del todo. Recordaba que era rubia, por supuesto, y que tenía los ojos de color claro, pero ni siquiera era capaz de precisar si azules o verdes. Y su estatura... pues ni alta ni baja. Delgada, pero con curvas. Creía. Le dieron ganas de torturarse un rato por no haberse fijado mejor en alguien que se le había colado un poco dentro sin que él se diera siquiera cuenta.

Pero eso había cambiado. ¡Vaya si había cambiado! Solo le hicieron falta un par de días para que Dylan fuera capaz de describirla al milímetro con los ojos cerrados. Normal, con todo el tiempo que se había pasado observándola; a veces de forma disimulada, a veces sin cortarse un pelo. Azules, por cierto. Sus ojos eran azules. Y tan bonitos que no se podía creer haberlo pasado por alto antes.

Y tampoco podía creerse que *solo* se le hubiera metido un poco dentro. Cada vez que coincidía con ella en el vestuario, por muy discretos que fueran los dos, sentía que había algo más que eso. Que le apetecía conocerla mejor, y eso era noticia, pues a Dylan hacía ya mucho tiempo que no le apetecía conocer a gente nueva.

Y, sin embargo, con Lily hablaba. Dedicaba muchos más minutos a charlar con ella de los que les había dedicado incluso a personas a las que apreciaba

desde hacía años. Le gustaba hacerlo, sobre todo porque tenía la sensación de que ella tampoco le contaba todo. Sí, era dicharachera, y cuando se ponía nerviosa su voz se convertía en un torrente inagotable de palabras, pero... parecía guardarse algo. Dylan sabía bien lo que era mantener una apariencia mientras bullían secretos dentro de uno. Lo sabía muy bien.

Se había pasado ocho años ocultando la realidad sobre la encarcelación de Jackson. Ocultárselo incluso a sus hermanos pequeños, con los que compartía casi todo su tiempo. Además, ocultaba que había sido un adicto a todas las personas con las que se relacionaba en el mundo de los negocios y, por descontado, a las mujeres con las que había salido, fuera durante media placentera hora o durante unos meses. No acababa de resultarle cómodo eso de presentarse e intentar quedar bien con alguien, añadiendo por adelantado «soy adicto al alcohol y las drogas, aunque llevo años limpio». No, definitivamente no sonaba bien.

En el último año, para su tormento, seguía ocultando cosas. Su cambio de vida no había podido derivar hacia la sinceridad, porque tampoco sonaba bien llegar a pedir trabajo a una cafetería algo cutre del campus con un currículum en el que constaran cuatro años de experiencia como director general de una de las empresas con mayores beneficios de Estados Unidos. Cualquiera pensaría que solo era un multimillonario excéntrico deseando una experiencia lejos de su zona de confort. A veces ni él mismo sabía si era así o no. Pero el caso era que, fuera lo bueno o lo malo, había demasiadas cosas en el pasado de Dylan que no sonaba bien decir en voz alta.

No es que Dylan creyera que Lily ocultara secretos de la magnitud de los suyos. Esperaba con toda su alma que no fuera así, de hecho. Pero sabía distinguir el tono mate de unos ojos que ocultan algo. Y en las cosas que le contaba Lily había demasiadas lagunas, demasiada falta de información. No es que a Dylan le molestara; todo lo contrario. Era la coartada perfecta para no sentirse culpable él mismo por guardarse tanto dentro.

Lily le había hablado de sus vacaciones de Navidad. Ella solo había conseguido cuatro días seguidos, pero los había utilizado para volar a Kentucky a ver a su hermana. No mencionó a sus padres en ningún momento, y Dylan tampoco preguntó, por supuesto. Pero vio cómo se le iluminaron los ojos al hablar de esa hermana mayor cuyo nombre no llegó a retener, quizá porque pasó casi toda la conversación concentrado en aquellos labios que tantas ganas tenía de sentir sobre los suyos. Lily le habló de sus sobrinos, un niño y una niña que estaban a punto de cumplir cuatro años y que se notaba que

eran la auténtica debilidad de su tía. De regalos bajo un árbol, comidas que nunca acabaría de digerir y despedidas entre lágrimas.

Dylan le ofreció a ella un relato parecido. Le habló de la casa familiar, sin aclarar el tipo de casa que era, evidentemente, ni que estaba en Newport, pues esa ciudad era sinónimo de dinero y lujo para cualquiera que supiera un mínimo de cómo funcionaba el país. Le habló de sus hermanos, de que era el segundo de cuatro, que solo uno estaba casado y que su cuñada era para él como una hermana más. Aquello era una gran verdad.

Los dos se guardaron información, pero le contaron al otro lo más feliz de aquellas fiestas porque... porque sintieron la necesidad de hacerlo. Había llegado el punto en que les gustaba coincidir en el turno de noche, a pesar de las casi inexistentes propinas, porque así tenían más tiempo para hablar. Y que prolongaban los minutos en el vestuario para intentar averiguar cualquier cosa que los acercara más. Dylan lo reconocía abiertamente (ante sí mismo, claro; ante nadie más). Lily aún era reacia. Dylan era demasiado guapo para su gusto. O, mejor dicho, demasiado guapo para que no le diera un poco de miedo. Y ella también había notado que él ocultaba información.

Era un miércoles de mediados de enero, cuando Dylan entró al vestuario y encontró a Lily frente al espejo, pintándose un símbolo de la paz en la mejilla, utilizando su lápiz de ojos. Frunció el ceño y esbozó una media sonrisa, porque ya había ido detectando en ella algunas excentricidades que no tenía muy claro si le encantaban o le molestaban.

—¿Y bien? —le preguntó, abriendo los brazos para acoger su explicación.

—¿Eh?

—Eso... —le aclaró, señalando con el dedo su cara.

—¡Ah! Tengo que estar en hora y media en Central Park. Vamos a hacer una vigilia en Strawberry Fields para pedir el final del tono beligerante entre nuestro gobierno y el de Corea del Norte.

—¿Perdón? —Dylan contuvo la carcajada que estuvo a punto de escapársele, porque sabía que a ella le molestaría.

—Lo organizan tres o cuatro organizaciones pacifistas para exigir a Trump que cese las hostilidades...

—¿Exigir a Trump? ¿En serio pensáis que Donald Trump va a preocuparse de lo que le *exijan* una pandilla de colgados en Central Park?

—¿Colgados?

—Perdona. —Dylan hizo un gesto de súplica con las manos, aunque la sonrisa burlona no consiguió disimularla.

—No pretendo que todo el mundo esté de acuerdo con nosotros, y no soy tan ingenua como para pensar que a Trump le vaya a hacer cambiar de opinión nuestra vigilia, pero tampoco estoy tan descreída con el mundo como para dejar de luchar por aquello en lo que creo.

A Dylan aquella frase le dolió casi como un ataque personal. De verdad pensaba que aquellos gestos tan *naif* no servían para absolutamente nada, y que la única manera de que Trump cambiara su forma de actuar sería que se diera un golpe en la cabeza, pero... también le gustó ver a Lily defender sus ideales. Todo en ella era una extraña mezcla de admiración y rechazo. Admiración por ella. Rechazo por lo que empezaba a sentir, porque le daba auténtico pánico involucrarse sentimentalmente con alguien de la manera en que, en el fondo, sabía que ocurriría si algún día dejaba entrar a Lily en aquel lugar de su alma en el que, desde hacía años, solo tenían hueco sus hermanos. Así que... decidió comportarse, un poquito más, como un gilipollas.

—Vamos... Que os limitaréis a cantar *Imagine* y fumar porros.

—¡No! Nadie va a tomar drogas en la vigilia, puedes estar seguro.

Había fuego en sus ojos cuando respondió. Y eso intrigó a Dylan. Y lo hizo sentir un poco culpable por haber hecho una broma fuera de lugar.

—Está bien, está bien.

Dylan no sabía más tarde de dónde había salido aquel gesto, pero acercó su mano a la mejilla de Lily y retiró con la punta de su dedo índice un exceso de lápiz de ojos que rompía la perfección de la circunferencia del símbolo que se había pintado. No le pasó desapercibido tampoco que ella cerró los ojos al sentir su roce. Los dos supieron que aquel había sido el contacto más íntimo entre ellos hasta aquel momento.

—Tenías un poco de...

—Ya...

Se ruborizaron. A pesar de la edad, las experiencias vividas y esa cierta autonegación que ambos seguían expresando hacia su evidente atracción... se ruborizaron.

—Me parece bonito eso que haces.

—¿El qué? —le preguntó Lily, en un susurro. No tenía ni idea de la razón por la que aquel momento se había vuelto tan íntimo.

—Lo de involucrarte en causas que consideras justas.

—¿De verdad? —A Lily se le iluminaron un poco los ojos. No había esperado que Dylan tuviera ni un miligramo de espíritu solidario tras aquella actitud distante que siempre mostraba.

—De verdad.

—Entonces, quizá... —Lily se interrumpió, con una timidez repentina que no era nada habitual en ella. Una prueba más de que Dylan le despertaba algo a lo que no se atrevía a poner nombre.

—¿Quizá...?

—Quizá te apetecería acompañarme el sábado a una sentada que vamos a hacer en Harlem. Los precios de la vivienda en las zonas más al sur del barrio están multiplicándose de forma exponencial. Cada vez más familias afroamericanas están teniendo que abandonar el que siempre ha sido su barrio porque no pueden pagar los alquileres. Harlem se ha puesto de moda entre los pijos alternativos de Manhattan, que ya no buscan piso en el SoHo, el Village o Tribeca. Y eso hace que los alquileres suban, los pequeños negocios tengan que cerrar para dejar sus locales a franquicias de las grandes cadenas de moda y cafeterías y que... —Lily se dio cuenta de que le había vuelto a ocurrir. Que pedirle a Dylan que la acompañara la había puesto tan nerviosa que era incapaz de detener su discurso. Lo veía a él sonreír, y eso no ayudaba a que se tranquilizara—. En fin, que... que si quieres... es el sábado a las seis. Ninguno de los dos tenemos turno aquí esa tarde.

—Me temo... me temo que no podré.

—Ah, vaya. ¿Tienes otros planes? —Estaba casi segura de que Dylan no tenía pareja, no sabía por qué, pero su intuición iba por ahí. O quizá era su deseo, simplemente.

—La verdad... la verdad es que no. —Habría sido más fácil mentirle, pero Dylan ya encubría demasiadas cosas como para engañar también en los pequeños detalles.

—O sea, que en realidad no es que no puedas. Es que no quieres.

—No es... no es demasiado mi estilo lo de ir a protestas y cosas así.

—Ya.

Dylan sintió demasiadas cosas. Vergüenza, al comprobar el brillo de decepción en los ojos de Lily. Decepción, también consigo mismo, por no querer ir a aquella sentada. Y una persistente sensación de que estaba perdiendo una buena oportunidad de acercarse un poco más a Lily.

Pero es que realmente no quería ir a aquella protesta. Ni involucrarse en alguna de las mil causas en las que ella participaba. No porque fuera un egoísta de mierda o porque no sintiera que debía devolverle a la sociedad algo de lo que le debía (sin ninguna duda, se lo debía), sino porque no le gustaba hacer alarde público de esas cosas. Sabía que en cualquier acto de

solidaridad debía haber una cara pública, por supuesto, que difundiera las ideas y las defendiera con la vehemencia con que lo hacía Lily. Pero también sentía que otros debían permanecer en la sombra. En la sombra... y aportando dinero, porque, aunque a algunas personas les pudiera sonar mal, lo que marcaba la diferencia entre una acción benéfica que funcionara y una que no, en realidad, era la cantidad de dinero en la que se fundamentara. O, al menos, eso era lo que pensaba Dylan.

Por eso pasaba muchas horas cada día invirtiendo dinero en bolsa. Utilizando sus conocimientos para multiplicar los beneficios de su cuenta corriente, con la única intención de donarlo a quienes más lo necesitaban. A quienes lo necesitaban para salir de aquel infierno de las drogas que él había conocido tan de primera mano.

Pero no lo diría. A nadie. Nunca. Ni siquiera a Tiffany, que era su gran confidente en muchos otros aspectos y que recibiría cada cierto tiempo aquellos ingresos periódicos en la cuenta de la Fundación. Ni a Jackson, en quien confiaba ciegamente. No quería que su hermano siguiera preocupado por aquella culpabilidad que no acababa de abandonarlo. Casi parecía que Jackson se sintiera culpable por la propia culpabilidad que haberlo traicionado había provocado en Dylan. Los sentimientos son a veces así de difíciles y enrevesados. Nadie tenía por qué saber que Dylan estaba contribuyendo con sus fondos a una asociación que, en realidad, contaba con todo el apoyo económico de Crawford Inc. Pero a él le daba igual. Aunque su granito de arena fuera pequeño, sabía que toda ayuda sumaba a la hora de trabajar con personas que habían caído en el infierno de la adicción.

Lily sintió, como tantas veces, que Dylan callaba algo. No solo porque el silencio hubiera cundido entre ellos, sino porque, en su interior, no estaba tan decepcionada como habría estado con cualquier otra persona.

—Os deseo toda la suerte del mundo, en cualquier caso. —Dylan se avergonzó de sus palabras en el mismo momento de decirlas en voz alta. Tan vacías, tan... para quedar bien—. Quiero decir... si recogéis firmas o cualquier cosa, puedes contar conmigo para... Bueno. Eso.

—Sí. —Lily esbozó una pequeña sonrisa, en parte porque no quería que aquel desencuentro generara un problema entre ellos, ahora que al fin las aguas habían vuelto a su cauce y ya no sentía a Dylan como su archienemigo en el trabajo—. Ya te diré algo si... si recogemos firmas.

—Lily, yo...

—¿Sí? —le preguntó ella, mientras se dirigía ya a la puerta para salir de la

cafetería.

—Lo siento.

A donde quieras que vayamos

—Estás colado por esa chica.

Las carcajadas de Jackson resonaron por todo Battery Park. Dylan sintió ganas de darle un puñetazo, pero acabó contagiado de las risas de su hermano. Era lunes, y había trabajado en la cafetería desde el amanecer hasta el mediodía. Trescientos sesenta minutos. Veintiún mil seiscientos segundos. Ese era el tiempo exacto que había permanecido en el local. Y también era el número exacto de segundos que había pasado con Lily rondando por su cabeza. No solo eso. Habían coincidido en el turno, así que ella también rondaba a su alrededor.

Iba a volverse loco.

Compartía tiempo con ella más o menos la mitad de los días de la semana. Y, estuviera ella presente o no, no conseguía sacársela de la cabeza, así que podía decirse que Lily se había convertido en una presencia permanente en su vida.

—No sé si «colado» es la palabra, pero...

—Pues si no es «colado», quizá tenga que ser «enamorado» —se burló Jackson, con la sonrisa permanente instalada en la cara.

Dylan sabía que a Jackson le gustaba escaparse a la hora de comer a Battery Park, que estaba a apenas unas manzanas del enorme rascacielos en cuya planta superior se encontraban las oficinas de Crawford Inc. Dylan conocía bien aquel lugar, en el que había trabajado durante casi cinco años, y a ratos lo echaba de menos. La emoción de ver subir o bajar las inversiones en bolsa, el ritmo trepidante de las nuevas adquisiciones, la sensación de estar haciendo con la empresa lo que a sus padres les habría gustado... pero, sobre todo, esa suerte que casi nadie tenía de compartir cada minuto de su jornada laboral con las tres personas más importantes de su vida.

Cole y Ben le habían contado que Jackson todavía se agobiaba a veces al verse rodeado por tanta gente. En las oficinas centrales de Crawford Inc. trabajaban unas cuarenta personas, y todas, en un momento o en otro, pasaban por el despacho del director general para hacerle alguna consulta. Jackson había pasado demasiados años, casi todos sus años de adulto, en una prisión de máxima seguridad, sin poder confiar en ninguno de los reclusos que lo rodeaban, así que aún se le hacía un poco cuesta arriba tanta interacción

social. Había mejorado muchísimo desde aquellos primeros días en que solo confiaba en Dylan, Cole, Ben y, por supuesto, en Tiffany, pero tal vez siempre fuera un poco más reservado de lo normal.

Así que su válvula de escape era escabullirse a comer solo al parque. Battery Park era una extensión enorme de césped al pie del río. Era el lugar donde Manhattan se terminaba, donde solo quedaba ya la inmensidad de la bahía ante los ojos de los neoyorquinos y los turistas que se atrevían a desafiar al frío de aquel enero gélido. La estatua de la Libertad se alzaba al fondo y los *ferries* atravesaban el agua de camino a Staten Island. Aquel era el lugar en el que Jackson aprovechaba para desconectar, para respirar aire fresco y para pensar en lo bien que se había recuperado de tantos años de infierno. Había conseguido el trabajo que siempre había soñado tener, desde que era un niño que pasaba las horas muertas en el despacho de su padre; había vuelto a tener a sus hermanos a su lado, después de una ausencia que todavía no sabía cómo había podido soportar; y, sobre todo, tenía a Tiffany. La mujer que había aparecido en la cárcel casi como si fuera un regalo enviado por el karma para compensarle todo el dolor sufrido. Y que se había quedado a su lado a pesar de todo. De sus luces y sus sombras, sus errores y sus aciertos. De todo.

Quizá porque Jackson se sentía especialmente afortunado aquella mañana, no le importó que Dylan interrumpiera su momento diario de desconexión. En realidad, nunca le importaba que lo hiciera. Dylan siempre había sido su hermano favorito, al que más unido se sentía, y aquello tan horrible que había ocurrido ocho años atrás y que podría haberlos separado para siempre no había hecho otra cosa que unirlos todavía más. Además, Jackson estaba preocupado por él. Entendía –después de mucho reflexionarlo tras el *shock* inicial– que Dylan necesitara aislarse de todo aquello que sentía que le había caído del cielo por una desafortunada cadena de desgracias. La que le había puesto en el camino la vida, arrebatándoles a sus padres cuando eran aún demasiado jóvenes. La que él mismo había provocado, con sus irresponsabilidades a los dieciocho años que habían partido por la mitad tantas vidas.

Pero que entendiera que Dylan necesitara estar un tiempo alejado de todo no significaba que fuera más fácil de digerir. O que su preocupación, igual que la de Tiffany y la del resto de sus hermanos, desapareciera. Si algo les sobraba a los hermanos Crawford era el dinero, así que le dolía saber que Dylan vivía en un apartamento de condiciones muy dudosas, que tenía que hacer equilibrios para que fuera suficiente su sueldo a final de mes y que

pasaba demasiado tiempo solo. Así que estuvo encantado de compartir aquella hora de comer con él... aunque no tanto su sándwich.

—Joder, Jackson, dame la mitad. No creo que te vayas a morir de hambre.

—Es el sándwich especial de Cole. No pienso compartirlo.

—¿Pollo asado, mayonesa, cebolla y *bacon*?

—Y una loncha intermedia empapada en la salsa del pollo.

—¡No me jodas, Jackson! Ese sándwich es una bomba, puedes sobrevivir perfectamente con solo la mitad.

—Quién iba a decir que la cárcel me convertiría en un blando...

Jackson cortó un buen trozo de aquel sándwich y se lo dio a su hermano, quien, para compensar, se acercó a un puesto de bebidas e invitó a dos latas de Coca-Cola. Comieron en silencio, con la mirada perdida en las espectaculares vistas del parque. A Dylan le llamó la atención, como siempre, el aspecto de Jackson, vestido con un traje de tres piezas impecable, pero con las manos llenas de aquellos tatuajes que se había hecho a lo largo de los años en la cárcel.

—La gente con la que te reúnes debe de flipar —le dijo, con una media sonrisa, señalándolos.

—Bueno... Supongo que ya se han acostumbrado. Iba a quitarme algunos con láser, pero Tiffany...

—¿Qué? —preguntó Dylan, al ver que su hermano se ruborizaba. Y eso era toda una novedad.

—Que le gustan bastante, vaya.

—Dios... Solo espero que no juguéis al chico malo y la profe inocente porque entonces tendré que arrancarme los ojos la próxima vez que la vea.

—Pues no preguntes.

Siguieron un rato comiendo entre risas burlonas, hasta que Jackson decidió que ya era hora de que su hermano soltara lo que se estaba callando.

—Bueno, ¿y esa chica... Lily... qué? ¿Piensas pedirle una cita o vas a seguir lloriqueando porque te gusta?

—Pienso seguir lloriqueando porque me gusta.

—¿Desde cuándo eres tan cagón?

—No lo sé. —A Dylan se le escapó un suspiro de frustración—. Siempre había sido fácil, ¿sabes? Pim, pam, conozco a una chica, pim, pam, le pido una cita, pim, pam, acabamos en la cama.

—Pim, pam, pum.

—Eso mismo.

—¿Y ahora?

—Ahora me he acostumbrado demasiado a estar solo, supongo. O quizá es que no había aparecido nadie que me interesara lo suficiente.

—¿Y ella sí?

—Jackson, ayer me pasé una hora y cuarto escuchándola hablar de una sentada en Harlem para protestar por el precio de la vivienda.

—¿Vestidos?

—Sí, joder. Vestidos y sirviendo cafés. Y me gustó hablar con ella. Hablar. A mí. No sé si te estás dando cuenta de la gravedad del asunto.

—Me temo que sí. —Jackson estalló en carcajadas—. ¿Qué vas a hacer?

—No lo sé.

—Vamos a hacer un trato. Si no le pides una cita a esa chica antes de una semana...

—Chantajes no, ¿eh, Jackson?

—Si no le pides una cita a esa chica antes de una semana, les contaré todo esto a los chicos. Y puede que también a Tiffany. Tu vida se puede convertir en un infierno.

—Cabrón.

—Obligaciones de hermano mayor, ya ves.

—No debería haber confiado en ti —le dijo Dylan, aunque esbozando una sonrisa que decía muchas cosas. Que tenía toda la razón y sabía que debía mover ficha con Lily. Que tampoco sería un drama tan horrible que Cole, Ben y Tiffany lo supieran todo. Y, sobre todo, que sabía que había acertado al confiar en él. Al menos, le había ayudado decir en alto todo aquello que tantas veces daba vueltas en su cabeza cuando estaba solo.

Dylan regresó a su casa aquella tarde y pasó algo de tiempo delante del ordenador. Hizo una nueva donación anónima a la Fundación de Tiffany y se distrajo viendo unas cuantas películas en el portátil. Se fue a dormir temprano, aunque tardó un poco en ser capaz de conciliar el sueño, porque estaba intentando recordar el cuadrante de turnos de la cafetería para los días siguientes. Después de semanas y semanas sin atreverse a hacer nada... estaba deseando reencontrarse con ella.

Tuvo que esperar al viernes. Para cuando llegó ese momento, la impaciencia lo había devorado de tal manera que nada salió como él esperaba.

Dylan había planificado trabajar el turno con Lily, charlar con ella de cosas intrascendentes; o, mejor, dejar que ella le contara todo lo que quisiera con aquella verborrea inagotable que parecía tener. Y, al final de la jornada,

acercarse a ella, decirle que le gustaba pasar tiempo con ella y que le gustaría hacerlo fuera del trabajo. En su mente, ella diría que sí, incluso puede que le diera un beso que sería la antesala perfecta para un par de fantasías sobre lo que pasaría después... y tendría una cita para el sábado por la noche.

Pero, en cambio...

—Está bien, tú ganas. Iré a la protesta esa que me has dicho. —Así, abrupto y sin ninguna delicadeza. En cuanto llegó al vestuario, sin importarle que hubiera dos compañeras del turno anterior todavía rondando por allí.

—¿Qué? —Los ojos de Lily estaban fuera de sus órbitas, y Dylan empezó entonces a sospechar que las cosas no iban a ir bien.

—La protesta. Mañana. Que iré contigo.

—Dylan... fue el fin de semana pasado. Estuvimos horas hablando sobre ello después.

—Ah, ya, ya. ¿Y mañana? ¿No tienes ninguna sentada, o vigilia o algo de todo eso?

—Emmmm... no. Dylan, ¿te encuentras bien?

—No. —Suspiró y se alegró infinitamente de que ya no quedara nadie en aquel vestuario y de saber que nunca, jamás, le contaría a nadie, especialmente a Jackson, lo terriblemente mal que estaba haciendo aquello—. Vale, pues a cenar.

—¿A cenar?

—Sí, tú y yo. A cenar el sábado. A cenar o a lo que cojones quieras que vayamos, con tal de pasar un rato fuera de este antro.

—Está... está bien.

—Lo que sea con tal de pasar tiempo contigo.

—Ya he dicho que sí.

—¿Qué?

—Que... está bien. A mí también me apetece pasar tiempo contigo fuera de aquí.

La sonrisa radiante que le dedicó Lily hizo que Dylan (¡al fin!) volviera a la realidad. Y la realidad era que la chica que ocupaba todos sus pensamientos en las últimas semanas había aceptado salir con él. Fue dolorosamente consciente de que había hecho bastante el ridículo, así que, en el último instante, fue capaz de retener el bailecito que le salía de dentro.

El resto de la jornada transcurrió entre risitas nerviosas y miradas que a Dylan le daban la esperanza de que Lily sintiera lo mismo que él... y que a Lily le daban la sensación de estar metiéndose en un buen lío. Uno del que

podía acabar saliendo con el corazón roto, pero que... podía merecer la pena si salía bien.

El sábado por la noche llegó, precedido de muchos nervios. Dylan no quiso contarles demasiado a sus hermanos, pero no se pudo resistir a mandarle un mensaje a Jackson comunicándole lo que había hecho (aunque no *cómo* lo había hecho) y que no contaran con él en todo el fin de semana. Su hermano se limitó a contestarle con una burla sobre esa intención de estar todo el fin de semana ocupado. Le llamó algo así como «demasiado optimista».

Lily tampoco le contó demasiado a su compañera de habitación en la residencia universitaria. Se llevaba bien con Alison, pero eran muy diferentes. A Alison le gustaba mucho más disfrutar de los *placere*s universitarios que a Lily, pero se respetaban y convivían en armonía. Aunque Alison no pudo evitar ayudar a Lily a elegir el modelo para aquella noche, porque era evidente que tenía una cita, y eso no era algo demasiado habitual en ella.

Dylan y Lily se encontraron en la puerta de un restaurante de Midtown. Él había elegido el local porque le gustaba la comida, pero, sobre todo, porque no era demasiado caro. En el fondo de su alma, le habría gustado llevar a Lily a cenar a uno de aquellos locales tan exclusivos de Park Avenue que había frecuentado en otro tiempo, en su otra vida. Pero delataría demasiado y, además, no le apetecía encontrarse con sus antiguos conocidos. La única concesión a su alma de rico heredero que se permitió aquella noche fue vestirse con unos pantalones de pinzas gris marengo y una camisa blanca de firma. Necesitaba reunir un montón de autoestima aquella noche.

Lily, por su parte, se decantó por un vestido verde de manga larga y un abrigo negro bastante grueso, pues la noche prometía temperaturas heladoras. Llegó al restaurante en metro, después de un par de transbordos, y se le secó la boca, literalmente, cuando echó ya desde lejos un vistazo al aspecto de Dylan.

—Hola...

—Hola.

Se saludaron con timidez, y pasaron enseguida a la mesa que les habían preparado. Al fondo del local, un poco apartada y apenas iluminada por un aplique en la pared y un par de velas encendidas sobre la manera. Era perfecta.

Dylan dio gracias mentalmente a la suerte al comprobar que el restaurante tenía una carta bastante amplia de platos vegetarianos, porque él había olvidado por completo que Lily lo era al hacer la reserva. Charlaron un rato de sus hábitos alimenticios, que no podían ser más diferentes. Lily se

preocupaba muchísimo por el origen de todo lo que comía, mientras que Dylan se entregaba demasiado a menudo a la comida rápida. Si se mantenía en forma era solo gracias a su buena genética, y sus hermanos eran una buena prueba de ello.

Pero no era aquello lo único en lo que Dylan y Lily parecían el día y la noche. Durante toda la cena, no habían dejado de hablar, y en cada tema que tocaban, resultaban ser muy diferentes. Al menos, y ese era un punto que para Lily era fundamental, a los dos les encantaban los animales. Solo que ella era más de perros, y a Dylan siempre le habían encantado los gatos. Tampoco hablando de cine encontraron un punto de unión. A Dylan le gustaban las películas de terror; Lily no las soportaba —nunca había sido capaz de ver una sin tener las manos tapándole los ojos—. Ella era una fan absoluta del cine clásico; no creía que se hubiera filmado ni una buena película después de 1950. Le tocó el turno a la música, y... tampoco. Dylan solía escuchar *punk* californiano y otros ritmos más cercanos al rock, mientras que Lily era una romántica declarada. Dylan se rio cuando ella le dijo que, si una canción no te hace llorar, no merece la pena escucharla... pero le gustó que dijera aquello.

Para cuando el camarero les ofreció la carta de postres, ya habían llegado a la conclusión de que eran dos polos opuestos, pero... ¿no era verdad aquello de que los polos opuestos se atraen? Ojearon la carta durante un rato, aún comentando entre risas todas aquellas diferencias, de las que no habían dejado de hablar durante toda la cena.

—Yo tomaré el *brownie* de chocolate con salsa de chocolate blanco y pepitas de chocolate con leche —pidió Dylan, mientras de reojo observaba la cara de horror de Lily. No podía ser...

—Yo la tarta de fresas, por favor —se dirigió al camarero—. No lleva chocolate, ¿verdad?

¡No le gustaba el chocolate! Dylan pensó que, ni en un millón de años, podría haber encontrado a alguien que se pareciera menos a él... y que le gustara más. Podía tolerar lo de los perros, la música, el cine y todos aquellos pequeños detalles, pero... ¿a qué persona en su sana juicio no le gustaba el chocolate?

—No digas nada. Ya sé que soy rara.

—¿Rara? Me parece que te quedas un poco corta.

Siguieron entre carcajadas, dejaron que llegara el postre, lo degustaron y pidieron un café para finalizar la velada. Bueno, fue Dylan quien pidió un café; Lily lo odiaba y solo bebía té. Tuvieron una seria discusión a la hora de pagar,

que se zanjó con una cuenta a medias. Dylan no se podía creer que no fuera a invitar a una chica en su primera cita, pero para Lily era una cuestión de principios. Él solo acabó aceptando porque ella amenazó con marcharse y no volver a salir con él si no le dejaba pagar la mitad.

Y aquella amenaza le dijo muchas cosas a Dylan. Le dijo que ella pensaba prolongar aquella velada. Le dijo que probablemente tuviera intención de volver a quedar en el futuro. Le dijo que a ella también le daba igual cuántas cosas los diferenciaban, porque había una más importante que todas ellas que los unía: aquel brillo en la mirada que ninguno de los dos podía evitar.

Al salir del restaurante, no necesitaron hablar para saber que les apetecía dar un paseo. Estaban muy cerca de Times Square, así que se aproximaron allí entre las masas de turistas que ya empezaban a retirarse de la zona más poblada de la ciudad. Perdieron la mirada entre las grandes pantallas iluminadas y se quedaron un rato en un silencio que decía muchas cosas.

—Me sigue impresionando cada vez que vengo. Este lugar es... es mágico.

—Es un poco hortera —opinó Dylan.

—¡No! No me llesves la contraria en esto, por favor. —Lo miró a los ojos, y él asintió con una sonrisa—. Sí, es un poco hortera. Y para una defensora de la naturaleza como yo, es un horror pensar en toda la energía desperdiciada que suponen esas pantallas. Pero...

—¿Qué?

—No sé. Supongo que, para mí, representa Nueva York. Y Nueva York es mi lugar favorito del mundo.

—¿De dónde eres?

—De California.

—¿San Francisco o Los Ángeles?

—Sacramento. Ni tan bonita como una ni tan decadente como la otra —le respondió, dejando entrever una mueca de decepción.

—¿No te gusta aquello?

—No. No he vuelto desde que empecé la universidad.

Dylan guardó un silencio respetuoso después de aquella confesión que decía tanto como ocultaba. Tenía curiosidad por saber qué le podía haber pasado para huir de su ciudad, pero él sabía muy bien lo que era necesitar guardarse para sí sus secretos más sórdidos. Así que la respetó.

—¿Tú eres de aquí?

—Sí. Me crie con mis hermanos en una casa de las afueras, pero después nos mudamos a Manhattan.

—¿Solos?

—Sí. —Dylan se envaró un poco; no le importaba hablar con ella de su familia, pero no quería dar demasiadas pistas sobre aquello que escondía—. Fue poco después de que falleciera nuestro padre. Mamá... nuestra madre murió cuando éramos muy pequeños. Y luego él... él también murió. Solo hemos sido nosotros cuatro desde hace mucho tiempo.

—Lo siento.

—Es agua pasada. Ellos son todo lo que necesito.

Siguieron paseando por el centro de la ciudad. Se acercaron al Rockefeller Center, caminaron por la Quinta Avenida y se pusieron de acuerdo, al fin, en que no había un lugar en todo el mundo mejor que Nueva York.

—¿Te apetece que nos acerquemos hasta Central Park?

—Claro. Siempre me apetece ir a Central Park.

Entraron en el parque por la esquina sureste, junto al hotel Plaza, y pasearon entre senderos en los que ya apenas quedaba gente. Los turistas estarían ya en sus hoteles, y los neoyorquinos, resguardados de las bajas temperaturas en la calidez de sus apartamentos. Los neoyorquinos que no se estuvieran enamorando, claro. Esos ni siquiera notaban el intenso frío.

Llegaron a la orilla del lago, y Lily le contó a Dylan que entre sus aguas había decenas de tortugas, y que nadie se ponía de acuerdo sobre cómo habían llegado hasta allí. Vieron los botes de remos, guardados a la espera de que llegara el día siguiente, y se prometieron que un día los probarían.

Y, entonces, llegó el momento.

Hubo un silencio. Un cambio en la atmósfera. Una mirada que lo decía todo.

Y llegó el beso.

Dylan creería después que había sido él el que había dado el primer paso, aunque no estaba del todo seguro. No lo estaba porque Lily respondió con tal seguridad que no le cupo duda de que ella también lo estaba deseando. Sus bocas se encontraron, y Dylan supo enseguida que aquellos labios suaves y con un ligero sabor a miel eran los que iba a querer besar durante el resto de su vida. Lily se perdió en aquel beso duro, exigente, que le pedía tanto como ella estaba deseando dar.

—Lily...

La voz rasgada de Dylan la espoleó. Escuchar su nombre con aquel tono de excitación hizo que la suya propia volara. Más de lo que ya lo había hecho desde el comienzo de la cena, del paseo... de todo. Se besaron durante

minutos, aunque a ellos les parecieron al mismo tiempo segundos y horas. Fue largo y corto. Breve y eterno. Intenso y, en realidad, solo el punto de partida hacia algo que prometía.

—¿Dónde vives? —le preguntó Dylan, aunque enseguida se dio cuenta de lo mal que podía haber sonado aquella cuestión—. O sea, quiero decir...

—En Columbia. Pero yo... Yo no...

—Solo te lo he preguntado para acompañarte a casa. —Dylan le sonrió para llevarse aquel rubor de sus mejillas. Por supuesto que se moría por dar algún paso adelante con Lily, pero algo le decía que ella querría tomárselo con calma. Y, en el fondo, él también lo deseaba. Cada cosa a su tiempo.

—Vale.

Lily se alegró de que Dylan hiciera aquella aclaración. Ella nunca había sido una chica puritana, pero tampoco le gustaba acostarse con alguien la primera noche. Le apetecía que se conocieran un poco más, a pesar de que ya tenía la sensación de conocer tanto a Dylan que tendría que hacer un verdadero esfuerzo para no obligarlo a subir a su habitación. Por suerte, Alison estaba allí, así que esa opción quedaba descartada.

Dylan la sorprendió diciéndole que le apetecía pasear, así que recorrieron el trayecto hasta Columbia cogidos de la mano. Ninguno de los dos supo quién había sido el primero en tomar la mano del otro, pero tampoco hicieron ni el menor esfuerzo por apartarla. Se sentían a gusto con esa cercanía, lo cual era toda una novedad para ambos.

Cuando llegaron a los alrededores del campus, Lily le indicó cuál era su residencia, y los dos sintieron un pequeño pinchazo de dolor al saber que la despedida estaba próxima. A pesar de que se verían en dos días en la cafetería.

—Bueno...

—Sí... Bueno...

—Me lo he pasado muy bien esta noche —le dijo Lily, ruborizada de repente.

—Yo también. —Dylan le sonrió, y le acarició la mejilla con los nudillos de su mano—. Y me encantaría repetirlo pronto.

—Y a mí.

Él se aproximó a darle un beso breve de despedida, más que nada para no aumentar aquella excitación que llevaba horas sintiendo bajo los pantalones. Pero ella no le dio opción. Lily olvidó toda su timidez y lo besó con una pasión, una intensidad y unas ganas que acabaron de volverlos locos.

Y, entonces, empezó a nevar.

Los copos caían sobre ellos, pero se derretían al contacto con su piel, porque los dos tenían demasiado fuego dentro. Se separaron unos segundos para sonreírse, para decirse con aquel gesto cuánto les apetecía repetir. Ir más allá. Dejarse llevar.

Y, cuando se despidieron con la última réplica de aquel beso, cuando la nieve empezaba a cuajar a su alrededor y le daba a todo un halo mágico, Dylan y Lily comprendieron lo que era un beso perfecto.

8

Las cosas claras

Dylan y Lily volvieron a verse en el café el lunes por la tarde. Dylan se había pasado ese día y medio desde su despedida en el portal de la residencia de estudiantes tirándose de los pelos por no haberle pedido su teléfono. Definitivamente, estaba desentrenado en eso de salir con mujeres. Por Dios, el teléfono es lo primero que se pide.

Lily, por su parte, celebraba no habérselo dado. Estaba nerviosa, muy nerviosa, después de la cita del sábado. Pero no porque la hubiera decepcionado y le resultara violento enfrentarse a él cuando volvieran a coincidir en el trabajo, sino por todo lo contrario. Le gustaba Dylan. Le había empezado a gustar en algún momento que no era capaz de precisar en el tiempo, y ese sentimiento había ido aumentando más y más hasta aquella cita que había resultado la culminación de algo que la aterraba. Porque, si alguna vez en su vida hubiera tenido que describir cómo imaginaba una primera cita perfecta, justo lo que había ocurrido el sábado anterior con Dylan sería, al milímetro, su sueño.

Pero había demasiados miedos tras ese sueño. Y no eran los miedos habituales que podría tener cualquier chica después de una primera cita perfecta: que para él no lo hubiera sido tanto (Lily estaba segura de que Dylan la había disfrutado tanto como ella), que no quisiera tener otra cita (él mismo le había confirmado que esperaba tenerla), que hubiera convertido aquella noche en un escenario previo solo para llevársela a la cama (ni siquiera había hecho amago de ello)...

No, los miedos de Lily iban por otro camino. Hablaban de su incapacidad para encontrar al chico perfecto, y también de la negativa absoluta de su cerebro a bajar el listón, a aceptar algo que no fuera aquello que siempre había visto como su ideal: el chico comprometido, trabajador, sano y sincero con el que siempre había soñado.

Dylan no parecía compartir demasiados de sus ideales, pero al menos había dejado de burlarse de ella cuando le hablaba de manifestaciones, sentadas y protestas. Trabajador... no le cabía duda de que lo era. De que no era uno de esos niños ricos a los que había odiado en el instituto y a los que todo les había venido dado. Ni siquiera había bebido vino durante la cena de su cita, así que esa parte no le preocupaba nada. Y sobre la sinceridad... le

daba un poco de miedo, porque ella había aprendido por experiencia que quien miente suele ser bastante experto en ello, y no esperaba poder detectar esa cualidad en Dylan a primera vista. Pero... confiaba en él. No sabía por qué, pero lo hacía.

—Pero, entonces, ¿quieres salir con él o qué?

—Ya he salido con él. —Lily ni siquiera sabía por qué había llamado a su hermana, porque no tenía ni idea de qué decirle.

—Lily, vamos... ¿Quieres ir más allá?

—Ajá. Supongo.

—Dime la verdad, hermanita. Has hecho un listado de virtudes, defectos y si cumple o no con todos esos puñeteros requisitos, ¿verdad?

—¡No por escrito!

—Ah, fenomenal, eso lo arregla todo. Si no lo has escrito, es que no estás loca. Te has limitado a darle dos mil quinientas vueltas en tu cabeza, ¿me equivoco?

—No, Sherry. —A Lily se le escapó una carcajada—. No te equivocas en absoluto.

—Ya sé que te lo he recomendado otras veces, y ya sé que te da exactamente igual lo que te diga...

—No me da igual. Sabes que eres la única persona de la que acepto consejos.

—Los aceptas, pero no los sigues. —Sherry bufó tan alto al otro lado de la línea telefónica que Lily creyó que la iba a dejar sorda.

—Dame tu consejo. En veinte minutos tengo que estar en el café y voy a verlo por primera vez desde la cita.

—Vive, Lily. No podemos tener tan mala suerte como para volver a toparnos en la vida con gente como papá y mamá. La gente no es adicta, ni mentirosa, ni manipuladora por naturaleza. Mírame a mí. Yo me lancé a ciegas con Joey y... no me ha salido del todo mal, ¿no crees?

—Es que Joey es el hombre perfecto. Ni siquiera sé por qué te aguanta.

—Muchas gracias, yo también te quiero. Anda... vete a ver a ese Dylan, y dile que ya estoy deseando conocerlo.

—Sí, justo eso le voy a decir. Que le voy a presentar a mi familia después de solo una cita.

Lily colgó el teléfono a toda prisa, y se marchó corriendo al café. Odiaba llegar tarde, pero el motivo de sus prisas ese día no era exactamente una obsesión con la puntualidad. Simplemente, no aguantaba más sin ver a Dylan.

Él ya estaba en el vestuario cuando ella llegó. Lily se había preguntado durante todo el trayecto cómo se saludarían, pero, al final, no hubo lugar a esas dudas, pues había tres o cuatro compañeros presentes, y Lily se limitó a lanzar un saludo general con la mano.

El turno se les hizo largo. Largo y pesado. Los lunes eran los días de más actividad en el café, especialmente por la tarde, cuando a los alumnos se les empezaba a hacer cuesta arriba la jornada de estudio después del fin de semana, y recurrían a la cafeína en vena para aliviar sus penas. Dylan y Lily apenas pudieron hablar durante su turno. Solo él se acercó un momento a burlarse un poco de ella por trabajar en un café cuando odiaba... precisamente el café. Se distrajeron con algunas sonrisas y estuvieron a punto de dar un salto de alegría cuando el reloj marcó las seis de la tarde y pudieron al fin irse a casa.

—Dylan, ¿puedo...? ¿Puedo hablar contigo un momento?

A Dylan se le pasó un estremecimiento por la columna vertebral. Esa frase le sonó mal. Fatal. No tenía dudas de que Lily había disfrutado de la cita del sábado, pero... los dos habían tenido casi dos días para pensar en ella. Y quizá, mientras él se hacía ilusiones y castillos en el aire, ella se había arrepentido. Dios. Ojalá no fuera eso.

—Sí, sí, claro, Lily. ¿Aquí o...?

—Aquí mismo estará bien.

—De acuerdo. Dime.

—A mí... A ver, soy una persona un poco especial en las relaciones.

—Eres un poco especial, así, en general —bromeó Dylan, aunque solo lo hizo para quitarle un poco de hierro a aquella conversación que le daba tanto miedo.

—Gracias. —Ella se lo tomó como un halago, porque en realidad lo era, le sonrió y siguió hablando—. El caso es que no me gusta lanzarme a ciegas a nada, mucho menos a una historia con un hombre. Y, antes de que empecemos nada, me gustaría tener claros algunos puntos.

—Tú dirás. —Dylan estaba alucinado, incluso un poco asustado. Por las palabras de ella y por su propia reacción. Aquella chica debía de gustarle más aun de lo que pensaba si no había salido corriendo.

—Me gustaría saber qué quieres conmigo, qué somos y qué vamos a hacer a partir de ahora.

—Lily, ¿no crees...? ¿No crees que es un poco pronto para hablar estas cosas?

—Sí, sin duda. Ya lo sé. —Lily se ruborizó—. Yo soy así. Siempre he sido así. Sé que es pronto, pero prefiero zanjar las cosas antes de que se nos vayan de las manos si no compartimos los mismos intereses.

—Perdona, pero... hemos salido una vez. Fue una cita genial, y me encantaría repetirla. No creo que pueda decirte mucho más ahora mismo.

—Ya, pero... a mí me gustaría saber... no sé... —Lily se dio cuenta de que aquella conversación era una locura, pero ya estaba metida hasta el cuello en ella y decidió llevarla hasta el final—. Si quieres una relación seria, si pretendes que seamos novios o algo así y hacia dónde conduce todo esto.

—Vale, demasiada información. —Dylan se pasó la mano por la cara para intentar despejar el agobio que estaba sintiendo, pero no sirvió de mucho—. Me voy a marchar a casa, ¿de acuerdo? Mañana nos vemos y ya... ya seguimos hablando.

Se marchó sin mirar atrás. No se podía creer que las cosas hubieran salido tan mal, pero... lo habían hecho. Cogió el metro de camino a su casa y, durante el trayecto, le dio muchas vueltas a aquella extraña conversación. Demasiadas. Tantas que se pasó su parada, aunque no fue por error. Necesitaba hablar con alguien de lo que acababa de pasar, y tenía muy claro quién era el candidato idóneo, aunque eso le costara unas cuantas burlas como peaje.

—¿Estás solo? —Cole le abrió la puerta del apartamento vestido como si acabara de llegar de la oficina. Era probable que fuera así, a pesar de que ya pasaban dos o tres horas de su horario de salida.

—Ben está de viaje de trabajo en Pennsylvania. Pero tienes a Jackson y a Tiffany ahí al lado. —Cole señaló con la cabeza hacia la puerta del apartamento contiguo.

—En realidad, he venido a verte a ti, pero no me apetecía que hubiera nadie rondando cerca. ¿Puedo pasar?

—Pues claro, joder. Esta aún es tu casa.

—Gracias.

Cole debió de imaginarse que la conversación iba en serio, así que fue a la cocina a por un par de refrescos y una bolsa de patatas fritas. Se encontraba un poco descolocado. Dylan y él siempre se habían llevado bien —todos los hermanos se llevaban bien, en realidad—, pero nunca habían hablado demasiado de cosas personales. Jackson había sido siempre el confidente de todos ellos y, en los años en que él estuvo ausente, no hubo lugar para mucho más que trabajo y conversaciones superficiales.

—¿Debo asustarme? —Por suerte, Cole era muy analítico, así que decidió

emplear esa cualidad para ayudar a Dylan. Porque, con la cara que traía, parecía evidente que eso era lo que había ido a buscar.

—No, no, por favor. Ya estoy yo asustado por los dos, créeme.

—¿Qué ha pasado?

—Hay una chica.

—¡Oh, Dios mío! ¿Te molesta si me tomo una cerveza? —Cole solía asegurarse de eso, a pesar de que Dylan siempre les había asegurado que su adicción estaba muy superada y que no le importaba verlos beber. Pero Cole había vivido aquella rehabilitación demasiado en primera persona como para olvidarla.

—Claro que no.

—Vale, bien. Centrémonos. —Cole regresó de la cocina con un vaso de cerveza y se sentó frente a Dylan—. ¿Quién es la chica?

—Lily. Es una compañera del café.

—¿Guapa?

—Qué importa eso.

—Madre mía, es grave. Eso, o es fea de cojones.

—Es guapa. Es guapísima. Pero eso no es lo que más me gusta de ella. Es divertida, está un poco loca, tiene unos ideales muy firmes y no duda en defenderlos en las situaciones más inadecuadas, habla sin parar...

—Vamos, que estás loco por ella.

—Eso me temo.

—¿Y cuál es el problema? ¿Pasa de ti? ¿Eres la vergüenza de los Crawford?

—Pues claro que no, gilipollas.

—¿Entonces?

—Salí con ella el sábado. Fue... joder, Cole, ¿alguna vez has tenido una cita y has vuelto a casa con la sensación de que no habría podido ser más perfecta?

—Tengo esa cita cada sábado. Busco sexo, obtengo sexo, es todo perfecto.

—A ver, imbécil. Estoy hablando en serio.

—Yo también.

—Vale, pues yo no soy como tú. De hecho, ni siquiera no acostamos el sábado. Fue... fue otra cosa. Conectamos como no me había pasado en toda mi vida. Nos divertimos, paseamos...

—Dime que al menos la besaste.

—Mucho.

—Bien, así me gusta. —Cole le dio un puñetazo fraternal en el hombro—. ¿Cuál es el problema, entonces?

—El problema es que hoy nos hemos visto por primera vez desde el sábado y... está loca. Completamente loca. Como una regadera.

—¿Qué ha hecho?

—Me ha hecho un interrogatorio, extenso e intenso, sobre qué somos, qué vamos a ser, qué espero de la relación, qué va a pasar a partir de ahora...

—¿Y tú qué le has dicho?

—Primero, que me lo había pasado fenomenal el sábado y que me encantaría repetir. Pero no le valió. Siguió insistiendo e insistiendo... hasta que me largué de allí, con el agobio más grande que he tenido en toda mi vida.

—Qué poco sabes de la vida, hermano.

—¿Perdona?

—Esa chica... esa chica parece perfecta.

—¿Perfecta? ¿El tío que solo folla sin compromiso considera perfecto que una chica quiera saber todo lo que va a pasar en su relación en el minuto uno?

—Exactamente.

—¡¡Pero si tú habrías salido corriendo antes que yo!!

—No. Yo habría salido corriendo si una mujer me dijera que la única opción es ser mi novia, porque no es eso lo que quiero. Pero no sé qué quieres tú, y te puedo asegurar que no hay nada mejor que dejar las cosas claras desde el principio.

—¿Nada mejor que responder a un interrogatorio cuando solo has tenido una cita?

—¿Tienes claras las respuestas a las cosas que te preguntó?

—No lo sé.

—Pues en eso tendrás que trabajar, hermano. Ella lo ha hecho de maravilla.

—Pero ha sido muy frío.

—¿Ella te deja frío?

—Ella me pone más caliente de lo que me ha puesto nadie en toda mi vida.

—Pues esa ya es la primera respuesta.

Dylan se despidió de su hermano con un abrazo, y decidió volver a su casa caminando. Hacía un frío horrible, pero lo necesitaba para serenarse. La conversación con Cole no había servido para aclararle las ideas; más bien todo lo contrario. Lo había embarullado todo más. Y, aunque seguía pensando que a Lily se le había ido bastante de las manos lo de querer dejarlo todo

claro desde el principio, en el fondo, Dylan sabía que no era ese el problema. Que el problema real era que él no tenía las respuestas a aquellas preguntas. O sí las tenía, pero su corazón y su cabeza gritaban cosas contradictorias, y él no sabía a cuál de los dos hacerle caso.

Dylan no creía en el amor. Así se lo había dicho a Tiffany en aquella conversación loca, que sentía entonces tan lejana, en la que le había acabado proponiendo matrimonio de la forma menos romántica de la historia. Bendita ella, por no haber aceptado. Y no es que Dylan no creyera que el amor existiera. Es que no creía que él estuviera hecho para eso, para el amor.

Por supuesto que sabía que el amor existía. Lo había visto entre sus padres, por más que él tuviera apenas cuatro años cuando su madre había fallecido. Los poquísimos recuerdos que guardaba de ella eran junto a su padre, como una pareja unida y feliz que jamás imaginó la jugada tan cruel que les tenía preparado el destino. Y lo veía a diario en Jackson y Tiffany. Una relación por la que pocos habrían apostado al principio, cuando él era solo un preso de un penal de máxima seguridad, y ella la profesora encargada de impartir clases en su módulo. Pero solo había que pasar con ellos unos segundos para ver hasta qué punto se querían, hasta qué punto su amor era real, y probablemente durara para siempre.

El problema de Dylan era que conocía, prácticamente desde que se había hecho adulto, el daño que los sentimientos pueden causar en las personas. A él nunca le había roto el corazón una novia del instituto, ni él creía haberlo hecho con ninguna de aquellas chicas con las que había salido cuando era un adolescente. Él había hecho algo peor. Le había roto el corazón, el alma y la vida a la persona a la que más quería, a alguien mucho más importante y más permanente que una novia. Había destrozado la vida de su hermano. Y sí, Jackson y él habían hablado mucho, y la mayoría de las cosas habían quedado perdonadas, casi olvidadas, pero Dylan no lograba sacarse de la cabeza que había sido el amor el que había generado el desastre. El amor de Jackson hacia él, que lo había impulsado a sacrificarse en su lugar, por miedo a que Dylan muriera en la cárcel a causa de su adicción. El amor más puro, más fraternal... aquel que había hecho que Jackson confiara en él durante meses, cuando le juraba que ya no se drogaba mientras aún sentía los efectos de la cocaína en su cuerpo.

El amor podía ser un sentimiento precioso, pero Dylan solo había conocido su cara más amarga. Esa que dice que, si quieres a alguien con toda tu alma, le estás poniendo el corazón en bandeja para que te lo destruya si

quiere. O incluso... si no quiere, pero las cosas salen mal. Ese era el mayor miedo de Dylan, el que siempre lo había mantenido alejado de relaciones serias y, desde hacía un año, de cualquier tipo de relación.

Estaba ya entrando en su barrio cuando se planteó que podría tener con Lily el mismo tipo de relación que había tenido con aquellas dos o tres chicas con las que había salido en los años anteriores. Relaciones en las que lo pasaba bien, en las que el sexo era fantástico y los planes fuera de la cama tampoco estaban mal. Relaciones en las que entregaba su amistad a la otra persona, pero en las que se guardaba para sí ese trozo de corazón que podría salir dañado si algo iba mal. Y no llevaba ni dos manzanas caminando cuando se dio cuenta de que no. De que con Lily eso sería imposible. De que Lily no tenía ninguna pinta de ser capaz de jugar con medias tintas. Sería todo o nada.

En cuanto entró en su apartamento, se dejó caer, agotado, en el sofá. Había sido un día extenuante, con un madrugón innecesario pero provocado por el insomnio, un turno de trabajo interminable y lleno de interrogantes, aquella conversación con Lily que, por mucho que Cole dijera lo contrario, a él seguía pareciéndole incómoda, la visita a Cole y, finalmente, el paseo a casa con todos los demonios dando vueltas en su cabeza para dejarle más dudas aun de las que ya tenía.

Se metió en la cama rezando para conseguir dormirse pronto, pero no tuvo suerte. Lily se le aparecía constantemente en la cabeza, y no como la chica que lo había agobiado aquella tarde, sino como aquella preciosidad rubia a la que conocía desde hacía meses y con la que había tenido una cita tan perfecta que hacía que cualquier cosa que viniera después prometiera merecer la pena.

Así que, cerca ya de las tres de la madrugada, Dylan llegó a una conclusión. Una aterradora. No quería una relación a medias con Lily, en la que no se entregaran el uno al otro más que buen rollo laboral por el día y sexo por la noche. Pero no rechazaba esa idea porque pensara que a Lily no la satisfaría del todo. No. Ojalá fuera eso. La realidad era que Dylan no quería ni pensar en no entregarse entero si en algún momento tenía una relación seria con Lily. Y, por supuesto, tampoco quería que fuera ella la que se guardara un trozo de corazón para prevenir que no se lo rompieran. Lo quería todo de ella. Y lo quería cuanto antes.

Y, como en una epifanía que llegó cuando Dylan ya no la esperaba, tuvo claras las respuestas a las preguntas que le había hecho Lily y que llevaban horas retumbando en su cabeza. Al día siguiente coincidirían en el turno de noche y le respondería. Lo último que pensó, antes de quedarse al fin dormido,

fue que ojalá ella no dejara de hablarle para siempre cuando escuchara lo que tenía que decirle.

Te quiero a ti

Lily había decidido llegar con tiempo al café. Cuando estaba en casa, dándole la enésima vuelta en su cabeza a la fatídica conversación con Dylan del día anterior, le había parecido una idea brillante disponer de unos momentos para respirar con calma antes de que él llegara, como siempre, a poner su tranquilidad patas arriba. Pero aquella idea se le había acabado revelando como una estupidez. Si la ansiedad se la comía antes de llegar al vestuario, allí sentada, sola, a diez minutos para que empezara el turno y ya vestida con el uniforme, los nervios se le habían multiplicado por mil.

A las seis y un minuto de la tarde, se situó detrás de la barra. Dylan no había aparecido y, teniendo en cuenta que él siempre se presentaba puntual en su puesto, a Lily la asoló el terror a que él hubiera decidido desaparecer. Para siempre. Que lo hubiera asustado tanto que hubiera preferido dejar el trabajo que compartir horas en él con alguien que le pareciera una loca que agobia a sus ligues después de la primera cita con un millón de preguntas sobre el compromiso.

No podría culparlo. Ella misma se había dado cuenta, al llegar a su casa la tarde anterior, que se le había ido completamente de las manos su obsesión por tenerlo todo bien atado. Si con aquellas preguntas había conseguido espantar al único tío que de verdad le había gustado en años, tendría que estar dándose bofetones en la cara hasta el día del Juicio Final. Aunque puede que no tuviera que ser ella quien se diera esos bofetones: Sherry se había mostrado más que dispuesta a partirle la cara por «loca de mierda». Palabras textuales de su hermana.

Todos los miedos de Lily a que Dylan hubiera puesto un océano de distancia entre ellos, o dos... quedaron disipados a las seis y cuarto. Corriendo, un poco sudoroso y pidiendo mil disculpas al compañero del turno anterior que había tenido que prolongar un poco su jornada para cubrirlo, llegó, al fin, Dylan. Le dirigió una mirada rápida a Lily, y ella tuvo la sensación de que la jornada se le iba a hacer larga. Muy muy larga. Era el maldito turno de noche y, si Dylan no se dirigía a ella en algún momento, y no parecía tener intención de hacerlo, se convertiría en una tortura de seis interminables horas.

Los compañeros se fueron, los clientes empezaron a escasear, y en aquel

café solo se escuchaba el chirrido estridente del vapor de las cafeteras. Lily consiguió aguantar en silencio la primera media hora, pues estaba demasiado avergonzada por su diarrea verbal del día anterior para abrir la boca, pero, a partir de ese momento, intentó entablar conversación con Dylan varias veces. Muchas veces. Y en ninguna tuvo éxito.

Dylan volvía a parecer aquel compañero *menos favorito* de Lily de los primeros meses. Respondía con monosílabos, no la miraba a la cara, se distraía en tareas inútiles para evitar los tiempos muertos... Lily era consciente de que lo había espantado, lo había espantado por todo lo alto, y se arrepentiría hasta el día en que fuera capaz de reírse de aquello. Al menos, había aprendido la lección. La siguiente vez en su vida que se presentara ante ella un tipo simpático, con pinta de buena persona y apariencia de dios griego, intentaría no someterlo a un interrogatorio digno del FBI después de una primera cita perfecta. De hecho, si los dioses la hubieran dotado de alguna capacidad para las letras, debería escribir el libro *Cómo arruinar algo prometedor en solo diez minutos*.

Lo que Lily no sabía era que la distancia que Dylan había impuesto entre ellos no tenía nada que ver con el agobio que había sentido el día anterior. Eran increíbles los milagros que poco más de veinticuatro horas podían obrar sobre una persona. Dylan había pasado de considerar a Lily una desequilibrada a estar más seguro que nunca de lo que sentía por ella. De lo que quería de ella. Con ella. Pero necesitaba que pasaran cuanto antes aquellas seis horas, porque no era una conversación que se pudiera mantener durante las horas de trabajo, y con la posibilidad de que en cualquier momento entrara un cliente por la puerta.

Al fin, las doce de la noche llegaron y el café cerró sus puertas. Lily recogió la pizarra con el menú que reposaba sobre la acera y echó el cerrojo a la cristalera de entrada. Dylan apagó las cafeteras, se deshizo de los restos de tartas y bollería que ya no se podrían servir al día siguiente y, cuando vio que ella enfilaba el camino del vestuario, apagó también el interruptor general de la luz, dejando solo los dos pequeños fluorescentes del vestuario encendidos.

Cuando entró, Lily lo miraba fijamente. Desafiante y con un destello de enfado en sus preciosos ojos azules. Dylan llevaba preparado su discurso desde casa, pero, en aquel preciso instante, lo dejó para más tarde.

Se acercó a ella a grandes zancadas, que resonaban sobre el suelo de baldosas del vestuario. Detectó perfectamente el momento en que ella fue consciente de sus intenciones, porque sus ojos pasaron en milésimas de

segundo de la furia a la sorpresa y, finalmente, a la aceptación. Al deseo.

La besó. La besó como solo se besa cuando tenemos la sensación de que no hay ninguna otra cosa en el mundo que nos pueda hacer felices. Como cuando en ese beso nos parece encontrar el oxígeno que necesitamos para respirar. La besó con los labios, claro. Y con la lengua. Pero también con los dientes, con el alma. Con el corazón, con el instinto. Con todo. La besó con todo lo que era y todo lo que sentía.

Lily tardó unos segundos en ser capaz de responder, pero, cuando lo hizo, también se entregó entera. Entreabrió los labios para darle acceso a él a su boca, y se fundieron en un solo cuerpo como habían hecho en la cita del sábado. Dios, parecía que había pasado una eternidad desde aquel momento. Una eternidad y un segundo al mismo tiempo.

Dylan sintió aquel beso muy diferente a los que habían compartido unos días antes. Aquellos habían sido dulces, tiernos, inocentes. El que compartieron en el vestuario era todo eso, sí, pero también había un puntito de furia, una punzada de reconciliación y una cantidad enorme de deseo reprimido. Por eso las manos volaron a los cuerpos, los centímetros se redujeron hasta que ambos pudieron sentir los latidos del corazón del otro. Hasta que Lily pudo sentir muy claras, sobre su cadera, las ganas que Dylan tenía de que aquello fuera más allá.

—He tenido algo de tiempo para... —Dylan habló entre jadeos, entre mordiscos, con una voz rasgada que excitó a Lily más de lo que ella creía humanamente posible—. Para pensar en las respuestas a tus preguntas.

—Después —suplicó Lily, porque estaba tan feliz de saber que aún tenía una oportunidad con Dylan que ya ni sus preguntas le importaban.

—No. —Él fue mucho más firme. La apartó un poco (solo un poco), y le habló entre dientes—. Yo te escuché ayer, tú me vas a escuchar ahora.

—Está bien —aceptó Lily, aunque ella tampoco fue capaz de poner demasiada distancia entre su cuerpo y el de Dylan.

—Allá va... Que qué quiero: a ti. En mi cama. En cualquier parte. Ya. Qué somos: compañeros de trabajo, amigos, amantes. ¿Qué cojones importa? Decídelo tú. A mí me dan igual las etiquetas, Lily. —La miró fijamente, y aquellos ojos grises remataron la tarea de derretirla que había empezado con sus palabras—. Y... ¿Qué me falta?

—Que...

—¡Ah, sí! Qué vamos a hacer. —Suspiró, y a ella se le puso la piel de gallina ya antes de escuchar su respuesta—. Follar, Lily. Vamos a follar. ¿Te

gusta cómo suena?

Ella no pudo hacer otra cosa que asentir. Levemente, aunque con una seguridad que no había sentido nunca antes en su vida. Dylan se dio cuenta de que ella lo estaba invitando a acercarse, y la besó con más fuerza aún que la vez anterior. Se entregaron en un beso que fue puro sexo... que fue la antesala perfecta a lo que estaba por venir.

A Dylan se le escapó un gruñido cuando Lily lo tocó. Solo fue un breve roce por encima de la cinturilla del pantalón, por debajo del polo del uniforme de la cafetería. Ella intentaba desabrocharle el cinturón de los vaqueros, pero le temblaban tanto las manos que no fue capaz. Dylan pareció darse cuenta, porque tomó las riendas de la situación. Siempre le había gustado mandar, y aquella ocasión no iba a ser menos. De hecho, nunca en su vida le había apetecido tanto llevar el control como aquel día.

—Desnúdate —le pidió a Lily. Casi se lo exigió.

—Desnúdame tú.

Aquella chica nunca dejaba de sorprender a Dylan. Por cómo la conocía, había tenido la sensación de que sería tímida, al menos la primera vez que se acostaran, pero lo sorprendió con una voz firme, que denotaba una seguridad en sí misma arrolladora. Aunque, quizá, era una seguridad en ellos mismos, en los dos, en lo que eran y lo que podrían llegar a ser.

—Tus deseos son órdenes.

Dylan se moría por llevar aquello al límite, por acelerarlo, por liberarse cuanto antes de una tensión sexual que había sentido casi desde la primera vez que la había visto. Pero, sobre la marcha, decidió retrasar la gratificación. Tomárselo con calma, como si tuvieran toda la noche para disfrutar de sus cuerpos. Como si tuvieran toda la vida.

La desnudó con el mismo mimo con que se desenvuelve un caramelo. Se acercó a ella despacio y acarició con las yemas de los dedos el dobladillo del polo, antes de quitárselo por la cabeza despacio. La visión de Lily en sujetador le trajo el *flashback* de aquella tarde en que la había sorprendido medio desnuda en el vestuario, y el recuerdo le envió un latigazo de excitación a su polla, que ya llevaba algunos minutos pugnando por escaparse del pantalón.

Rodeó a Lily con sus brazos, pero no permitió que ella pegara su cuerpo al de él. Mantuvo la distancia para mantener la cordura. Acercó sus dedos a la goma del pelo de su coleta, y dejó que sus rizos rubios cayeran como un halo mágico alrededor de su cara. Y, a continuación, los bajó a su espalda para

desabrocharle el sujetador. Vio cómo este caía a sus pies como a cámara lenta. Primero los tirantes escapándose de sus hombros, y después las copas liberando aquel objeto de deseo que Dylan no podía dejar de mirar. Sus pechos eran más grandes de lo que él había logrado intuir, más carnosos. Sus pezones más grandes. Más oscuros.

Dylan se recreó tanto tiempo en aquella visión que ni siquiera se preocupó por desabrocharle los pantalones. Le dio un beso breve en los labios y, en un segundo, su lengua estaba entretenida en jugar con los pezones de Lily. Los lamio, los besó... hasta los mordió. A ella se le escapó un gemido que a él se le antojó delicioso, y decidió dejar su pequeño sello sobre ella. Succionó un pequeño trozo de piel junto a su pezón izquierdo y no dejó de hacerlo hasta que la marca violácea fue perceptible para ambos. Dylan nunca la hubiera *marcado* de esa manera en un lugar visible, pero allí... quería que ella lo recordara cada vez que se mirara al espejo hasta la siguiente ocasión que tuviera de estar con ella.

Lily salió de la ensoñación en la que se encontraba y se aproximó a Dylan. Le sacó —casi le *arrancó*— el polo por encima de la cabeza, y tuvo una destreza infinita para desabrocharle el cinturón. El pantalón vaquero le caía a Dylan sobre las caderas, dejando a la vista la cinturilla elástica de sus calzoncillos y un rastro delicioso de vello púbico, tan negro como el de su cabeza.

—¿Qué vamos a hacer, Lily? ¿Lo recuerdas? —Dylan hablaba con la excitación latente en su voz—. Dime qué vamos a hacer.

—Follar.

Lo dijo en un tono tan erótico que Dylan la cogió en brazos en un impulso espontáneo. Le desabrochó los pantalones de camino a una mesa sobre la que los empleados solían dejar sus bolsos y otros objetos personales. Apenas había dos o tres cosas encima en aquel momento, pero Dylan no se molestó en apartarlas con delicadeza, sino que las tiró al suelo con un movimiento firme de su brazo, aun con Lily encaramada a su cuello.

—¿Y cómo quieres que te folle?

—Como... como quieras.

—No, Lily. Tú parecías tenerlo todo muy claro ayer. Demuéstramelo. Soy tu puto esclavo. —Jadeó en su oído—. Haré todo lo que me pidas.

—Sácame las bragas.

Dicho y hecho. Dylan se sorprendió de la rapidez con que fue capaz de hacerlo. Por el camino, se llevó también su ropa interior, y se estremeció un

poco al darse cuenta de que estaban los dos desnudos. Del todo. Frente a frente. Por primera vez. Era un momento que no olvidaría jamás.

—¿Y ahora?

—Ahora... —Lily sonrió, lo miró y abrió las piernas de forma exagerada. De par en par—. Creo que tú solito sabrás qué hacer.

Dylan creyó que iba a explotar. Que se iba a desmayar. Puede que muriera, si tomaba como síntoma la velocidad a la que le latía el corazón. Pero se repuso. No pensaba dejar pasar aquella oportunidad. Se agachó un segundo para buscar un condón en el bolsillo trasero de sus vaqueros. Lo había tenido allí durante toda la jornada, latiendo, esperando su momento, suplicando tener suerte. Se lo puso a la velocidad del rayo y respiró hondo antes de penetrarla.

Lily sintió un leve pinchazo de dolor. Dylan era... grande. Grandioso, incluso. Y marcaba un ritmo delicioso, entre exigente y suplicante. Entraba y salía de ella a ratos lento, a ratos rápido. No dejaba de besarla mientras follab... hacían el amor. Porque eso era lo que estaban haciendo. El amor no solo se sentía, se creaba. En aquel vestuario se estaba creando.

Un gemido agudo marcó el comienzo del descenso por aquella ladera del placer que habían ido escalando. El gemido fue de Dylan, pero bien habría podido ser de Lily. Los dos estaban ya al límite, y él lo precipitó llevando sus dedos primero a su boca, y a continuación al clítoris de Lily. Ella gritó, gimió, jadeó, y se retorció.

—Me voy a correr, Dylan. Me voy a...

Sus palabras se perdieron en la voz exigente de él, que se ensañaba con su clítoris mientras le exigía que se corriera mirándolo a los ojos.

—Quiero verte. Quiero que grites mi nombre.

Y Lily lo hizo. Con todas sus fuerzas. Hasta que consiguió que el nombre de Dylan retumbara en los azulejos de las paredes del vestuario. Y, cuando él lo escuchó, no pudo evitar descargarse dentro de ella con una fuerza que le provocó a Lily una pequeña réplica de su anterior orgasmo.

El placer los agotó, los dejó desmadejados, abrazados, apoyándose uno en el otro como si las fuerzas los hubieran abandonado para siempre.

Fue Dylan el que reaccionó. Y lo hizo besándola, ya no con pasión y furia, sino con una ternura que ni él mismo sabía de dónde salía.

—Perdona que me largara como lo hice el otro día, pero...

—Te di pánico, ¿no?

—Pavor.

Los dos se rieron, y el sonido de aquellas carcajadas compartidas fue un

bálsamo que les devolvió las fuerzas necesarias para vestirse y recuperar sus cosas de las taquillas.

—Pero... ¿sabes qué me da más miedo, Lily? —Dylan comenzó a hablar en cuanto salieron a la calle, a la fría noche de Manhattan, y echaron a andar sin rumbo cogidos de la mano.

—¿Qué?

—Que ni por un momento me planteé alejarme de ti, por muy acojonado que me hubieras dejado.

Ella solo supo responderle con una sonrisa, y Dylan le preguntó, para romper ese momento tenso que le había creado su confesión, si quería que la acompañara a casa.

—¿A *mi* casa?

—Sí.

—Pues... tenía la intención de dormir en la tuya. Pero si no estoy invitada...

—¿Estás de broma?

Dylan la cogió en volandas para celebrar esa noticia. Ni por un momento había esperado que las cosas fueran tan rápido, y mucho menos que a él le apeteciera tanto pasar la noche con ella. Ahora que ella lo había propuesto, quería darse de cabezazos contra la pared por no haber sido él de quien saliera la idea.

Hizo repaso mental de en qué estado había dejado su apartamento antes de llegar a trabajar, pero, en cuanto atravesaron el umbral, a ninguno de los dos les importó nada que no fuera sentirse, tenerse y poseerse de todas las formas que conocían. Y de un par nuevas que experimentaron.

Las luces del amanecer ya iluminaban el piso cuando se quedaron dormidos, agotados pero felices, con la cabeza de Lily apoyada sobre el pecho de Dylan y una música suave de piano sonando en el equipo de música que él había encendido unas horas antes.

Si la felicidad existía, se parecía mucho a aquella escena.

10

La verdad de Lily

«Compañeros de trabajo, amigos, amantes... Decídelo tú». Lily le dio pocas vueltas a las palabras que le había dirigido Dylan días atrás. Muy pocas vueltas. Más que nada, porque toda su mente, su corazón y su alma estaban demasiado ocupados pensando en él veinticuatro horas al día. O veinticinco. Y su cuerpo... ay, su cuerpo no había tenido una tregua. Casi como si toda la tensión contenida previa hubiera sido solo un preámbulo a un hecho innegable: que ninguno de los dos podían mantener las manos lejos del cuerpo del otro.

Hacía una semana de aquel día mágico, y Lily al fin tenía tiempo para sentarse en la soledad de su habitación de la residencia universitaria y reflexionar sobre lo que estaba viviendo. Dylan se las había apañado para cambiar turnos y mover días libres para conseguir que coincidieran a diario. Y, claro, al acabar el trabajo, habían pasado mucho tiempo juntos. En aquel apartamento tan modesto en el que vivía Dylan en el este de Manhattan, y también en la habitación de Lily, cuando podían disfrutar en ella de algo de intimidad. Y en el vestuario del café cuando se quedaban solos. Y bueno... también en una jornada en el parque que se les había ido bastante de las manos.

«Compañeros de trabajo, amigos, amantes... Decídelo tú». Aquellas palabras volvieron a acudir a su mente. Dylan le había dado la opción de elegir ella la etiqueta que mejor se adaptara a su situación, o a lo que ella prefiriera, con lo que se sintiera más cómoda. Pero «novios» no había sido una de las opciones. En un primer momento, a ella podría haberle dolido, si hubiera dedicado más tiempo a pensar y menos a explorar cada centímetro cuadrado de la piel de Dylan. Pero... ya no. Se le escapó una sonrisa, tumbada sobre aquella cama individual en la que a Dylan y a ella les sobraba espacio, de tan pegados que dormían. Alison, su compañera de cuarto, estaba en clase, y Dylan trabajando en el café. Y Lily sonreía porque, quizá él aún no se había dado cuenta, pero «novios» era definitivamente el mejor calificativo para ellos. Y le encantaba cómo sonaba.

Trabajar con los extraños turnos de la cafetería tenía sus ventajas y sus inconvenientes. Y ni Lily ni Dylan tenían muy claro si librar lunes y martes era una cosa o la otra. Para ellos, aquello era una especie de fin de semana, pero sin la posibilidad de quedar con amigos y hacer las cosas que todo el mundo

hacía los sábados y los domingos. Pero eso no acababa de ser un inconveniente en aquellos primeros momentos de la relación, cuando lo único que querían era pasar tiempo juntos, a solas, sin obligación de quedar con nadie más. Lily seguía con sus clases y colaborando en sus muchas actividades sociales, Dylan quedaba a menudo con sus hermanos... Todo el tiempo sobrante era para ellos. Para seguir conociéndose, gustándose y, quizá, enamorándose.

Dylan sorprendió a Lily reconociéndola en la puerta del café en la medianoche que daba paso del domingo al lunes. Él había tenido el turno anterior, y apenas les había dado tiempo a saludarse en el vestuario con un beso rápido. Ya no les importaba que los compañeros supieran que había algo entre ellos. De hecho, aunque les hubiera importado, les habría resultado imposible ocultarlo. La atracción —aún no se atrevían a llamarlo amor— flotaba en el aire de tal manera que era extraño que ningún compañero se hubiera contagiado y hubiera acabado enamorado de la cafetera.

Lily había quedado en acercarse al apartamento de Dylan en cuanto saliera del turno de noche, pero él no había aguantado más horas sin verla y había regresado a Columbia a recogerla. La excusa, hacia ella y para sí mismo, era que le preocupaba que ella cruzara sola el campus desierto a esas horas. Y sí, era cierto, pero mucho más lo era que estaba deseando verla. Había momentos en que le apetecía tantísimo verla que se asustaba.

—¿Has cenado? —le preguntó ella, segura de que él estaría pasando hambre por esperarla.

—No.

—Pues espera aquí un segundo.

Lily volvió a entrar en el café, de donde su compañero de aquella noche la había echado a patadas al ver que Dylan la estaba esperando fuera muerto de frío. Patrick estaba a punto de tirar los restos de la bollería que no se había consumido aquel día, pero Lily rescató dos pedazos grandes de tarta de zanahoria que estaban en perfecto estado y un par de *muffins* de chocolate. Llenó un termo de chocolate caliente, y salió de nuevo al encuentro de Dylan.

—Pues ya tenemos cena.

—A ver si conseguimos que llegue a mi apartamento entero.

Aquella noche la cena fue dulce, y también lo fueron las horas que la siguieron. Después de cenar sentados en el suelo del salón, entre risas y anécdotas de lo que había sido su trabajo aquel día, pasaron a otra de aquellas sesiones de sexo que cada día parecían ser mucho más que eso.

El lunes por la mañana, Dylan sorprendió a Lily con un desayuno en la cama. Ella pensó por un momento que era algo típico, pero entonces se dio cuenta de que jamás un chico había hecho algo así con ella, ni parecía algo habitual entre «compañeros de trabajo, amigos, amantes...».

—¿Has quedado hoy con tus hermanos? —le preguntó, con la boca un poco llena de los huevos revueltos que él había preparado.

—¿Estás de coña? Ya los veo lo suficiente. Hoy y mañana... soy todo tuyo.

—Me parece muy bien.

Lily siguió desayunando, mientras echaba un vistazo al apartamento. Era un lugar pequeño, un estudio con un solo espacio. Solo el cuarto de baño, diminuto, estaba separado. En el resto del espacio, convivían un sofá-cama bastante grande, una mesa de centro, un escritorio bajo la ventana y la cocina más pequeña que Lily había visto nunca. Ni siquiera entendía cómo Dylan había sido capaz de preparar el desayuno en ella.

Pero lo que más le llamó la atención del lugar fue que estaba más ordenado de lo que lo había visto nunca. Toda la ropa estaba perfectamente guardada en el armario, no había toallas, zapatillas ni papeleo fuera de lugar. Los primeros días que había estado allí se había fijado en que Dylan tenía un par de cajas de cartón llenas de cosas en un rincón, casi como si acabara de mudarse, a pesar de que él mismo le dijo que llevaba más de un año viviendo en aquel apartamento. Ahora, las cajas habían desaparecido, y unos cuantos marcos de fotos, libros y discos de vinilo se repartían en las baldas antes vacías de las paredes.

—Son ellos, ¿no? —le preguntó, señalando una de las fotos favoritas de Dylan. Había sido tomada en la graduación del instituto de Jackson, y aunque Cole y Ben protestaban porque no les gustaba su aspecto, vestidos de traje negro, con doce y catorce años, a Dylan le encantaba. Era como una representación perfecta de los buenos tiempos, de aquella adolescencia en la que los cuatro lo habían compartido todo, antes de que sus malas decisiones destrozaran a la familia. Además, Jackson le había confesado una noche que esa foto era el único objeto personal que se había permitido la debilidad de llevarse a la cárcel... y eso la había hecho mucho más especial.

—Son ellos. Jackson, Cole y Ben.

—¿Quién es quién?

—Estamos por orden de edad en la foto.

Dylan le sonrió mientras ella la examinaba más a fondo, pero no pudo evitar ponerse nervioso. No le gustaba hablar de su familia, sabiendo que

escondía un secreto demasiado grande que no podía contarle a Lily. Aún no. Quizá nunca. Quizá el día que lo hiciera sería el día que la perdería, y era demasiado egoísta para arriesgarse. Pero eso no evitaba que se sintiera culpable, un sentimiento con el que llevaba tantos años conviviendo que ya parecía una parte inseparable de su personalidad. Además, le daba algo de pánico que Lily pudiera reconocer a Jackson, que había salido en un par de publicaciones económicas en el último año, tras su regreso a la empresa y unas cuantas inversiones muy acertadas que habían puesto su nombre en la terna de los empresarios más exitosos de la ciudad... y del país. Lily no tenía pinta de ser de las que leían el *Financial Times* en su tiempo libre, pero... nunca se sabía.

—¿Qué edad teníais cuando vuestros padres...?

—Mamá murió durante el parto de Ben.

—Oh. Lo siento muchísimo.

—Así que los demás teníamos seis, cuatro y dos —le siguió explicando, ignorando sus palabras, porque el recuerdo de sus padres se le clavaba en el alma y prefería hablar de corrido, sin pararse demasiado a pensar—. Y nuestro padre murió cuando yo tenía veintidós, así que Jackson veinticuatro, Cole veinte y Ben acababa de cumplir los dieciocho.

—No habréis tenido una vida fácil.

—Bueno... —¿Cómo explicarle que sí lo había sido en muchos sentidos? ¿Y que había sido terriblemente complicada en otros? Ellos no habían tenido que lidiar nunca con problemas económicos, y todo el amor que se habían perdido de sus padres lo habían compensado entre ellos con creces. Hasta aquella decisión de mierda en la universidad que lo lanzó todo por los aires—. Por momentos no, claro.

—¿Con cuál te llevas mejor? —A Lily le brillaban los ojos de curiosidad, esa que se siente cuando estás conociendo a alguien que te gusta demasiado y quieres saber cada pequeño detalle de su vida.

—A ver, Jackson siempre ha sido como una parte de mí. —Dylan carraspeó para aclararse la voz, que había estado a punto de rompersele con esas palabras que se le habían escapado solas. Era la verdad más grande del mundo que Jackson era una parte de él, quizá la más importante, pero también era un engaño enorme no hablar de los casi ocho años en que no habían sabido nada uno del otro—. Pero he estado muy único a Cole también. Quizá al que más en los últimos años. Y Ben es el pequeño, siempre lo hemos protegido todos mucho.

—Es bonito.

—Sí. —Dylan sonrió—. Sí que lo es. Tú también tienes muy buena relación con tu hermana, ¿no? ¿Sherry?

—Sí, Sherry.

—Cuéntame cosas de ella. —Dylan prefirió desviar el foco de su propia vida a la de ella. Porque no quería mentirle, y algunas preguntas podían llevarlo a hacerlo. Y porque también él quería saber más cosas de aquella chica que se había colado en su vida y en su apartamento casi sin que se diera cuenta.

—¿De Sherry? Es genial. Mi salvación. —Lily suspiró, y supo en ese momento que le contaría a Dylan todo lo que él quisiera saber sobre ella—. Me lleva dos años y siempre ha sido muy protectora y, al mismo tiempo, la voz de mi conciencia. Se fue de casa cuando yo tenía dieciséis años y no he dejado de echarla de menos ni un solo día. Se casó muy joven. Tendría... diecinueve o veinte años. Con Joey, un tío de Kentucky que se la llevó a vivir al medio del campo, a un rancho pequeño pero rodeado de naturaleza por todas partes.

—Y tienes dos sobrinos.

—Sí. Johnny y Michelle. Tienen cuatro años y son lo más mono que te puedas imaginar. Los adoro, y ellos a mí.

—¿Tus...? ¿Tus padres? Nunca hablas de ellos.

—No.

—¿Ya no... ya no viven? —Dylan intuía que no era ese el problema. Y no quería sonsacar a Lily. De hecho, se sentía el mayor hipócrita del mundo al hacerlo. Pero preguntó de todos modos.

—Sí. Sí viven. —A Lily se le escapó una exhalación sonora, y se dispuso a contarle a Dylan aquello de lo que nunca hablaba con nadie—. O eso es lo último que ha sabido de ellos Sherry, que aún llama de vez en cuando. Yo no he hablado con ellos desde que me marché de California hace más de cuatro años. Ellos son... complicados. Siendo generosa.

—Si no quieres hablar de ello...

—Sí, sí quiero. No sé, no es... no es algo de lo que yo deba avergonzarme. Son ellos los que deberían odiarse a sí mismos por ser como son.

—¿Y cómo son?

—Fueron unos buenos padres, supongo, cuando éramos pequeñas. Muy pequeñas. Tanto que apenas recuerdo los buenos tiempos. Tenían una pequeña empresa que empezó a ir muy bien, y ganaban bastante dinero. Esa fue su

perdición. Por eso odio el puto dinero.

—¿Odias el dinero? —le preguntó Dylan, con el ceño fruncido de extrañeza.

—No soy tonta. Sé que el dinero paga el lugar donde vivo, la comida que como y los pocos lujos que me permito. No sé, comprarme un libro bonito o comerme un helado un día de verano. —Dylan sonrió, reflexionando sobre las grandes diferencias entre Lily y la mayoría de mujeres con las que había salido en su vida. Para ella un libro o un helado eran sinónimo de lujo, mientras otras coleccionaban brillantes de Bulgari como quien compra caramelos—. Pero, para mí, el dinero es el arma cargada con la que se pueden comprar cosas que destrazan vidas.

—¿Qué cosas? —Dylan no se dio cuenta, pero lo dijo en un susurro. Un susurro cargado de miedo a lo que ella fuera a decir. De experiencia en eso mismo que ella había dicho, el daño que podía hacer el dinero a alguien que tuviera ganas de malgastarlo.

—Drogas.

—Ah.

—Ellos... bueno... supongo que tienen una personalidad adictiva. Debe de ser horrible que uno de tus padres sea así, pero cuando son los dos... Cuanto más dinero ganaban, más vicios iban adquiriendo. Les gustaba salir, viajar... Se iban a Los Ángeles o a San Francisco casi un fin de semana sí y uno no. Al principio nos llevaban a Sherry y a mí, y hacíamos cosas en familia. Fuimos a Disneyworld, a los estudios de cine, al Golden Gate... Pero pronto empezaron a dejarnos en casa, al cuidado de nuestros abuelos y, cuando ellos murieron, con la niñera. Supongo que... les estorbábamos en sus planes.

—¿Qué planes?

—Se relacionaban con la alta sociedad, sobre todo en Los Ángeles. Iban a muchas fiestas y pronto empezaron a pasarse con el alcohol. Supongo que luego llegaron las drogas. Y también el juego. Se arruinaron varias veces, pedían créditos y lo remontaban, porque eran realmente buenos en su trabajo cuando estaban sobrios.

—Ya.

Dylan era incapaz de decir nada más que monosílabos. Aquella historia le recordaba demasiado a la suya. A aquellos tiempos en que salir de fiesta era sinónimo de whisky y cocaína. A aquellas primeras fiestas, con catorce o quince años, cuando con media copa ya volaba. Y a las que llegaron después, en las que ni ocho o nueve eran suficientes y había que recurrir a otras

sustancias. Le recordó a aquella primera raya de cocaína, que ni se acordaba de quién le había ofrecido, y cómo el miedo luchó con las ganas de experimentar, pero ganaron las segundas. Y cómo durante un tiempo fue algo que solo pasaba en noches de fiesta. Primero solo los sábados; luego también los viernes. Hasta que ya todos los días se convirtieron en ocasiones perfectas para irse de fiesta, y una mañana se descubrió recurriendo a la cocaína para aguantar una clase en el instituto. Y ver menguar sus ingresos, y de ahí a tener que recurrir a vender, porque su amplia asignación familiar ya no era suficiente. Y el desastre. Siempre recordaba el desastre.

—Según iban pasando los años, fueron perdiendo cada vez más el control. —Lily seguía hablando, y Dylan tuvo que hacer un verdadero esfuerzo para reengancharse a la conversación, perdido como estaba en sus propios lamentos internos—. Con trece o catorce años, recuerdo tener que ayudar a mi madre a vomitar. Recuerdo a mi padre metiéndose cocaína en la mesa de la cocina. Y Sherry y yo allí, en medio, sin saber muy bien qué decir o qué hacer. Nos limitábamos a ir al colegio, cruzar los dedos para que estuvieran vivos cuando regresáramos y soñar con el día que cumpliéramos dieciocho años y largarnos de allí.

—Y no volver jamás.

—Exacto.

—Por eso... —A Dylan los nervios se le atravesaron en la garganta y tuvo que beber un par de tragos de zumo de naranja para bajarlos—. Por eso odias las drogas, supongo.

—Sí. Nunca he bebido ni tomado drogas, por supuesto. Y me encanta que tú tampoco lo hagas, por cierto.

—Ya. —Dios... la culpabilidad se le estaba clavando en el alma de una manera que dolía. Que ardía.

—Pero hay una cosa que odio más que las drogas. Mucho más, incluso.

—¿Y cuál es?

—La mentira. La puta mentira. —Lily nunca era tan vehemente, y Dylan sintió que aquella última confesión lo ponía en una imposible paradoja: no podía seguir mintiéndole a Lily y, al mismo tiempo, no podía contarle la verdad. Era un callejón sin salida y, si la tenía, él no era capaz de encontrarla—. Eso era lo peor de todo. Que nos mentían constantemente. Y que nosotras los creíamos. No sé si porque realmente nos creíamos lo que nos decían o porque necesitábamos hacerlo.

—¿Qué os decían?

—Que lo iban a dejar. Que aquella vez era la última. Nos hacían un chantaje emocional horrible, sobre todo a mí. Sherry se fue antes, pero, cuando vieron que yo me acercaba a la graduación en el instituto y que iba a marcharme, me decían que se iban a morir si me iba lejos. A esas alturas, ya me necesitaban demasiado. Yo era la única que limpiaba, que cocinaba, que mantenía en pie aquella casa. Y seguían mintiendo. Que si me quedaba dejarían de beber, de drogarse... Siempre mentira. Todo. Todo era siempre mentira.

«Lo voy a dejar, Jackson. Te juro que esta vez ha sido la última». Dylan se recordó a sí mismo diciéndole esa frase a su hermano mayor, en aquella temporada nefasta en que convivieron en UCLA. Se la había dicho muchas veces, sobre todo desde el momento en que dejó de negar que tuviera un problema y reconoció, aunque solo ante Jackson y ante sí mismo, que estaba enganchado. Y mentía, sí que lo hacía, pero al mismo tiempo era su forma de decir en voz alta su mayor deseo, no volver a drogarse nunca más. Y entendía muy bien las palabras de Lily, las entendía mejor que nadie, porque él también había odiado mentir, pero lo que había aborrecido por encima de todas las cosas fue que Jackson lo creyera. Porque su hermano había confiado en él durante mucho tiempo, y ese era el último clavo en la culpabilidad que había sentido.

—Ay, por favor... —Lily se levantó, con las manos en la cabeza, como arrepentida de haber hablado de más—. He convertido un desayuno precioso en un drama horrible. Siento mucho haberte aburrido, Dylan. Ya sabes que cuando empiezo a hablar...

—No, no, por favor —fue capaz de decirle Dylan—. Me ha encantado saber tu historia, aunque daría cualquier cosa por poder cambiarla.

Lily se encogió de hombros, como resignada a su realidad. A él se le había quedado un humor turbio, y fingió que no había dormido demasiado para convencer a Lily de que echaran una siesta mañanera para digerir el desayuno. Ella aceptó, sin sospechar que Dylan no sería capaz de dormir. No dejaba de retumbar en su cabeza la idea de que Lily se había abierto en canal ante él, sin desconfiar y, suponía, esperando la misma honestidad por su parte. Algo que él se sentía incapaz de entregarle.

Pero, sobre todo, resonaban en su cabeza los grandes enemigos de Lily. Las tres cosas que más odiaba en el mundo, que le había dejado entrever varias veces y le había confirmado en aquella conversación: el dinero, las drogas y la mentira. Y Dylan era multimillonario, por más que llevara más de

un año llevando una vida muy austera; era drogadicto, siempre lo sería, aunque llevara más de ocho sin probar una sola gota de alcohol y sin acercarse a la droga; y era un mentiroso, porque ni se le pasaba por la cabeza contarle todo aquello a Lily. Se sentía como la mierda más grande del mundo.

El peso de sus pensamientos fue más de lo que pudo soportar su cuerpo y, del puro agotamiento, se quedó dormido. Lo despertó Lily, unas horas después, desnuda y encaramada a su cuerpo. Y Dylan olvidó su dolor, su culpabilidad y su pena, perdido en ella. En su cuerpo desnudo, en sus labios besándolo, en sus ojos brillando, en su gesto sonriente. En ella, que empezaba a ocupar cada vez más espacio en su vida. En su corazón.

Aquel fin de semana que no lo era en realidad fue el punto de inflexión que marcó lo que serían Lily y Dylan. Las risas que compartirían, los planes a medias, las ilusiones que se echaban a volar. El lunes por la tarde, en cuanto despertaron de la bruma del sueño y las confesiones, fueron a patinar a la pista de Bryant Park y, al salir, a cenar unos perritos calientes —el de Lily de soja, claro—. Durmieron juntos, y el martes lo pasaron en pijama, mientras Lily protestaba porque en algún momento tendría que volver a su residencia a estudiar para los exámenes finales, para los que aún quedaban meses, pero que serían, con algo de suerte y mucho esfuerzo, los últimos de su vida universitaria. Dylan le pidió que se olvidara de ellos solo durante aquellos dos días, y ella aceptó.

La vuelta al trabajo el miércoles fue dura, pero quedó compensada por el hecho de que compartirían turno. Iban a coincidir en bastantes en los siguientes días, pues Dylan estaba doblando horarios como un loco, por alguna razón que no le quería confesar todavía a Lily. «Ya lo sabrás a su debido tiempo», le decía.

Eran las ocho de la tarde del miércoles cuando Dylan se quedó congelado detrás de la barra. Y no precisamente por el frío de aquel invierno neoyorquino, pues el calor en la cafetería era asfixiante. Hacía dos horas que ambos habían entrado en el turno de noche, y aún les quedaban unas cuantas por delante. Como siempre, a aquellas horas ya no tenían demasiados clientes, pero... para Dylan era más que suficiente con el que acababa de entrar por la puerta, amenazando con romper su tranquilidad.

—¿Qué coño estás haciendo aquí, Jackson? —siseó Dylan entre dientes, al ver a su hermano plantado delante de la barra, con su impecable traje negro y una sonrisa burlona pintada en la cara.

—Quería un café. ¿No servís café aquí? —se burló, mientras echaba un

vistazo nada discreto a la compañera de trabajo de su hermano, que él ya sabía que era mucho más que eso.

—Sí. Claro —protestó—. ¿Solo, largo y sin azúcar?

—Como siempre.

Dylan se dirigió a la barra cabeceando, aunque con una sonrisa que no pudo evitar que se dibujara en su cara. Sirvió el café de la jarra que permanecía siempre caliente tras la barra y lo dejó sin demasiado cuidado ante su hermano.

—Un dólar ochenta.

—¿Disculpa? ¿No invita la casa?

—No soy el dueño. Un dólar ochenta.

—Puto agarrado. —Jackson dejó dos billetes de dólar sobre el mostrador—. Puedes quedarte con el cambio.

—Muchísimas gracias, *generoso*. Ya puedes marcharte. Adiós.

—No tienes mucha clientela a estas horas, ¿no? Podrías darle un poco de conversación a tu hermano mayor.

Lily intentaba aguantarse la risa a una prudencial distancia. Le gustó comprobar la relación tan cercana que tenían los dos hermanos y, para qué engañarnos, les echó un buen vistazo. Aquellos dos debían de haber causado auténticos estragos en sus años jóvenes. Por lo que Dylan le había contado, ahora Jackson era un hombre formal, felizmente casado con Tiffany, una chica a la que se notaba que Dylan adoraba como a una hermana.

—Ven aquí, anda. —Lily se sobresaltó cuando Dylan la llamó, con una expresión indescifrable en la cara. Algo a medio camino entre el rubor, la risa y la aceptación de una realidad que los aplastaba.

—Dime.

—Lily, este es mi hermano mayor, Jackson. Jackson... —Lily respondió al saludo con la mano y a la sonrisa de Jackson con dos gestos idénticos, mientras Dylan exhalaba un suspiro resignado pero feliz—. Esta es Lily, mi novia.

«Mi novia». Ni compañeros de trabajo, ni amigos ni amantes. Novios. O, mejor dicho, todo ello al mismo tiempo. Compañeros de trabajo, amigos, amantes y novios. Ninguno de los dos supo en aquel momento cómo le sonó aquella palabra tan rotunda a Jackson, pero Lily y Dylan tuvieron claro, sin duda alguna, que les encantaba ser aquello. Que les encantaba ser novios.

11

Días de vino y rosas

—El plan no era este... —siseó Dylan entre dientes.

Acaban de atravesar la puerta de su apartamento. Era un viernes a mediodía, de una semana en la que al fin la primavera parecía asomarse tímidamente a las calles de Nueva York. Estaban a mediados del mes de marzo, y parecía que ya dejaban atrás un invierno que había sido más duro de lo habitual. Los dos habían compartido el turno de mañana, así que pasaba apenas media hora de las doce de la mañana cuando llegaron al piso de Dylan.

—¿Ah, no? ¿Y cuál era? —le preguntó Lily, con una voz tan sexy que Dylan supo que no podría reprimirse, y que la sorpresa que tenía preparada para ella tendría que posponerse.

—Ya lo sabrás.

Dylan le había vendado los ojos a Lily con el pañuelo que ella había llevado al cuello durante aquel día. Un complemento precioso, en tonos verdes y malvas, pero que ambos sabían que había estado allí durante la jornada laboral para cubrir las marcas de un mordisco que se le había ido un poco de las manos a Dylan la noche anterior.

Y, al verse con los ojos vendados, Lily había supuesto que la sorpresa era de índole sexual, porque casi todo lo era en los últimos tiempos, y se había encaramado al cuello de Dylan sin darle a él opción a retomar su idea inicial. Y, bueno, Dylan era un hombre, al fin y al cabo, así que no dejó escapar la oportunidad.

A Lily se le escapó un chillido cuando se vio alzada en volandas por Dylan. No podía ver nada a través de aquel pañuelo que él había apretado bien firme alrededor de su cabeza, así que todo lo que percibía por los demás sentidos se magnificaba. Los jadeos de Dylan en su oído, el olor a jabón de su piel, el tacto duro de las yemas de sus dedos clavándose en sus muslos. No llevaban ni un minuto en su casa, y Lily ya estaba excitada por encima de los límites de la cordura.

La anticipación se apoderó de ella cuando Dylan la dejó en el suelo. Quería saber qué iban a hacer, qué iba a hacerle. Quería sentirlo. Pero él se tomó su tiempo para desnudarla, poco a poco, capa a capa, como ella ya había aprendido que a él le gustaba. Fue despojándola, primero de la cazadora, luego del jersey, la camiseta, los vaqueros... Se detuvo cuando ella ya solo

llevaba encima su sujetador de encaje y el tanga a juego. Escuchó el sonido inconfundible de un cinturón cayendo al suelo, y supo entonces que Dylan estaba desnudo frente a ella. Y también que la estaba observando.

Ella misma se deshizo de su ropa interior, pues no podía esperar ni un segundo más. Lo siguiente que sintió fue la boca húmeda de Dylan sobre sus pechos, alternando las atenciones de uno a otro, saboreando con la lengua cada recoveco de sus pezones, y torturándolos un poco con los dientes. Jadeó al notarse ya empapada de excitación. Aunque supiera lo que se avecinaba, que el contacto hubiera llegado sin que ella lo viera venir la había echado a volar.

—Eres tan bonita. Eres... eres lo más bonito que he tenido nunca.

A Lily se le llenaron los ojos de lágrimas debajo de aquel pañuelo, y tuvo la sensación de que Dylan no se habría atrevido a decirle algo tan íntimo si ella hubiera podido mirarlo a los suyos. Llevaban juntos más de un mes, y todavía no se habían dicho lo que ambos sabían que era una realidad: que se querían. Lily, con su derroche de sentimientos y de palabras para expresarlo, se lo habría querido decir ya unas cuantas veces, pero tenía miedo de asustarlo. Y pánico de que él no sintiera lo mismo.

—Túmbate en la cama. —Ella obedeció. Nunca se había tenido a sí misma por una chica sumisa, y no lo era en absoluto fuera de la cama, pero no podía negar que le encantaba responder a las órdenes de Dylan entre las sábanas—. No. Así no. Bocabajo.

Lily se giró, retorciéndose del puro placer por lo que se veía venir. Enseguida sintió el cuerpo desnudo de Dylan pegado a su espalda, y su brazo rodeándole la cintura para alzarla un poco, hasta que quedó de rodillas sobre el edredón.

Sintió los besos de Dylan en su cuello, su lengua perdiéndose espalda abajo, sus dientes mordiéndole con suavidad una nalga... las pieles calientes de ambos fundiéndose. Y dos de sus dedos colándose en su entrepierna, acariciando desde atrás los rizos rubios de su pubis. No pudo evitar gritar. Los gemidos y los jadeos no eran suficientes para expresar lo que sentía.

—Dime lo que quieres, Lily. —La voz de Dylan sonaba rasgada, casi burlona, con ese deje sexy que Lily podía imaginar perfectamente en su cara, aunque no lo estuviera viendo.

—Hazlo ya, Dylan.

—No, cariño. No voy a saber lo que tengo que hacer si no me lo dices.

—Quiero que... —Un jadeo—. Quiero... —Un gemido—. Quiero que me folles.

—¿Cómo?

—Así. Desde atrás. De rodillas.

—¿Y qué más?

—Fuerte, Dylan. Muy fuerte.

Dicho y hecho. Las palabras de Lily eran justo lo que él estaba deseando oír. Le encantaba hacerlo con ella de todas las formas posibles, pero, de vez en cuando, le encantaba dejarse ir y... follar. A lo bestia. Permitiendo que los instintos tomaran el control. Salvajes. Como se sentía él en aquel momento.

Los dos sabían que aquello iba a ser breve, y no les importó. Dylan la penetró una y otra vez, con rapidez, con fuerza... hasta el fondo. Lily sentía que ya solo era piel y huesos desmadejados. Y terminaciones nerviosas latiendo, luchando por liberarse y, al mismo tiempo, por intentar prolongar el placer un poco más. Hasta que fue imposible, y dos gritos rasgados rompieron el silencio en los dos orgasmos más gloriosos que ellos eran capaces de recordar.

—Joder... —se le escapó a Dylan en un jadeo.

—Sí. —Lily se rio, no lo pudo evitar. Estaba tan feliz que la excitación le salió del cuerpo en forma de carcajada.

—Es de muy mal gusto comentar estas cosas, pero... hostia, ha sido increíble.

—Muy increíble.

Dormitaron un rato, entre la vigilia y el sueño, y los descubrieron las primeras horas de la tarde desnudos y abrazados, sobre la cama.

—Yo tenía una sorpresa para ti.

—Mmmm... —Lily ronroneó, excitada—. ¿Y qué es?

—No voy a volver a vendarte los ojos porque no me fío de mí mismo. No me fío de ninguno de los dos, en realidad.

—Haces bien.

Se rieron, y Dylan alcanzó una caja del único cajón de su mesilla. Lily puso cara extrañada, pues era una simple caja de cartón. La abrió, y en su interior había una sola foto. En ella, se veía una pequeña cabaña de madera, rodeada por un bosque de árboles altos, y lo que parecía un lago, o un río, al fondo.

—¿Qué...? ¿Qué es esto, Dylan?

—Esto... —Él se rascó la nuca, con timidez. Había estado muy seguro de hacer aquello desde hacía un mes, pero, llegado el momento de la verdad, le entró un poco de miedo a haber ido demasiado rápido—. Esto es el motivo

por el que llevo trabajando dobles turnos un mes.

—¿Cómo?

—Eso de la foto es una cabaña en el bosque, en Vermont, a unas tres o cuatro horas de aquí en coche. Y... bueno, está reservada a partir de mañana. Si a ti te parece bien, pasaremos allí el sábado y el domingo; el lunes llegaremos a tiempo para entrar en el turno de tarde. Y, si no te parece bien, me moriré de vergüenza por haberlo propuesto.

—¿Pero cómo no me va a parecer bien?!

—¿En serio?

—Claro. Pero no me parece bien que invites tú...

—No va a haber discusión sobre eso. Me ha apetecido trabajar un poco más para poder regalártelo.

—Pero no es mi cumpleaños ni Navidad ni nada.

—Pues considéralo un regalo atrasado por todas las navidades y todos los cumpleaños que no he pasado a tu lado.

Lily no pudo oponerse a aquel argumento, porque era una de las cosas más bonitas que le habían dicho nunca. Varias de las cosas que le había dicho Dylan en las últimas semanas entraban por la puerta grande en aquel *ranking*.

El resto del viernes se les pasó haciendo planes y maletas. Se acercaron a la habitación de Lily para que ella pudiera hacer su mochila también, y Dylan hizo unas cuantas llamadas para que alguno de sus hermanos le dejara el coche para aquella escapada. Jackson le recordó que aún tenía su BMW gris plata guardado en el garaje del edificio donde se ubicaban las oficinas de Crawford Inc., aunque acabó confesándole que Ben lo cogía bastante a menudo.

Durmieron en el apartamento de Dylan, y él madrugó mucho para ir a buscar el coche y recoger a Lily cuando apenas había empezado a amanecer. Aquel viaje de casi cuatro horas en coche fue perfecto. Pocas veces habían pasado tanto tiempo encerrados en un lugar en el que no hubiera más estímulos externos que la música que se escapaba suave por los altavoces del coche. Así que hablaron. Mucho. Hablaron de casi todo. Y el «casi», como siempre, venía de las cosas que Dylan aún no se había atrevido a contar.

—¿De quién es este coche? —No había ninguna segunda intención en la pregunta de Lily. Solo intentaba saber algo más de él, de su familia, porque le encantaba que jugaran a descubrir cada detalle de la vida del otro—. Por lo que me cuentas y por la pinta que se le ve... yo diría que de Jackson.

—Sí, bueno... Es un poco de todos.

—Jolín, pues qué bien los trata la vida —comentó ella, acariciando

distraída el moderno salpicadero.

—Sí. Trabajan mucho y les va bien.

Dylan zanjó el tema explicándole a Lily los mil y un planes que tenía para esos días. Como él había tenido tiempo para planificarlo, había podido buscar mucha información sobre los bosques de Vermont. Llegaron allí a media mañana, y los dos alucinaron un poco al descubrir la belleza del lugar.

La cabaña se alzaba en un pequeño claro en medio de un bosque. Los árboles eran altísimos, más de lo que se veía en aquella foto con la que Dylan había sorprendido a Lily. El silencio solo lo rompía el viento azotando las ramas de los árboles y los sonidos lejanos de los animales del bosque. El interior de la cabaña era sencillo, pero lleno de pequeños detalles preciosos. Una cocina antigua, una chimenea de leña, una cama enorme, con un dosel de gasa blanca... Todas las paredes eran de troncos y solo el cuarto de baño aportaba el toque moderno al lugar.

—Dios, Dylan... Esto es...

—Precioso. Sí.

Estrenaron la cabaña haciendo el amor sobre la cama. Dylan bromeó prometiéndole a Lily que algún día estrenarían todas las superficies horizontales de todos los lugares en los que recalaran. Comieron algo rápido que los dueños de la cabaña les habían dejado preparado como regalo de bienvenida, y se aventuraron a continuación a conocer los alrededores del lugar donde iban a pasar los dos días siguientes.

El bosque le pareció a Lily un regalo del cielo, y a Dylan ella se le asemejó a un hada, o a una ninfa; alguien que había nacido para vivir rodeada de naturaleza, de árboles, de animales a los que dejaba acercarse, como a las muchas ardillas a las que dio de comer frutos secos directamente de su mano. Estuvieron un par de horas paseando por el bosque, y acabaron encontrando una gasolinera con un pequeño supermercado adosado, en el que compraron tantos víveres que tuvieron suerte de encontrarse al salir con los dueños de la cabaña, que amablemente los acercaron hasta allí.

Dylan se ofreció a preparar la cena al volver a casa. Aunque en su casa familiar siempre habían tenido personal que se encargaba de las tareas domésticas, él había aprendido a cocinar un poco cuando se había ido a vivir al estudio. Así que decidió prepararle a Lily la que siempre había sido su gran especialidad, los *fetuccini* en salsa Alfredo para los que se había encargado de comprar todos los ingredientes necesarios.

Apenas una hora después, estaban degustándolos frente a la chimenea.

Sentados en el suelo, con los platos sobre las rodillas, sus pies descalzos rozándose y una sensación de hogar que podría haberlos asustado, pero... no lo hizo. De hecho, les gustó. Les gustó tanto que, aunque no lo dijeron, los dos quisieron parar el tiempo y que aquel fin de semana no se acabara nunca.

El sábado lo pasaron haciendo senderismo por la montaña, jugando con los pocos restos de nieve que aún quedaban en aquella zona tan al norte del país y comiendo lo que cada uno cocinaba para el otro. Lily trataba de convencer a Dylan de las bondades de la dieta vegetariana, y él asentía mientras pensaba en el solomillo que se comería el jueves siguiente en la cena con sus hermanos.

Durmieron, comieron, pasearon, hicieron el amor, charlaron... Todo eso hicieron el fin de semana, pero, sobre todo, se enamoraron. Si no lo estaban ya antes de partir, sin duda aquel fin de semana... se enamoraron.

El domingo por la noche tenía ya un cierto sabor amargo a despedida, así que decidieron darse un homenaje en forma de dulce para compensar. Lily preparó chocolate caliente, y lo sirvió en dos tazas enormes, en las que sumergió un par de nubes de golosina que enseguida adquirieron el color marrón de la bebida. Dylan protestó un par de veces mientras intentaba encender la chimenea, pero finalmente consiguió un fuego suave que los ayudó a entrar en calor.

—Siempre digo que no me gustan los lujos, pero... ojalá pudiéramos venir a un sitio como este cada fin de semana.

Dylan le sonrió a Lily, pero, por dentro, sus demonios mantenían la habitual pugna entre la necesidad de ser sincero y el pánico a perderlo todo si lo era. Le encantaría tener valor para decirle a Lily que podrían ir cada fin de semana que quisieran a la mansión de Newport, que ella podría ser el primer paso para llenar aquella casa de vida, de familia y de amor. Allí la llevaría a navegar, un lujo del que podría convencerla, porque para él nunca lo había sido. Era, simplemente, un deporte. Le confesaría también que, solo con lo que estaba ganando con las inversiones, sin tocar la fortuna familiar, podría llevarla cada semana al hotel que ella prefiriera de Manhattan, y no tendrían necesidad de hacer el amor con los incómodos muelles de su viejo colchón clavándoseles en la espalda.

Pero... el miedo a perderla era demasiado fuerte. Estaba convencido de que aquella relación, aunque incipiente, estaba destinada a ser algo grande. Y que algún día tendría que contárselo todo. Pero necesitaba estar seguro de que, para entonces, ella ya lo querría lo suficiente como para intentar perdonarlo,

como para no salir huyendo.

Como solía ocurrirle, olvidó la culpabilidad perdido en ella. En sus sonrisas y sus jadeos. En la visión casi mágica de Lily arqueando la espalda, desnuda, con su cuerpo iluminado por las llamas bailarinas de la chimenea. En ella susurrando su nombre, jadeándolo, gimiéndolo.

Cuando Lily estaba a punto de correrse, fue capaz de reunir fuerzas para dar la vuelta a las tornas y auparse ella encima de Dylan. Hincó las rodillas en la mullida alfombra de pelo y se montó sobre él, dejando que sus pechos rebotaran ante los ojos de aquel hombre que la miraba con devoción.

—Lily...

—Lo sé.

—Aaaah. ¡Lily!

—Córrete, Dylan. Córrete para mí.

Él no habría podido evitar que su cuerpo obedeciera aunque hubiera querido. Pero, en realidad, cuerpo y alma se unieron para alcanzar aquel orgasmo que los subió a ambos al cielo. Hacía ya algunas semanas que Lily le había dicho que tomaba la píldora y, mucho más importante que eso, que confiaba en él, así que aquel contacto piel con piel amenazaba con hacerle perder la poca cordura que le quedaba.

—¿Qué significan?

Lily dibujaba con la yema de sus dedos el contorno de la rosa que Dylan llevaba tatuada en el lado izquierdo del pecho, justo encima del corazón. Aquel tatuaje tenía historia, una historia triste pero también tierna. Una que, como casi toda la historia familiar de Dylan, hablaba de pérdida, pero también de una unión entre los hermanos que estaba grabada en muchos lugares, la piel entre ellos.

La madre de los hermanos Crawford se llamaba Rose, y era la mujer más buena que habían conocido en toda su vida. Aunque ellos apenas la recordaran, sobre todo los más pequeños, mucha gente les había confirmado que no era que la tuvieran mitificada, sino que había sido una mujer inteligente en los negocios, generosa con todo el que lo necesitara, enamoradísima de su marido y una auténtica madraza con sus hijos. Cuando Jackson cumplió quince años, consiguió que el hermano mayor de un compañero de colegio le firmara una autorización para tatuarse. Su padre lo habría matado si se lo hubiera pedido a él. Había llevado el diseño de una rosa que había encontrado en un libro años atrás, cuando aún no era ni un adolescente, sino un niño que ya tenía claro que haría aquello en cuanto tuviera edad suficiente.

Cuando Jackson llegó a casa aquel día, sus hermanos se quedaron alucinados al ver aquel dibujo, aún algo ensangrentado e hinchado. Dylan le dijo que iría al día siguiente a hacerse el mismo tatuaje, pero Jackson le advirtió que a él le había costado meses encontrar un estudio en el Bronx que aceptara tatuarlo antes de los dieciséis y que, con los trece años que contaba Dylan en aquel momento, era imposible que lo lograra. Así que tocaba esperar —pese a que la paciencia nunca había sido una cualidad que destacara en Dylan—, y todos los hermanos se hicieron una promesa. Todos se tatuarían una rosa al cumplir los quince años, y Jackson sería el adulto responsable que los acompañara a tatuarse.

A Dylan se le escapó una sonrisa amarga, que Lily no percibió, al recordar que, el día que Ben había cumplido los quince y había sido el último de los hermanos en recibir aquella marca tan especial para ellos, había sido una de las últimas veces que los cuatro hermanos habían hecho algo juntos antes del encarcelamiento de Jackson. Dylan se había pasado todo aquel día colocado, y apenas se acordaba del estudio de tatuajes.

—Mi madre se llamaba Rose...

Y Dylan le contó a Lily toda la historia que acababa de reproducir en su cabeza. Con todos los detalles, con sus recuerdos vívidos transmitidos a ella para que formara cada vez más parte de su vida.

Pero Dylan no respondió en realidad a lo que Lily le había preguntado. Calló. Calló mucho. Porque Lily había querido saber... en plural. Qué *significaban* sus tatuajes. Y Dylan no tenía solo uno. Tenía dos. Sobre su muñeca derecha, justo encima de las venas, había una única palabra, escrita con su propia letra. *Guilty*. Culpable.

Aquel tatuaje había sido el fruto de una noche de dolor y culpabilidad de Dylan. Habían pasado unos siete meses desde que Jackson había entrado en la cárcel y Dylan se había rendido en la tarea de intentar localizarlo. Siete meses era también el tiempo aproximado que llevaba sobrio, aunque de una forma precaria en la que aún echaba de menos cada día la sensación de poder olvidarse de todo perdido en una botella de whisky y un poco de cocaína. Desde que había logrado que su cabeza volviera a estar centrada sobre sus hombros, se había propuesto localizar a Jackson y hablar con él.

Dylan quería encontrar a su hermano, para hablar con él, convencerlo de que se echara atrás en su declaración inicial y entregarse. Pagar por el delito que había cometido. Cole estaba a punto de cumplir los dieciocho años por aquella época, pero era lo suficientemente maduro —más que el propio Dylan,

sin duda— para hacerse cargo de Ben durante el tiempo que tardaran en resolverse las cuestiones legales que devolverían a Jackson a casa, al lugar del que nunca había debido salir.

Pero Jackson se había esfumado. Su abogado se negaba a darle ninguna información sobre él, y estaba en su derecho de callarse. De hecho, tenía esa obligación debido a la naturaleza de su relación abogado-cliente. Y nadie en todo el sistema penitenciario de Estados Unidos había oído hablar de un tal Jackson Crawford. Dylan tardaría años en enterarse de que Jackson se había cambiado el apellido al entrar en prisión, precisamente para evitar que alguien pudiera intentar extorsionar al resto de hermanos; protegiéndolos hasta el final, como siempre.

Así que Dylan se había rendido y había aceptado su destino de dirigir las empresas familiares y convertirse en el cabeza de familia para sus hermanos pequeños. Pero había querido dejar un recordatorio sobre su piel de lo que había hecho, del error que lo perseguiría toda su vida. Había entrado en el primer estudio de tatuajes que había encontrado en Manhattan, había escrito en una hoja de papel aquella palabra y le había pedido al tatuador que la marcara en la piel de su muñeca. No quería esconderlo, quería que todo el mundo supiera lo que era. Lo que había sido. Lo que siempre sería. El culpable de destrozar la vida de un hombre bueno. Del mejor.

Lily tuvo la prudencia de no preguntar por aquel segundo tatuaje, aunque se había dado cuenta perfectamente de que Dylan no le había respondido. Cuando la medianoche se cernía ya sobre la cabaña, se retiraron a dormir, entre besos, caricias y palabras que no pronunciaron en voz alta.

A la mañana siguiente, recogieron sus cosas sin darse demasiada prisa. Querían prolongar todo lo posible el tiempo allí, en aquel paraíso al que ya soñaban con volver. Aunque hubiera que doblar mil turnos para conseguirlo. El escenario era perfecto, la temperatura del aire templada, incluso el viento que los había acompañado durante todo el fin de semana había amainado. El silencio era total; solo parecían oírse los latidos de sus corazones.

Se besaron una última vez entre aquellos árboles, antes de subirse al coche, y los dos supieron, a la vez, que había llegado el momento. Pero Dylan fue más rápido al decirlo.

—Te quiero, Lily.

—Te quiero, Dylan.

12

Es ella

El regreso a Nueva York fue duro. Pasar de unos días aislados en un paraje idílico a la cruda realidad de los madrugones, el metro, los turnos interminables en el café, los equilibrios con el calendario para intentar pasar juntos el mayor tiempo posible... El lunes fue llevadero, porque aún se encontraban un poco bajo el influjo de aquel fin de semana maravilloso, y porque trabajaron juntos en el café en el turno de tarde. Pasaron la noche juntos y, después de lo que le parecía una deliciosa eternidad sin separarse de Dylan, Lily decidió volver a su residencia de estudiantes. Le quedaba hacer un último *sprint* final para licenciarse, y debía marcarse un calendario que no estuviera presidido por la locura. Sería un enorme error jugarse su último año universitario por no ser capaz de separarse de Dylan.

Por su parte, Dylan aceptó con resignación los cambios. No coincidir tanto con Lily, que ella dedicara más tiempo a sus estudios, volver un poco a aquella rutina que había tenido durante un año antes de empezar su relación con ella. Lo aceptó con resignación... y lo aceptó feliz. Muy feliz. Porque aquel sentimiento tan intenso que le henchía el pecho cada vez que recordaba que Lily era su novia era una plenitud a la que un día creyó que ya nunca tendría derecho. Ni siquiera tenía claro que se lo hubiera ganado ahora, pero no podía evitarlo.

El jueves llegó entre conversaciones por teléfono de madrugada con Lily y promesas a sus hermanos de que les contaría todo en su cena semanal. Ya decidiría él lo que incluiría ese *todo*.

Pasaban de las ocho de la tarde cuando entró en el apartamento de Jackson y Tiffany. En cuanto abrió la puerta, supo que no iba a ser una noche fácil... ni aburrida. Sus hermanos, y Tiffany (¡Tiffany, la que esperaba que fuera su aliada!) lo recibieron formando una fila y aplaudiendo a su paso, como si fuera el *quarterback* de un equipo de fútbol de camino a recibir la copa de la Super Bowl. Entre insultos siseados y cabeceos de protesta, se le escapó alguna media sonrisa, que espoleó a sus hermanos a silbar, jalearse y, en general, comportarse como si tuvieran dieciséis años de nuevo.

—Si lo llego a saber, me hubiera quedado en mi casa a cenar, gilipollas.

—¡Venga ya! Tenías que venir aquí a celebrar con nosotros que tienes novia, estás enamorado y todas esas cosas tan bonitas —se burló Cole, que

creía tan poco en las relaciones que solo podía tomarse con sarcasmo aquello que su hermano había iniciado.

—¡Cuidado, cuidado! ¡Jackson, sácale a Dylan esos corazoncitos que se le están saliendo de las orejas!

—¿Qué les has contado, cabrón? —Dylan miró con furia a Jackson, pero su hermano levantó los brazos en señal de inocencia. A él era al único a quien Dylan le había confiado la magnitud de su relación con Lily, pero sabía que el hecho de haberse ido con ella de fin de semana debía de haber sido suficiente para que sus hermanos menores echaran las campanas al vuelo.

Se sentaron a cenar con algo más de tranquilidad, pero Jackson, Cole y Ben no dejaron de dirigirse miraditas burlonas durante un buen rato. Cole había preparado unas pizzas caseras increíbles, y se las comieron entre bromas sobre lo poco que le pegaba a Dylan pasar un fin de semana en Vermont, en medio de la nada. Él tenía ganas de decirles que no tenían ni idea, pero no quería incrementar las burlas.

—¿Y cuándo piensas traerla a cenar un jueves? —le preguntó Ben, algo más serio, al fin.

—A ver, déjame que piense... ¿Cuando quiera que me deje? ¿Qué os hace pensar que conoceros es algo que le apetezca a una persona normal?

—Muy normal no será si está contigo.

—Anda, Dylan... —intervino Tiffany, que solía ser su aliada en aquellas lides—. ¡Estamos deseando conocerla!

—Algún día. Aún no.

Dylan no se sentía todavía preparado para llevar a su chica a casa de sus hermanos. Y no porque lo agobiara dar aquel paso, sino porque... no quería hacerlo hasta que todas las verdades estuvieran encima de la mesa, por un lado y por otro.

Sus hermanos lo pusieron al día, como siempre, de las novedades de la empresa familiar. Dylan les había dicho varias veces que aquello ya no le interesaba nada, que tenían muchas noches para hablar de ello sin que él estuviera presente, pero ellos siempre lo ignoraron. Y lo cierto era que, en el fondo, con el paso de los meses, cada vez le apeteecía más escuchar las buenas noticias, o intentar ayudar cuando había algún revés en el camino. Al fin y al cabo, ellos habían crecido en aquellas oficinas, con su padre trabajando todas las horas del día para olvidar su desgracia personal; habían luchado por sacarla adelante cuando las adversidades se habían multiplicado; y ninguno de ellos se había planteado otra salida profesional al acabar la universidad que

incorporarse a la directiva de Crawford Inc.

Dylan había sido parte de ello durante tanto tiempo, y había dedicado tantos esfuerzos a sacar adelante la empresa tras el encarcelamiento de Jackson y la muerte de su padre, que, por mucho que dijera, nunca había dejado de sentirla como parte de él. Algún día volvería, joder... Algún día.

Cole se había esmerado en el menú de reminiscencias italianas, especialmente con el postre. Una *panna cotta* de chocolate que hizo que todos se chuparan los dedos. Dylan recordó que a Lily no le gustaba el chocolate y cabeceó, incrédulo, hasta que comprobó que sus hermanos pequeños se estaban dando codazos y riéndose de su cara de imbécil. Les tiró una servilleta, pero no pudo evitar que se le contagiaran las carcajadas. Sería la felicidad...

Pasaba de las diez de la noche cuando Dylan se levantó, dispuesto a marcharse. Cole y Ben cumplieron con la tradición de todos los jueves de intentar convencerlo de que se quedara a dormir en su antiguo piso, el contiguo al ático de Jackson y Tiffany. Y él repitió, como siempre, que prefería dormir en su casa, donde tenía todas sus pertenencias. Aunque no era del todo cierto; se había dejado allí muchísimas cosas superfluas, que no cabrían en el minipiso en el que vivía. Se levantó, cogió su cazadora vaquera y se dirigía ya a la puerta cuando escuchó la voz de Tiffany a su espalda.

—Oye, Dylan... ¿A qué hora entras mañana a trabajar?

—A las seis de la tarde —respondió, con una mueca de fastidio.

—Yo tampoco madrugo.

—Ajá. —Dylan sabía que su cuñada quería llegar a alguna parte, pero no pensaba facilitarle la tarea. Por lo que pudiera pasar.

—¿Estás muy cansado?

—No. No especialmente.

—¿Querías...?

—A ver, Tiff, ¡suéltalo! ¿Qué quieres?

—¿Te quedas a tomar un café conmigo?

—Pues claro. No tienes que dar tantos rodeos. Ya sabes que me tienes comiendo en tu mano.

—¡Eh! —Jackson salió de la cocina, donde estaba metiendo los platos en el lavavajillas, y le gritó a su hermano—. ¿Tú qué le dices a mi mujer, imbécil?

—Por Dios, Jackson...

—Ya fue tu novio hace tiempo, ¿no? —le recriminó Jackson a su mujer,

aunque con una sonrisa burlona en la cara—. Pues que no se le vaya a pasar por la cabeza la tentación de retomar.

—Eres un neandertal. —Se rio Dylan.

—¿Saco tres cafés, entonces? —preguntó Jackson.

—Más bien dos... —le respondió Tiffany, con una mueca de disculpa en la cara—. Quiero hablar con él a solas.

—Fantástico.

Jackson se retiró a la cama refunfuñando, pero Tiffany y Dylan no pudieron evitar que les diera la risa. Tiffany preparó dos *capuccinos* tan grandes que parecían más bien una declaración de intenciones que hablaba de algo de insomnio y una larga conversación. Salieron a la terraza. La noche era templada, y pudieron disfrutar de las luces del Upper East Side mientras bebían los primeros sorbos del café en silencio.

—Venga, dispara, cuñada. ¿Qué sermón me vas a dar?

—¡Oye! ¿Qué te hace pensar que voy a darte un sermón?

—Que nos conocemos, Tiff. ¿Qué pasa?

—¿Cómo te va con esa chica... con Lily?

—¿Es una introducción para despistarme o es eso de lo que quieres hablar?

—Es eso de lo que quiero hablar —le confirmó Tiffany, asintiendo.

—Pues... me va bien. Me va genial, en realidad.

—Vamos, tío... —Tiffany bebió un gran sorbo de su taza de café, se repantigó en el asiento y apoyó sus carísimos zapatos de tacón de aguja sobre la balaustrada de piedra del balcón. Dylan se sonrió al contemplarla. Debía de llevar unas quince horas en pie, pero parecía que acabara de salir de la peluquería, su ropa tenía un aspecto impecable y ni siquiera se había descalzado para estar en casa. Ella podía negarlo, pero era una niña pija de manual—. ¡Expláyate un poco! Cuéntame qué tal el fin de semana y todo eso.

—Pues... el fin de semana... perfecto. Y con ella, igual. Todo es perfecto, Tiff. ¿Te acuerdas aquello que te dije una vez de que no creía en el amor? —A Dylan se le escaparon las palabras, y se ruborizó un poco al darse cuenta de la confesión que estaba a punto de hacer. En cualquier caso... mejor a Tiffany que a sus hermanos. Había cosas de las que siempre preferiría hablar con ella.

—Sí. Siempre me pareció una forma de pensar muy triste.

—Pues... no sufras. —Soltó una carcajada repentina—. Te puedo asegurar que eso ha quedado atrás.

—¿Estás enamorado de ella? —Tiffany abrió mucho los ojos, un poco

sorprendida. Dylan había sido siempre tan frío con respecto a los sentimientos que apenas podía creerse la declaración que acababa de hacerle.

—Hasta las trancas.

—¿Y se lo has dicho?

—Le he dicho eso, le he dicho que la quiero...

—¿Sí?! ¿Le has dicho ya «te quiero»?!

—Este fin de semana. Aunque, por mí, se lo hubiera dicho mucho antes.

—¿Y ella qué te respondió?

—Pues que ella también me quería, Tiff, ¿qué te crees? No he perdido todo mi encanto, ¿sabes?

—Debe de ser que hace demasiado tiempo que te veo como a un hermano.

Dylan se acercó un poco más a ella en el sofá, y le pasó un brazo por encima del hombro. Aquella chica... era demasiado especial. Y, aunque no se lo dijera muy a menudo, él también la sentía como una hermana. Al fin y al cabo, ella había sido, aunque de una forma indirecta y algo loca, la artífice de lo mejor que le había pasado a Dylan en toda su vida: el reencuentro con Jackson.

—¿Y...? —Tiffany se mordió el labio, dejando una línea de imperfección en el color rojo con el que siempre los llevaba pintados.

—Dilo. —Dylan la miró a los ojos—. Estás deseando decir algo. Hazlo ya, joder, que me pones nervioso.

—¿Ella sabe...?

—No.

—¿No sabe quién eres?

—Claro que sabe quién soy. Sabe que soy Dylan Crawford, su compañero de trabajo, que está loco por ella.

—Ya sabes de qué estoy hablando.

—Pues claro que lo sé. —Dylan se revolvió, incómodo, en el asiento. La conciencia lo mataba cada vez que volvía a su mente todo lo que le ocultaba a Lily—. No, Tiff, no se lo he contado.

—Pero vas a hacerlo —afirmó. Aquello no era una pregunta.

—Tengo que hacerlo, lo sé. Pero nunca encuentro el momento.

—Sabes que, cuanto más tiempo pase, peor será, ¿verdad?

—Por supuesto. Esa es mi tortura.

—Pues hazlo, joder. Como quien se arranca una tirita o algo.

—No es tan sencillo. Ella tiene una historia familiar que no me corresponde a mí contarte, pero... solo te digo que lo que más odia en este

mundo es a los ricos, a los drogadictos y a los mentirosos.

—Tú no has hecho nada malo para ser rico. Hace años que no te drogas. Y dejarás de ser un mentiroso en el momento en el que se lo confieses todo.

—¿Y si ya es tarde? ¿Y si ha pasado ya el tiempo suficiente como para que no pueda perdonarme?

—Nunca suele ser demasiado tarde si algo merece de verdad la pena. Creí que ya te habrías dado cuenta de eso con los golpes que te ha dado la vida.

—Tengo pánico a perderla.

—Es una opción, claro, pero...

—No, Tiff. No es una opción. Si la pierdo... me pierdo yo. Justo ahora que empezaba a encontrarme.

—Sé valiente, Dylan. Tiene toda la pinta de que esa chica merece que lo seas.

—Claro que lo merece. Es... Es ella, Tiff.

—Lo sé.

Tiffany le dio un beso en la frente a su cuñado y se retiró discretamente a su cuarto. Dylan se quedó un rato observando las luces de Park Avenue, pero enseguida se recompuso y se dispuso a marcharse a su casa, con las palabras de Tiffany, su propia voz de la conciencia, retumbando en sus oídos.

Lily salía aquel día de trabajar a las doce, le había tocado turno de noche. Cuando Dylan entró en su apartamento, comprobó que sería aproximadamente la hora a la que ella estaría entrando a su vez en la residencia, y decidió llamarla.

—¡Hey! ¿Qué tal tu cena? —le preguntó, entre susurros. Dylan supuso que su compañera de habitación dormiría.

—Bien. ¿Cómo has vuelto a casa?

—Caminando. —Lily lo interrumpió antes de que ella hablara—. No digas nada, no soy un bebé.

—No me gusta que vuelvas sola tan de noche.

—Dylan, vivo a diez minutos del café. Olvídate.

—Me habría gustado ir a recogerte.

—Peeero... el trato es que nos mantengamos alejados los días de semana o yo jamás seré veterinaria.

—Tú ya eres veterinaria. Pero sí, estaría bien que aprobaras esos exámenes.

—No queda nada. En un mes... seré toda tuya. No sé qué va a ser de mi vida ni de dónde voy a sacar un trabajo, pero de ese drama ya nos

encargaremos cuando toque.

—Nos las arreglaremos.

—Claro.

—Oye, Lil... ¿Cuándo tienes el próximo día libre?

—El domingo.

—Vale, yo salgo de tarde el sábado. Duermo en tu casa, ¿vale?

—Claro. Contaba con ello.

—Es que... quiero hablar contigo.

—¿Qué ocurre, Dylan? —La voz de Lily, aunque aún entre susurros, se tiñó de preocupación.

—El sábado te lo cuento.

—Me dejas... intranquila.

—No te preocupes por nada, cielo. Y vete a dormir, que mañana vas a estar agotada.

—Vale. Te quiero, ¿sabes?

—Mmmm... Puedo imaginarlo.

—Idiota. Un beso.

—Un beso, Lil. Te quiero.

La suerte estaba echada. Y Dylan, llegado aquel punto, ya solo quería que fuera sábado cuanto antes.

13

Cómo has podido hacerme esto

Y el sábado llegó, después de unos días algo raros, en los que Dylan y Lily tuvieron la sensación de que se estaban evitando... y, al mismo tiempo, de que estaban evitando al otro.

Habían quedado en Bryant Park. Era uno de sus lugares favoritos de la ciudad, con sus mesitas metálicas, la tranquilidad en medio de la Quinta Avenida y el precioso edificio de la Biblioteca Pública refugiándolos del frío en invierno y del sol en primavera.

Los dos se habían arrepentido un par de veces de haber quedado allí, pero no se habían atrevido a decírselo al otro. Tenían miedo de que aquella conversación acabara mal y ensuciara tantos recuerdos bonitos.

Dylan sabía que, cuando le dijera a Lily las palabras que le ardían dentro, probablemente todo se iría a la mierda. Iba a aquella cita con el peso sobre los hombros de saber que podía perderla cuando ella supiera toda la verdad. Y ya no sabía si podría vivir sin ella. Sabía... sabía que le resultaría muy difícil vivir sin ella.

Lily, en cambio, no tenía ni idea de dónde le salía todo el mal *feeling* con respecto a aquella tarde, pero no podía evitar tenerlo. Dylan había estado raro durante toda la semana, aunque tampoco se podía decir que ella hubiera sido la alegría de la huerta. Hacía solo una semana que habían estado en Vermont, y la vida parecía perfecta. No entendía qué había pasado, qué se había torcido, por qué había surgido un nubarrón... pero tenía la sensación de que no había sido responsabilidad suya.

Lily estaba nerviosa, y encontrarse sola en su habitación de la residencia universitaria no ayudaba a que la ansiedad disminuyera. Decidió bajar paseando hasta Bryant Park, a pesar de que le llevaría un buen rato. Pero salió con tanta antelación que llegó allí media hora antes y decidió entrar en una cafetería a tomar algo. Cogió su té *matcha* doble, rescató un periódico que había sobre el mostrador y se sentó en una mesa a ojearlo.

Y todo cambió.

Dylan se pegó una última carrera al girar la esquina de la calle 40 con la Quinta Avenida. Una tarde algo complicada había conspirado con su propia impuntualidad innata, y lo único que le faltaba para acabar de rematar su estado nervioso era llegar tarde a la cita con Lily.

En cuanto alcanzó la zona de las mesas, se detuvo a buscarla con la mirada. Y, cuando la vio, un mal presentimiento le recorrió la columna vertebral, y hasta sintió cómo se le ponía la piel de gallina. Lily estaba sentada, con una hoja de papel ante ella, con la cabeza gacha y una mirada desolada que podía vislumbrar incluso a distancia.

Se acercó. Con miedo, con prudencia y con la convicción dentro de que haría cualquier cosa para volver a verla sonreír. Incluso alejarse, si fuera necesario. Aunque le destrozara el corazón en mil pedazos.

—¿Lily?

Ella levantó la cabeza. Tenía los ojos rojos, de una manera que indicaba que aún no había llorado, pero que estaba haciendo un esfuerzo sobrehumano para aguantarse las lágrimas dentro.

—¿Qué pasa, Lily? Me estás asustando. —En la voz de Dylan había prudencia, pero, sobre todo, una alarma que iba a más a cada segundo.

—¿Eres Dylan Crawford?

—¿Perdona?

—Te he hecho una pregunta. —Lily lo miró fijamente, y él sintió pavor. Su mirada era dura. Casi ni podía reconocer en ella a la chica dulce de la que se había enamorado—. ¿Eres Dylan Crawford?

—Sí, claro.

—¿Eres el multimillonario Dylan Crawford?

Dylan se estremeció. No tenía ni la menor idea de cómo Lily podía haber averiguado su gran secreto. Y si la idea de contarle todo lo que ocultaba le daba pavor... el hecho de que ella lo hubiera descubierto por otra vía no podía hacer más que empeorar las cosas.

—Te he hecho una pregunta.

—Lily, yo...

—¿Qué es esta puta mierda, Dylan?

Lily se levantó de golpe y le plantó en el pecho un recorte de periódico. Dylan comenzó a sudar, a pesar de que la temperatura ambiente no invitaba a ello.

«¿Qué ha sido de Dylan Crawford?», rezaba el titular. Se trataba de una página completa del *New York Post*, de la sección de economía. La tentación

de leerlo empataba en magnitud con el miedo, pero ni siquiera se lo planteó. Ya habría tiempo... oh, sí, seguro que habría tiempo para torturarse con ese artículo más tarde. En aquel momento, la única prioridad era Lily.

—Lily, yo...

—Sí, puedes empezar a explicarte, aunque, como la mitad de lo que he leído en el periódico sea cierto, no sé ni por qué me molesto.

—Solo puedo decirte que la persona de la que imagino que habla ese artículo soy el yo de otra vida, no la persona a quien tú has conocido.

—En eso te doy la razón, ¿ves? Yo no te he conocido en absoluto.

—No, Lily, por favor, escúchame. —Dylan la cogió de la mano para llevarla a una esquina del parque en la que no había apenas gente, pero ella se soltó como si el contacto entre sus pieles la quemara. A Dylan se le encogió un poco más el corazón—. Si alguien me ha conocido en mi vida, eres tú. Si hay un Dylan auténtico, es al que has conocido tú.

—Entonces, deduzco que todo lo que dice ahí es mentira y no tienes una fortuna estimada de mil cuatrocientos millones de dólares...

—Eso... Eso fue así hasta hace algo más de un año. Antes de empezar a trabajar en el café.

—Y donaste todo ese dinero a la beneficencia, no me digas más —le dijo ella, con la voz llena de sarcasmo. Dylan jugaba en desventaja, entre otras cosas porque no pensaba confesarle a Lily que sí había donado una gran parte de su fortuna para que Jackson y Tiffany crearan la Fundación de rehabilitación de drogodependientes.

—He renunciado a una parte de mi fortuna. Otra... va unida al apellido, a una participación en la empresa familiar y a un fideicomiso de la herencia de mi madre que, según las cláusulas que ella estableció en su momento, es irrenunciable. Pero te juro por lo que más quieras, Lily, que hace más de un año que no tengo acceso a ese dinero. Ni siquiera me llevé mi coche cuando decidí dejar todo aquello.

—Tu coche... —Solo por el tono de ella, Dylan supo que no dejaba de meter la pata—. El coche en el que fuimos a Vermont era tuyo, ¿no?

—Sí.

—Ya.

—Escúchame, Lily. No vas a creerme, y es normal, después de todo esto, pero te juro por lo que más quieras que hoy había quedado contigo para contarte todo esto.

—Qué don de la oportunidad, oye.

—Joder, Lily, dame una tregua, por favor.

—¿Crees que te la mereces? —le preguntó ella, traspasándolo con la mirada.

—La verdad... No. Por supuesto que no me la merezco. Pero me gustaría explicarte algunas cosas.

—Por ejemplo, ¿que tienes una mansión en Newport que estuvo entre las diez transacciones inmobiliarias de mayor valor de hace dos años?

—Joder... —Dylan ni siquiera conocía ese dato.

—Sí. *Joder*.

—Estuve en esa casa en Navidad, ¿vale? Es la única vez que he ido desde que me conoces. Por lo que a mí respecta, esa casa es de mis hermanos. En realidad... por lo que a mí respecta, todo es de mis hermanos. El dinero, la empresa, el coche, la mansión de Newport, los pisos de aquí de Nueva York... Todo.

—¿El piso en el que vives es de alquiler o eso también es mentira?

—Lily... Te he ocultado muchas cosas, eso no puedo negarlo, y te aseguro que me destroza por dentro, pero la vida que me has visto llevar en estos meses es auténtica. Joder, es lo más auténtico que he hecho desde que tenía quince años. —A Dylan se le rompía la voz por momentos.

—No te creo. Ya no... Ya no puedo creerme nada de lo que dices.

—Lily, yo te juro... Te juro que haré lo que me pidas...

—Lo sabías, Dylan. —Las lágrimas habían aguantado demasiado dentro de Lily y, finalmente, se desbordaron—. Sabías que no hay nada que pueda hacerme más daño que las mentiras. Te lo conté todo, joder. Desde casi el primer día que estuvimos juntos te conté mi relación con mis padres, todo lo que pasé en mi infancia y en mi adolescencia, todo... todo eso de lo que llevo cinco años huyendo. Sabías que me daba pánico la mentira, que me cuesta un infierno confiar en la gente y... Esto es todo culpa mía.

—No, no, Lily, por Dios. ¿Cómo va a ser algo de esto culpa tuya?

—Porque nunca debí confiar en ti. Porque un día me prometí no confiar en nadie, y fui una puta imbécil confiando en ti.

—¡No digas eso, por favor!

—Creí que habías tenido que hacer un esfuerzo enorme para ahorrar el dinero suficiente para llevarme a aquella cabaña en Newport, creí que el cochazo en el que fuimos te lo habían prestado tus hermanos, creí que eras un tío de veintisiete años que debía de haberlo pasado regular en la vida para estar todavía trabajando en una cafetería universitaria y vivir en un piso

modesto.

—Es que muchas de esas cosas son verdad, y...

—¡Cállate, joder! Mientras yo pensaba todas esas cosas, tú tenías una mansión en la ciudad más pija de la costa este, un BMW y una tarjeta de crédito con la que se puede comprar todo este puto parque. ¿Me equivoco?

—Supongo que no.

—No, claro que no. La que se ha equivocado soy yo. Pero no te preocupes, que desde este momento queda enmendado mi error.

—Lily, no, por favor.

—¿No, qué, Dylan? ¿Que me quede? ¿Que siga contigo sabiendo que eres una persona completamente diferente al tío del que me enamoré?

—Que me dejes hacer lo que sea con tal de que me perdones.

—Creo que todavía no lo has pillado. Esto... esto no te lo perdonaré jamás.

Dylan se quedó tan desolado con aquella última frase de Lily que apenas se dio cuenta de que ella se había girado y se disponía a marcharse. Del parque, de aquella conversación y de su vida. Para siempre. En cuanto fue consciente, salió corriendo detrás de ella.

—Lily, por favor. Te lo suplico...

—¡No! No me sigas. No me llames. No vengas a buscarme. Cuando coincidamos en el café, no quiero que me hables. Me queda menos de un mes para acabar la carrera y, entonces, me largaré de ese trabajo y no volveré a verte. Y no te puedes imaginar la necesidad que tengo de que llegue ese momento.

—Lily...

—Adiós, Dylan.

La respetó. Solo faltaría que no lo hiciera... Casi tuvo que atarse plomos a los pies para no salir corriendo detrás de ella, pero no quería empeorar las cosas. No quería hacerle más daño. Bastante había hecho ya.

Buscó refugio en una zona alejada del mismo parque, una en la que no hubiera ningún testigo de la que había sido aquella conversación en la que varias veces habían atraído las miradas de las personas que disfrutaban de una tranquila tarde sobre el césped. Una en la que ningún corazón se rompía. Se sentó bajo un árbol e intentó controlar la respiración, que se le había disparado por la ansiedad. Tardó unos minutos en darse cuenta de que aún custodiaba entre sus manos aquel recorte de periódico que lo había destrozado todo. O, mejor dicho, que lo había precipitado, pues intuía que todo habría

tenido el mismo final si la confesión hubiera salido de él. Quizá aquello era el consuelo que le quedaba.

Respiró hondo, cogió aquel papel que ya odiaba antes incluso de conocer su contenido, y leyó:

«¿Qué ha sido de Dylan Crawford?»

Dylan Crawford era, hasta hace poco más de un año, el multimillonario más joven de Estados Unidos. Después, se le perdió la pista. El New York Post ha investigado para responder a la pregunta que muchos se hacen en Wall Street: ¿Dónde está Dylan Crawford?

Dylan leyó la página completa varias veces, pero, solo con aquella entradilla, había intuido a la perfección la clase de contenido al que se iba a enfrentar. En aquel artículo se hacía una semblanza de lo que había sido su vida desde que había acabado la universidad. Su incorporación a la empresa familiar, dos o tres éxitos en las inversiones que le había otorgado cierto prestigio en el mundo de los negocios, aquellas portadas de diferentes publicaciones en las que se le consideraba el multimillonario más joven de Estados Unidos, el empresario más prometedor de Wall Street e incluso una que hablaba del heredero más codiciado de Newport.

Muchos años atrás, su padre se había encargado de hacer un control de daños cuando Jackson había sido detenido. Una de las muchísimas cosas que Dylan nunca podría perdonarse era no haberle confesado jamás a su padre que había sido él el que había traficado con drogas, no su hermano mayor. Como solía ocurrirle, porque en el fondo era un cobarde, había planeado durante años hacerlo, pero su padre había muerto antes de que él hubiera tenido tiempo de decir la verdad. El patriarca de los Crawford nunca había perdonado a su hijo mayor. Nunca había sospechado siquiera que el delito por el que había dado con sus huesos en prisión no lo hubiera cometido él. Dylan era incapaz de comprender cómo había podido no dudar. Jackson había sido una persona intachable casi desde que había nacido.

Las únicas concesiones que el padre de Dylan había hecho en aquel momento terrible en que Jackson había sido detenido fueron pagar su fianza para poder preparar su defensa desde casa y utilizar todos sus contactos para que ningún medio de comunicación publicara la noticia. Si había llegado a oídos de algún director de periódico de la ciudad que el hijo mayor de los

Crawford había sido condenado a ocho años de cárcel por tráfico de drogas, no lo habían publicado. Dylan aprendió años después que comprar y vender el supuesto derecho a la información era realmente fácil. Los ricos seguían decidiendo qué parte de sus vidas eran noticias de portada y cuáles acababan condenadas a un cajón.

Por suerte, aquella noticia del *Post* seguía la misma línea. Solo hablaba de que Dylan había desaparecido de la primera plana empresarial cuando había regresado su hermano mayor para hacerse cargo de la presidencia de Crawford Inc. Nadie mencionaba dónde había estado Jackson en los siete años y medio anteriores, y esa era la única buena noticia que Dylan era capaz de rescatar de aquel horrible día.

Pasó por encima del resto del artículo. Hablaba de la mansión de Newport –incluso se incluía una foto de su fachada principal–, de los dos áticos gemelos en Park Avenue, de los coches, el barco y las participaciones en acciones de otros grupos empresariales. Daba cifras. Daba demasiados datos que a él le hubiera encantado que quedaran en la intimidad de la familia. Que nunca hubieran llegado a Lily o que, mejor todavía, le hubieran llegado a través de su voz.

Dylan se recostó contra el tronco del árbol y cerró los ojos. La imagen de Lily huyendo de él, diciéndole que jamás lo perdonaría, que no quería volver a verlo, no paraba de reproducirse en su mente, y temía que nunca pudiera olvidarla. Antes de aquella cita, cuando había imaginado el peor escenario posible, había dudado de si sería capaz de vivir sin ella. Ahora solo podía pensar en que no le apetecía lo más mínimo comprobarlo. Lo aterraba.

Dylan no habría sabido decir después cuánto tiempo pasó allí, apoyado en aquel árbol, en silencio. Solo reaccionó cuando la luz empezó a escasear y una brisa fría chocó contra su cara. Se levantó y se le pasó por la cabeza que quizá alguna persona de las que lo rodeaban, quizá *muchas* de aquellas personas, habrían leído aquel artículo. Por suerte, la foto suya en primer plano que lo ilustraba era pequeña, e imaginó que no mucha gente identificaría a aquel Dylan de dos años atrás, vestido de traje y corbata, con el hombre roto que vagaba por Bryant Park en vaqueros rotos y sudadera con capucha.

En cuanto se dio cuenta de que aquel periódico lo había leído alguien más que Lily, miles y miles de personas más, recuperó su teléfono para intentar tranquilizar a las personas que hubieran podido ponerse en contacto con él. En realidad, solo le importaban cuatro personas, porque la quinta acababa de salir huyendo de su vida, y solo pensar en aquello le enviaba unos pinchazos

al corazón que amenazaban con tirarlo al suelo de dolor.

Dylan hasta se asustó cuando vio que tenía más de cincuenta llamadas perdidas en su móvil, a pesar de que hacía solo tres o cuatro horas que lo había silenciado. Echó un vistazo rápido a la lista de llamadas y comprobó que todas pertenecían a Ben, Cole, Jackson y Tiffany. Las descartó rápido, y abrió su aplicación de mensajes. Había noventa y tres, con los mismos remitentes que las llamadas.

Cole había sido el primero en escribirle, explicándole que se acababa de enterar de que el *New York Post* había publicado un artículo sobre él, que no entendía cómo se le podía haber pasado inadvertido al departamento de Comunicación de Crawford Inc. y que se pusiera en contacto con él cuanto antes para buscar todos juntos la mejor solución a aquel asunto.

Ben, por su parte, solo le decía que sentía mucho que aquello hubiera pasado, pero que no se preocupara. Que, en el fondo, aquello era verdad y no era nada malo. Ben no tenía ni la menor idea de que Lily no estaba al tanto de su pasado.

Por su parte, Jackson y Tiffany parecían haberse puesto de acuerdo para decir lo mismo en sus mensajes. Probablemente estuvieran juntos cuando los escribieron. Estaban muy preocupados por él, ambos, Tiffany con aquel instinto maternal que siempre mostraba por sus cuñados, él incluido; Jackson sacando su carácter de hermano mayor que ni siete años y medio de separación habían sido capaces de apagar.

«Joder, Dylan, ¿dónde coño estás?». Ese era el último mensaje que tenía. Lo había escrito Jackson, claro, que nunca había destacado por su paciencia. Lo entendía. Después de encontrarse aquella publicación, y con sus antecedentes de desapariciones, debían de estar preocupadísimos.

Dylan quiso salir corriendo. Quiso desaparecer, como había hecho un año atrás, como decía aquel periódico. Quiso encerrarse en su apartamento, tirarse en la cama, taparse con una manta y no salir hasta que tuviera que volver al trabajo. O ni siquiera regresar al trabajo. Plantarse delante del portátil, seguir ganando dinero con aquellas inversiones de las que nadie sabía nada y convertirse en un ermitaño.

Pero, en una especie de destello de lucidez, se dio cuenta de que eso sería un error. Y Dylan ya se había cansado de cometer errores, joder. Aquellas cuatro personas que llevaban horas intentando localizarlo eran lo único que le quedaba, después de una vida de muchas pérdidas. Y no se merecían ni que él desapareciera ni que siguiera ignorándolos.

Por si le hiciera falta alguna señal más, el teléfono sonó en sus manos en aquel momento, sobresaltándolo un poco. En la pantalla aparecía el nombre de Tiffany, pero quien habló cuando respondió, con manos temblorosas, fue Jackson. Y repitió exactamente las mismas palabras que había escrito en su último mensaje:

—Joder, Dylan, ¿dónde estás?

—Bryant Park. En la esquina sur de la Biblioteca Pública.

—Vamos para allá.

Dylan no supo cómo lo hicieron, pero menos de diez minutos después, el Cadillac Escalade de Jackson se detenía, haciendo chirriar los frenos, a apenas veinte metros del lugar donde Dylan estaba llorando sus penas. Si estuviera menos hundido, le habría dado incluso la risa al pensar en que aquella escena parecía sacada de una película de acción, con persecución incluida por el centro de Manhattan.

Hubo un tiempo en que Dylan lloraba mucho. Aquellos años horribles en que su vida se componía de añoranza, culpabilidad y pena. Y, después, parecía que sus conductos lacrimales se hubieran cerrado para siempre. Hasta que vio descender a toda su familia del coche y creyó que iba a haber una excepción a la regla. Porque la emoción que le produjo ver a sus tres hermanos y a Tiffany acercarse a él le hizo darse cuenta de que, en el fondo, era un tío afortunado.

—Dylan... —Aunque sus hermanos lo habían abrazado brevemente, fue Tiffany la que se quedó colgada a su cuello, dándole caricias en la espalda e intentando consolarlo a su manera.

—Lily... —balbuceó él. Su familia estaba allí porque imaginaban que le había afectado la publicación del *Post*, pero no tenían ni idea de que había perdido aquella tarde mucho más que intimidación. Quizá Tiffany sí lo intuía por su cara de desolación—. Lily se ha ido. No... no sabía nada y... No quiere volver a saber nada de mí.

Nadie habló demasiado. Jackson pasó su brazo por el hombro de Dylan, y todos echaron a andar hacia el coche. Dylan se dejó caer en el asiento del copiloto y se dio cuenta de repente de que se sentía agotado. Nadie se planteó dejarlo en su apartamento; estaba claro que esa noche la pasaría en su antigua habitación del piso en el que aún vivían Cole y Ben.

Cuando ya estaba metido en su cama, enfrentado a lo que sabía que iba a ser una noche de insomnio, escuchó dos toques sobre la madera de su puerta. Gritó un «adelante» desgano, y vio que sus tres hermanos se quedaban en el umbral.

—Dylan, nosotros... —Fue Jackson el que habló, pero Ben y Cole asentían, como si los tres tuvieran una sola voz—. Encontraremos la solución a esto. Todo va a salir bien.

El largo camino sin ti

Lily se convirtió oficialmente en veterinaria justo un mes después de aquella horrible tarde en Bryant Park. No subió a un gran estrado rodeada de todos sus seres queridos, ataviada con una toga y un birrete, ni recitó el discurso de despedida de su promoción ni recibió un diploma con gran ceremonia. Era un simple martes, cuatro días después de haber hecho su último examen, cuando, desde el sistema automatizado de comunicación de calificaciones de la facultad, recibió un mensaje que la informaba de que había aprobado la asignatura. Su última asignatura, después de cinco duros años de estudio. Se acercó a su facultad, pagó las tasas de expedición del diploma, y regresó a su habitación de la residencia de estudiantes.

Y, entonces, empezó a llorar. Lloró y lloró como si su interior se hubiera desbordado por completo y solo supiera expresarse en forma de lágrimas. Estaba destrozada, un sentimiento que jamás creyó que asociaría al día en que al fin cumpliera su sueño de acabar la carrera.

Había sido un mes horrible. Desde que había huido de aquella cita terrorífica con Dylan, no había parado un solo segundo. Cuando llegó a casa aquella tarde, la tentación de sucumbir a las lágrimas y a un encierro forzoso en el que lamerse las heridas fue grande. Se metería en la cama, lloraría y maldeciría cada mínimo segundo pasado junto a Dylan. Y miraría sus fotos en la soledad de su cuarto para intentar dilucidar si lo amaba o lo odiaba. Renunciaría al trabajo, dejaría sus tareas en las asociaciones en las que colaboraba y no se presentaría a los exámenes. Sí, esa sería una forma interesante de perder muchas más cosas que una relación que, hasta ese momento, le había parecido todo. Todo.

Pero no lo era. Había muchas cosas en su vida además de su amor por Dylan, por más que en los momentos más nebulosos de su disgusto no fuera capaz de recordarlas. A él lo había perdido sin remedio, pero le quedaba su carrera, su trabajo, sus ideales, una hermana y unos sobrinos que la adoraban.

Así que se había levantado. Se había permitido llorar aquella noche. Llorar sin fin, sin control. Llorar como solo se llora cuando tienes el corazón hecho añicos. Y se acabó. Las lágrimas se habían quedado allí.

A la mañana siguiente, se levantó, se fue a la facultad y entró en una dinámica de actividad constante que la distrajera del hecho de que estaba rota

por dentro.

Lo había aprendido cuando era aún muy niña; cuando vivía en Sacramento, todo el mundo creía que Lily era una gran estudiante, que tenía una enorme fuerza de voluntad para cualquier cosa relacionada con los libros, que era muy responsable... Pero eso no era del todo cierto. La cruda y horrible realidad era que Lily había aprendido que la mejor manera de olvidar el infierno por el que la hacían pasar sus padres era sentarse delante de su escritorio, abrir los libros y perderse en ellos. Y eso mismo había hecho aquella mañana, después de haber descubierto que el hombre al que quería... no existía. Era una imagen ficticia.

Estudió y estudió, sin parar. Y trabajó. Muchísimo. En la cafetería, doblando turnos cuando tuvo oportunidad, y en las mil asociaciones en las que colaboraba. Se comportó como una autómatas durante tanto tiempo que hubo momentos en que empezó a estar segura de que lo era. De que ya no tenía corazón, porque él se lo había llevado. Pero sí, lo tenía, porque notó que le dolía un poco más, aunque no lo hubiera creído posible, el día en que sus compañeros del café comentaron que era una lástima que Dylan hubiera dejado el trabajo.

Ella se lo había pedido, sí. Y le había dicho muy segura de sí misma que no quería verlo nunca más. Y se reafirmaba: no quería. Pero saber que no lo haría, saber que jamás volvería a tener delante aquellos ojos grises con los que había soñado las primeras noches... le había hecho un nuevo rasguño en un corazón del que ya no parecía quedar un solo pedazo.

Fue duro, pero también hizo más sencillo ir cada día a aquella cafetería que cada día le parecía más anodina, sin el temor de encontrarse frente a frente con un pasado que era tan bonito que dolía.

Con aquella última calificación del curso y su título de graduada en Veterinaria en la mano, la hiperactividad y el no dejarle un segundo libre al cerebro para abandonarse a la nostalgia ya no servían. Su beca, que incluía el alojamiento en la residencia universitaria, se acabaría con el final del mes. Y, si su salario del café apenas era suficiente para pagar su manutención en Nueva York, la idea de pagar con él también un alojamiento era, simplemente, ciencia ficción. Tenía que encontrar un trabajo en su sector que le permitiera seguir viviendo en la ciudad... o en cualquier lugar a donde la llevara una oferta de empleo decente.

Lily se secó las lágrimas. Un mes sin llorar había dado muchas reservas a sus lacrimales, así que siguieron cayendo pese a sus esfuerzos por retenerlas.

Ya estaba. Había conseguido su objetivo. Podría ejercer como veterinaria. Casi podía decirse que aquel era el primer día de su vida como mujer adulta, y lo había dedicado a llorar como un bebé.

Cuando al fin logró calmarse un poco, empezó a hacer aquello que había conseguido evitar durante el último mes. Dar mil y una vueltas a sus convicciones para intentar encontrar en ellas un resquicio por el que se pudiera colar una solución a lo que le había ocurrido con Dylan. Y dar vueltas a unos ideales que tenía tan claros desde los trece o catorce años era una tarea titánica. Ella odiaba a los ricos y a los mentirosos. Era capaz de racionalizar incluso lo irracional, que ese odio hacia las personas a las que había sonreído la fortuna en la vida, en lo económico, era algo demasiado relacionado con una infancia traumática. No había una causa justa y lógica para odiar por igual a todas las personas que tenía dinero. Aunque ese dinero fueran mil cuatrocientos millones de dólares, nada más y nada menos.

Pero la mentira era algo superior a sus fuerzas. La hacía sentir imbécil y vulnerable al mismo tiempo saber que se había entregado a Dylan sin reservas, sin plantearse siquiera que él pudiera estar engañándola porque, si le hubieran preguntado en cualquier momento de las maravillosas semanas que pasaron juntos, ella habría asegurado que no había más que verdad y amor en aquellos preciosos ojos grises.

Sabía que nunca se había enamorado así. Que todo lo que podía haber sentido por otros chicos en el pasado palidecía comparado con la semilla que Dylan había plantado en su cabeza. En su alma. Y todo había sido mentira. La única vez en su vida que le había entregado su amor a alguien sin reservas había resultado ser un multimillonario que, por alguna razón, fingía ser un simple camarero.

Por suerte, Alison aún estaba en plenos exámenes finales y apenas pasaba por el cuarto. Lily lo agradecía sinceramente porque, a pesar de que sabía que echaría de menos a aquella chica que había sido su compañera de cuarto durante los dos últimos años, en aquel momento necesitaba estar sola. Necesitaba pensar. Necesitaba asegurarse de que no había ninguna posibilidad de que perdonara a Dylan. No le había funcionado aislarse en los estudios, trabajar hasta la extenuación, asegurarse de echarse a dormir cuando estuviera tan agotada que no hubiera espacio para el insomnio y la reflexión. Y pensaba que, si se distraía así el tiempo suficiente, el dolor pasaría y ya no tendría que enfrentarse a él cuando decidiera relajar su ritmo frenético. Pero... no había funcionado.

Para cuando la noche empezaba ya a cernirse sobre Nueva York, se había autoconvencido de que ser rico no era ningún pecado por el que Dylan tuviera que pedir perdón. Por lo que había leído en aquel recorte de periódico que aún recordaba como el origen de todas sus pesadillas, los padres de los Crawford habían hecho una gran fortuna en el sector tecnológico y Dylan y todos sus hermanos habían heredado el control de la empresa al cumplir la mayoría de edad. Eso no era algo de lo que se pudiera culpar a alguien, ¿verdad? Qué culpa podía tener Dylan de haber tenido suerte con la familia que le había tocado en el reparto...

Así que... solo quedaba la mentira. Que durante meses le hubiera hecho creer que era solo un camarero que vivía en un piso algo cutre de un barrio barato de Manhattan cuando en realidad en su vida real lo esperaban una empresa de éxito, un ático en Park Avenue, una mansión en Newport, un BMW serie 7 y mil cuatrocientos millones de dólares. La había llevado a una pequeña cabaña en Vermont después de trabajar dobles turnos durante un mes. No había visto en su casa ni una sola cosa, ni un pequeño detalle, que olera a dinero. Nada. Incluso su ropa era modesta, normal. Pantalones vaqueros, camisetas básicas, sudaderas sin marca. Se preguntó durante horas si no se le habría pasado por alto alguna pista que le hubiera podido indicar la realidad que él ocultaba, pero fue incapaz de dar con nada.

Dylan no parecía un camarero que vivía de forma modesta. Dylan *era* un camarero que vivía de forma modesta. Y, cuando pasaban algunos minutos de las diez de la noche, tuvo una revelación, una que no se podía creer que no se le hubiera ocurrido antes: Dylan no había empezado a fingir que era alguien que no era cuando la conoció. Hacía meses que Dylan trabajaba en el café cuando ella recaló allí después de un par de experiencias laborales fallidas anteriores. Dylan ya llevaba aquella vida modesta cuando ella lo conoció.

Y, entonces, no quedó más que una pregunta flotando en su mente: ¿por qué? ¿Por qué Dylan fingía ser alguien que no era? No tenía nada que ver con ella. No lo había hecho por ella. Entonces... ¿por qué? ¿Qué podía llevar a un multimillonario de éxito, con una familia que lo quería, junto a la que dirigía una empresa puntera en su sector, sano, guapo y divertido, a dejarlo todo, absolutamente todo, para servir cafés y vivir en un estudio que, seguramente, cabría en el cuarto de baño de su ático de Park Avenue?

Solo había una cosa que Dylan nunca había querido contarle, una que hubiera sido evidente durante el tiempo que habían estado juntos. Aquel tatuaje. Aquel «culpable» que lucía en su muñeca derecha... ni orgulloso ni

ocultándolo. Lo mostraba cuando llevaba manga corta y quedaba fuera de la vista en los peores meses del invierno. Pero jamás hablaba de él. Ella solo se había atrevido a preguntarle qué significaba una vez, y él había respondido con evasivas.

¿De qué eres culpable, Dylan? Lily estaba convencida de que, en la respuesta a esa pregunta, estaba la clave de todo.

Lily se dio cuenta poco antes de medianoche de que llevaba todo el día sin probar bocado. No es que el hambre hubiera salido a su encuentro demasiado a menudo en aquellas semanas, pero se sentía hasta mareada ya aquel día, tumbada en su cama.

Bajó al vestíbulo de aquella residencia de estudiantes en la que tenía los días contados y eligió un sándwich de entre la exigua oferta existente para alguien que seguía una dieta vegetariana. Se suponía que llevaba lechuga, queso y dos rodajas de tomate natural, pero ninguno de los ingredientes se parecía demasiado a lo que debería haber sido. O quizá era que ella ya lo notaba todo insípido en la vida. Se lo comió allí mismo, de pie, apoyada contra la máquina expendedora, y se compró un botellín de agua para ayudar a bajarlo por aquel esófago que parecía estar siempre cerrado.

Tenía su móvil en la mano y no dejaba de mirarlo. Durante semanas no se había permitido hacerlo, porque tenía dos deseos demasiado fuertes y contradictorios: que Dylan la llamara... y que no lo hiciera. Que respetara sus deseos... y que se los saltara. Sabía que lo mejor para olvidar era hacerlo cuanto antes, sin contacto, sin tentaciones... pero ¡cómo dolía!

Aquel día su fuerza de voluntad debía de estar de vacaciones, porque decidió hacer algo que llevaba semanas prometiéndose no hacer. Pero su mente estaba más clara de lo que había estado en días, y necesitaba una respuesta antes de reiniciar su vida sin Dylan. O para salvar algo, si aún era posible.

Cogió su móvil y escribió un mensaje con la gran pregunta: «¿Por qué?».

El largo camino sin mí

Un mes. Un puto mes llevaba Dylan sin ver a Lily. Sin hablar con ella. Sin saber nada de su vida. Y no salía adelante.

Decir que había sido un mes duro sería quedarse corto. Muy corto. Había llegado a su antiguo apartamento de Park Avenue después de aquel nefasto encuentro con Lily casi en estado de *shock*. Sus hermanos habían estado muy pendientes de él, y no olvidaría aquel «todo va a salir bien» que le había dicho Jackson cuando él sentía que nunca, nada, volvería a estar bien. Quiso creerlo, porque llevaba sus veintisiete años de vida creyéndose todo lo que Jackson le decía, pero... no había funcionado.

Se había quedado dos semanas viviendo con Ben y Cole, haciendo caso de todo lo que le decían y... tampoco había funcionado. Sus hermanos, los cuatro, porque Tiffany ya podía considerarse una hermana más, estaban seguros de saber cuál era la vía que debía seguir Dylan para recuperarse. Dejar atrás lo que había sido su vida durante el último año y retomar la anterior.

Les hizo caso... al principio. Dejó su trabajo en el café, se volvió a instalar en el apartamento de Park Avenue e intentó reengancharse a una vida que sentía tan ajena que le parecía increíble que hubiera sido la suya hasta casi año y medio antes. Se encontraba en una especie de periodo de vacaciones que Jackson lo obligó a tomarse después de todos aquellos meses de trabajo sin descanso y, aunque se sentía extraño sin tener ninguna obligación, tampoco acababa de apetecerle reengancharse a la rutina diaria de la empresa familiar. Sí, le interesaba lo que le contaban sus hermanos, participaba en las conversaciones de negocios que tenían lugar durante las cenas... pero no se veía volviendo a calzarse el traje de tres piezas, el maletín de piel y el portátil.

Dejar el café había sido una decisión dura. Era romper el último vínculo con Lily, acabar con cualquier posibilidad de verla de nuevo. Y le había dolido mucho. Aunque Ben y Cole habían dado por hecho desde el primer momento que lo iba a dejar, a él le costó muchas reflexiones. Sobre todo en aquellas interminables noches de insomnio en las que todo daba vueltas en su cabeza, intentando encontrar una solución que no existía. Y, al final, lo había dejado por ella. Porque tenía pavor a que Lily dejara el trabajo, en aquella intención que había expresado sin titubear de no volver a verlo. Y Dylan sabía

que ella necesitaba el dinero... y él no. No podía engañarse. Para él, solucionar el pago de su alquiler y sus gastos básicos estaba a golpe de un clic en su aplicación de banca electrónica. Así que sintió que su obligación era dejarlo, y lo hizo por teléfono, sin plantearse siquiera volver a entrar en aquella cafetería de ambiente universitario en la que había encontrado a la persona que le había devuelto la luz a una vida de oscuridad.

Pero pasaron los días, y nada mejoraba. Echaba tanto de menos a Lily que el dolor era físico, tangible. Daba igual cuántas veces le repitieran que el tiempo le curaría aquel corazón roto. Él había dejado de creerlo porque no solo no mejoraba ni un poquito cada día... es que el paso del tiempo lo estaba haciendo cada día peor. Pasado el *shock* inicial había quedado un dolor tan intenso que Dylan tenía la sensación de que jamás se le pasaría del todo.

No se sentía en casa en su apartamento, no le apetecía volver a la empresa familiar y no quería seguir aguantando el discursito optimista de sus hermanos, por muy egoísta que se sintiera al pensarlo. Así que, cuando llevaba unas dos semanas instalado en su habitación del ático de Park Avenue, decidió volver a su modesto estudio.

Sus hermanos no lo entendieron. De hecho, su decisión provocó algunas discusiones en casa, pero acabaron rindiéndose cuando se dieron cuenta de que no iba a echarse atrás. Incluso puede que acabaran entendiendo que él necesitaba lamerse las heridas a solas, reflexionar sobre lo que había ocurrido y, lo más importante de todo, tomar decisiones sobre su futuro. Averiguar qué quería hacer, dónde, cómo y por qué.

Pero llevaba dos semanas viviendo solo y... tampoco funcionaba. Empezaba a dudar que algo lo hiciera. Estar con gente lo agobiaba; estar solo le dejaba demasiado tiempo para estar triste. Trabajar en el café habría sido un recordatorio constante de la vida con Lily; volver a Crawford Inc. sería fingir que aquella vida no había existido, que nunca había logrado ser independiente. Pensar en reiniciar una nueva vida, una totalmente diferente a lo anterior, no le provocaba ningún aliciente; volver a las pasadas... tampoco. Se sentía triste, hundido y perdido. Y, lo peor de todo, también apático. Nada le apetecía. Nada que no fuera abrazar a Lily, besarla, hablar con ella... quererla. Y eso estaba fuera de las opciones disponibles.

Hacía un mes. Un mes exacto del día en que Lily se había despedido de él. De la última vez que había visto su pelo rubio y sus ojos azules, su coleta agitándose al viento, su cuerpo escapando, corriendo lejos de él. Treinta y un días eternos, duros, difíciles. Llevaba una semana sin cogerles el teléfono a ninguno de sus hermanos, y se había limitado a comunicarse con ellos a través de *whatsapps* disuasorios y bastante fríos. Cada uno había reaccionado a su manera: Jackson exigiéndole que espabilara y saliera de aquel bucle de dolor, Cole hablándole de las novedades de la empresa como si nada estuviera ocurriendo, Ben intentando convencerlo de que volviera al ático que compartían porque desde allí lo vería todo mejor, y Tiffany ofreciéndole su apoyo incondicional y suplicándole que le pidiera cualquier cosa que pudiera necesitar.

Pero daba igual cuánto se esforzaran sus hermanos. Dylan había tocado fondo. De la peor forma posible. De una en la que había creído que jamás volvería a caer. Mirando fijamente una botella de whisky que había comprado tres días atrás.

Estaba observándola sin pestañear, como llevaba esas tres jornadas haciendo, cuando dos golpes fuertes resonaron sobre la madera de la puerta de su piso. Dylan se sobresaltó, pues estaba demasiado acostumbrado a que la soledad fuera su única compañía. Estuvo tentado a no abrir, pero tres nuevas llamadas, más sonoras incluso que las anteriores, le dejaron claro que quien estaba al otro lado de su umbral no pensaba marcharse. Y eso mismo provocó que Dylan supiera, sin lugar a dudas, de quién se trataba. Solo había una persona así en su vida, y él no tenía claro que le apeteciera lidiar con eso en aquel momento.

Respiró hondo, muy hondo, y giró el pomo.

—Hola, Jackson.

—Hola. —La cara de su hermano era impenetrable, dura. Lo que se avecinaba no iba a ser fácil—. ¿Puedo pasar?

—Claro.

A Dylan se le olvidó que la botella de Jack Daniels seguía encima de la mesa del salón. Maldijo en silencio cuando vio que Jackson se quedaba parado un segundo en su trayecto hacia el sofá, y no necesitó verle la cara para saber que ese había sido el momento exacto en que había reparado en aquel objeto tan perturbador.

Se sentaron uno junto al otro en silencio. Jackson se giró hacia él, y lo miró de una forma tan penetrante que Dylan tuvo que apartar la vista, de lo

impresionado que se sentía. Notó al instante la mano de su hermano mayor sobre su rodilla, un apretón de apoyo que no se había dado cuenta de cuánto necesitaba hasta que lo sintió.

—¿Has fumado? —Jackson olfateó el aire a su alrededor, en el que se detectaba un claro rastro de olor a tabaco.

—Dos cigarrillos. Y deseando el tercero.

—Creí que lo habías dejado hace años.

—En realidad, nunca lo dejé oficialmente. Pero tampoco seguí fumando con asiduidad. Solo... me permito hacerlo tres o cuatro veces al año.

—¿Y no recaes?

—No. Si algo he aprendido en la vida es que no quiero volver a ser dependiente. De nada.

—En ese caso... fuma si quieres. —Dylan alcanzó un paquete de tabaco del cajón de la mesa de centro y se encendió un cigarrillo con gesto de alivio —. Y, ya que estás, dame uno.

—Joder, yo sí que pensé que tú lo habrías dejado.

—Tampoco oficialmente. Me enganché en la cárcel, pero luego prohibieron fumar... y luego llegó Tiffany. —Jackson cogió el mechero que su hermano le pasaba y se encendió el que era su primer cigarrillo en unos seis o siete años. Se notó algo mareado al dar la primera calada, pero al momento sintió algo de pánico al darse cuenta de que había echado de menos aquel vicio—. Júrame que jamás le contarás esto o me matará.

—Hecho.

—Y júrame que me arrancarás la cabeza si vuelves a verme fumar después de hoy.

—También hecho.

Dieron un par de caladas más entre carcajadas, que aún eran un poco fingidas, pero aquel ambiente le recordó a Dylan a los buenos tiempos. Jackson siempre había sido mucho más responsable que él, pero en la adolescencia alguna vez se dejaba llevar por el mal camino si Dylan insistía. Por suerte, no por *todo* el mal camino que acabó siguiendo Dylan años después, pero sí que solía persuadir a su hermano para robar algunas cervezas o una botella de vino del frigorífico de la casa familiar. Muchas veces acababan bebiendo a morro aquellos vinos carísimos que no sabían valorar, en la terraza que unía las habitaciones de ambos en la que fue la mansión de la familia antes de trasladarse a Park Avenue.

En aquellas noches compartidas, hablaban de cosas que nunca confesarían

delante de sus amigos o sus hermanos menores... de sus miedos, sus inquietudes, de lo que soñaban hacer en el futuro. Jackson siempre había querido hacerse cargo de la empresa familiar; trabajar mano a mano con su padre hasta que a este le llegara la edad de jubilarse, y ponerse después él al frente de todo. Había dos cosas que a Jackson le apasionaban: la Historia y la gestión de empresas. Cuando era solo un crío, ya tenía clara la hoja de ruta que iba a seguir para labrarse aquel futuro prometedor que, sin duda, habría tenido si no fuera por los errores de Dylan. Estudiaría Historia y, después, cursaría un Máster en Administración de Empresas para prepararse para su futuro trabajo.

Dylan, por el contrario, nunca había tenido demasiado claro qué quería hacer con su vida, aparte de salir, divertirse, conocer a una chica diferente cada día y disfrutar de sus hermanos.

En una de aquellas noches de reflexión, Jackson le había acabado sonsacando a su hermano que había empezado a fumar, pero, en lugar de echarle la reprimenda que Dylan había esperado, se había limitado a pedirle que le diera un cigarrillo, justo como acababa de hacer aquel día, más de una década y todo un peregrinaje de dolor después.

—¿Cómo estás? —La voz de Jackson despertó a Dylan de sus recuerdos, y le dio otra calada a su cigarrillo antes de atreverse a responder.

—Jodido. No digas nada, por favor. —Dylan interrumpió a su hermano justo cuando este empezaba a hablar—. Ya sé que tengo que salir de este bucle, de verdad. Soy el primer consciente de ello, pero no tengo ni puta idea de cómo hacerlo.

—¿Por qué cojones no dejas que te ayudemos? —El tono de Jackson empezó a subir de intensidad, y Dylan se imaginó que acabarían cayendo en una de aquellas broncas que tenían de vez en cuando en las que, en realidad, no llegaba nunca la sangre al río.

—Por supuesto que dejo que me ayudéis.

—Sí, ya vi cuánto tiempo duraste viviendo en casa.

—Es que eso no funcionó. Y, antes de que digas nada, tampoco va a funcionar que me reincorpore ahora a la empresa. Ni que olvide que, durante un año, he sido otra persona, he vivido de otra manera y he sido feliz.

—¿Eras feliz trabajando en el café y viviendo aquí? —le preguntó Jackson, con cara de incredulidad.

—Los primeros meses, estaba tranquilo y trabajando en encontrarme a mí mismo. Después, empezó todo con Lily y... sí, joder, fui muy feliz.

—Siento mucho que las cosas hayan acabado así. —Jackson reculó un poco en el tono, y a Dylan casi le dio la risa al pensar en cuánto había influido Tiffany en él—. ¿Sigues sin saber nada de ella?

—Sí. Ella me pidió que me alejara y he cumplido. Y ella... tampoco me ha llamado ni me ha mandado un mensaje ni nada.

—Ya. Será jodido, pero... es una ruptura, Dylan. Duelen siempre, aunque tú y yo nos hayamos librado de eso hasta ahora. Pero una cosa es estar jodido por un desamor y otra cosa es lo que te está pasando ahora, que no sabes ni dónde tienes la cabeza.

—Ya lo sé, joder. —Dylan dio un puñetazo al cojín del sofá, frustrado como estaba por que su hermano hubiera sabido definir en un par de frases lo que sentía—. Supongo que no estaba todavía recuperado cuando se me ha venido encima todo esto y... yo qué sé.

—¿Recuperado de qué?

—Ya lo sabes, joder. De la culpa. La puta culpa.

A Dylan se le llenaron los ojos de lágrimas. Cuando se había marchado de su casa, tras la salida de Jackson de la cárcel, había soñado con expiar aquella culpa. Con superar de alguna manera el dolor que había tenido que tragarse durante años, pero que lo carcomía por dentro de una forma que era incapaz de explicar. O, si eso era imposible, al menos soñaba con aprender a vivir con ello. Asumir que había hecho algo horrible cuando era poco más que un adolescente y pasar el resto de su vida compensándolo.

Pero no lo había conseguido. La culpa parecía haberse disipado durante el tiempo en que Lily había iluminado su vida, pero había regresado con fuerza en aquellas semanas de soledad y dolor.

—¿Has bebido? —Jackson no pudo callarse más. Llevaba desde que había entrado en aquel piso mirando fijamente la botella, pero no tenía ni idea de cómo abordar el tema con su hermano. Esa era su gran asignatura pendiente. No había sabido ayudarlo casi diez años atrás y seguía sin saber. Le daba pavor pensar que Dylan pudiera volver a caer en aquel desastre que había arruinado tantas vidas; ni siquiera se había planteado que eso pudiera ocurrir.

—Aún no.

—¿Aún?

—Llevo tres días sin levantarme de este sofá, sin dejar de mirar esa puta botella.

—Pero no la has abierto.

—No. Pero te aseguro que en casi diez años nunca había tenido tantas

ganas de hacerlo.

—Hemos hablado poco de... de cómo te recuperaste de...

—Han sido meses intensos. —Dylan le ofreció a su hermano una sonrisa breve, y al fin se atrevió a volver a mirarlo a los ojos—. No ha habido demasiado tiempo para recordar el pasado.

—¿Fue jodido?

—¿Dejarlo? —Jackson asintió—. Un putito infierno. Pero bueno... he leído bastante sobre adicciones en los últimos años y parece que cada adicto lo afronta de una forma diferente. Hay gente que no lleva tan mal el primer desenganche, pero luego se pasa el resto de su vida teniendo tentaciones. Mi caso es justo el contrario.

—¿Sí?

—Sí. Fueron tres o cuatro meses de infierno, con unos síndromes de abstinencia en los que creía que me iba a morir. Luego me enteré de que realmente me podría haber muerto, lo cual me acojonó muchísimo. Pero lo cierto es que, una vez que pasó aquello, no volví a tener tentaciones de nada. Como mucho, de esto —señaló hacia el paquete de tabaco—, y un par de veces al año.

—¿De alcohol y drogas nada?

—Desde aproximadamente la época en la que fue tu juicio, no he probado ni una sola gota de alcohol. En los últimos años, ya me ves, ni siquiera me importa lo más mínimo que bebáis a mi alrededor. Cole y Ben empezaron a beber cuando tenían diecisiete o dieciocho años, y siempre les permití tomarse una cerveza en casa sin mayor problema. Por suerte, ellos son bastante más moderados de lo que lo éramos nosotros.

—Sí, esa es una buena noticia.

—Tengo ganas, Jackson... Me acuerdo de lo que era ahogar un disgusto en una puta borrachera y...

Jackson no le dejó terminar su frase. Dylan sintió como si un peso de dos toneladas cayera sobre su pecho, antes de darse cuenta de que lo que ocurría, en realidad, era que Jackson lo había agarrado por el cuello de la sudadera y lo había impulsado contra la pared. Cuando su espalda impactó contra ella, se le escapó una mueca de dolor. Su hermano lo miraba fijamente, con pocos milímetros de separación entre ellos, y las pupilas inyectadas en sangre.

—No vuelvas a beber. —A Jackson le salió la voz rasgada—. No vuelvas a hacerlo, porque te juro que me matas si bebes.

A Jackson estuvo a punto de escapársele una lágrima. Dylan no tuvo tanta

suerte al retenerla. Jackson lo soltó de golpe, como si de repente se hubiera dado cuenta de que estaba agarrando a su hermano con demasiada fuerza. Los dos se quedaron algo parados, y al final volvieron a sentarse en el sofá, en el mismo lugar que habían abandonado un momento antes.

—Voy a ver si consigo que lo entiendas, Dylan, porque... porque yo creo que esa culpabilidad que te consume es lo que hay detrás de todo. De que te largaras a vivir una vida que no tenía demasiado sentido, de que fueras incapaz de contarle la verdad a Lily y de que no estés haciendo una puta mierda por intentar recuperarla.

—Yo no quiero que ella...

—No me interrumpas. —La mirada de acero de Jackson se había hecho famosa en la cárcel de Westmoore Fields, y Dylan la sufrió en aquel momento sobre sí mismo—. Que estás siendo un puto cobarde con Lily es algo de lo que aún espero que te des cuenta por ti mismo, así que no voy a opinar. De momento. Pero sí te voy a hablar de algo que sé.

—Dime.

—Yo pasé casi ocho años en la cárcel, ¿vale? Eso lo sabemos todos. Y que fue, en cierto modo, por tu culpa... lo sabemos tú y yo.

—¿*En cierto modo*?

—Sí, *en cierto modo*. La decisión final de inculparme fue solo mía. Pero es igual. Fueron siete años y medio. ¿Jodidos? Sí. Un puto infierno. Lo peor que he pasado y que pasaré en la vida. Sin duda. —Jackson respiró hondo. No le gustaba recordar aquellos años, ni la sensación de angustia de estar encerrado ni el aislamiento de toda la gente a la que quería—. Pero también encontré allí dentro a Tiffany, que es todo lo que necesito para ser feliz. Te lo dije cuando salí de la cárcel: la vida empezó aquel día, y lo único que espero es ser feliz junto a ella, y junto a vosotros, durante el resto de mi vida.

—Y yo me alegro mucho de que...

—Te he dicho que no me interrumpas, gilipollas. —Jackson le dio un puñetazo suave a su hermano en el hombro—. Perder ocho años es jodido, sí, pero... ¿Cuánto viviremos en total Cole, Ben, tú y yo? Si la vida nos trata medianamente bien... ¿unos trescientos... trescientos cincuenta años?

—Ojalá.

—¿Y qué cojones son ocho años en un global de trescientos y pico?

—No lo sé.

—Una puta mierda, Dylan. Eso son. Una putísima mierda. No quiero que ninguno de vosotros perdáis ni un minuto de esa vida. Yo no pienso hacerlo.

—Supongo que tienes razón.

—¿Qué hacemos con esto, entonces? —Jackson cogió la botella de whisky y se la mostró a Dylan. En ese momento, él se dio cuenta de que, en realidad, no le había apetecido beber, sino olvidar. Consolarse. Y eso, por fortuna, lo hacía muchísimo mejor una conversación con su hermano mayor que mil litros de alcohol.

—Llévatela.

—No la quiero. No me sentiría cómodo teniendo esto en casa. Además, este whisky barato es una puta mierda —Jackson decidió bromear para descargar un poco el ambiente tan tenso que se había generado aquella tarde —. Ven, anda.

Dylan siguió a su hermano a la cocina, y vio cómo tiraba por el fregadero de la casa setenta y cinco centilitros de whisky. Los dos lo veían caer sin decir ni una palabra y, cuando la botella se vació, Jackson la sacó al rellano del edificio para encargarse de tirarla cuando se marchara. Se puso la cazadora de cuero, cogió las llaves del coche y se dispuso a marcharse de allí.

—¿Estarás bien?

—Lo intentaré.

—No te he preguntado eso.

—Supongo que lo estaré. Y siento mucho... siento lo de la botella.

—Deja de disculparte por cosas, Dylan. Eres un auténtico coñazo cuando te pones en plan abuela afligida.

Los dos se rieron, y Jackson abrió la puerta para irse. No podía negar que se marchaba con un puntito de inquietud por su hermano, pero sabía que debía confiar en él.

—Dylan. —Jackson reuló y volvió a dirigirse a su hermano.

—Dime.

—Arregla las cosas con esa chica. O te mandaré a Tiffany.

Dylan sonrió, Jackson se marchó, y su móvil sonó. Todo en un lapso de tiempo de tres segundos. Dylan cogió el teléfono con desgana, convencido de que serían Cole o Ben, pero... se equivocaba.

Era Lily.

Y le hacía una pregunta muy concreta.

Una a la que él no sabía si sería capaz de responder.

16

Toda la verdad de Dylan

Aquel mensaje, aquel «¿por qué?» fue providencial para Dylan. Seguía destrozado, arrepentido como hacía muchos años que no estaba, por no haber sido él quien diera el primer paso de contárselo todo a Lily, pero supo, en cuanto leyó aquellas dos palabras en su móvil... que había llegado el momento.

Jackson no debía de haber llegado todavía a su coche cuando él inició el programa de correo electrónico en su portátil. Abrió un nuevo correo en blanco y, antes de empezar a escribir, se levantó a la cocina, se preparó un tanque de café solo y se sentó de nuevo en el sofá. La ventana estaba todavía abierta de aquel *revival* con el tabaco que habían tenido Jackson y él, y la cajetilla le quedaba bien a la vista sobre la mesita de centro, así que decidió fumarse un cigarrillo que le infundiera algo de valor para seguir adelante. Le dio un par de caladas rápidas antes de dejarlo precariamente apoyado en el borde de la mesa, se puso el portátil en las rodillas y, sin darse tiempo a sí mismo para pensárselo dos veces, empezó a escribir...

De: Dylan Crawford

Para: Lily Miller

Asunto: Toda mi verdad

Hola, Lily

Ojalá no borres este email en cuanto lo recibas, aunque no podría culparte si lo hicieras. Pero te ruego... te suplico que me des una oportunidad de explicarme. De explicar lo inexplicable. De pedirte perdón.

Lo que voy a contarte es lo más íntimo que le he contado a nadie en toda mi vida. Solo Jackson y Tiffany lo saben. Él, porque lo vivió a mi lado, porque lo sufrió más que nadie; ella, porque lo descubrió en una de esas carambolas del destino que a veces resultan difíciles de creer. Ni siquiera he sido capaz de confesárselo nunca a Cole y a Ben, aunque lo que me ha ocurrido contigo me ha hecho abrir los ojos y pronto arreglaré eso. Las personas a las que quiero merecéis saber mi verdad, y ese fue mi mayor error contigo. No darne cuenta antes de que te quiero tanto que tendría que

haber sido sincero contigo desde el primer momento, aunque me arriesgara a perderte. Peor ha sido perderte por mi cobardía; se une a la enorme cantidad de cosas de mi vida que jamás me perdonaré.

Una cosa que descubrí muy pronto sobre ti era que odiabas a los ricos, a los mentirosos y a los adictos. En este momento, supongo que me odias, porque has descubierto que soy dos de esas cosas. Ojalá eso fuera todo. Ojalá no tuviera que confesarte que también soy lo otro. Y que hubo un día en que, además, fui un hijo de puta. No estoy haciéndome la víctima. Es la realidad. Fui un auténtico malnacido, y hoy me voy a desnudar ante ti para que lo sepas. Para que sepas todo. Y para decirte adiós, pero con el peso de los secretos ya fuera de mis hombros.

Aun a riesgo de que el email se haga eterno, voy a contártelo en el orden en que ocurrió, porque estoy nervioso, aterrorizado, y no quiero irme por las ramas.

Como ya sabes, soy el segundo de cuatro hermanos. Cuando yo nací, Jackson tenía dos años, y después de mí llegaron Cole y Ben. En el parto de Ben, mi madre murió. Mi padre quedó tan destrozado después de aquello que fue Jackson, que solo tenía seis años, quien se convirtió en una especie de cabeza de familia para nosotros. Mis padres habían fundado una pequeña empresa tecnológica cuando se conocieron, y la hicieron crecer de una forma que solo se puede entender conociendo la época histórica que les tocó vivir. Internet, los móviles y las redes sociales se popularizaron en todo el mundo y... no sé cómo decirlo... supongo que sí, éramos ricos. Cuando eres niño no te das demasiada cuenta de esas cosas. Simplemente, teníamos todas nuestras necesidades cubiertas, aunque tampoco nos permitieron nunca convertirnos en unos mimados.

Según fuimos creciendo, la figura de Jackson como cabeza de familia se fue haciendo cada vez mayor. Enorme. Ya desde los catorce o quince años pasaba los veranos trabajando con papá en las oficinas de la empresa, mientras Cole, Ben y yo preferíamos hacer lo que cualquier chaval: ir a la playa, jugar al fútbol, divertirnos... Salvo que Jackson nos dijera lo contrario, claro, porque él era la auténtica figura de autoridad en casa, mucho más que nuestro padre. A él acudíamos si teníamos un problema en el colegio, cuando necesitábamos consejo con alguna chica, y él era el que nos echaba unas broncas terribles si metíamos la pata, pero encubriéndonos al mismo tiempo delante de nuestro padre. Fue el mejor hermano mayor que nadie podría desear.

En casa, cada uno de nosotros teníamos una personalidad bastante marcada. Jackson era eso, el responsable, el maduro, el leal. Cole era el serio y deportista. Ben era el melancólico y protegido. Y yo... yo era el gracioso, el despreocupado, el intrépido. Me gustaba salir, me gustaban las chicas... Era popular en el colegio y me gustaba disfrutar de los privilegios que me daba que todos los chicos quisieran ser mis amigos y todas las chicas enrollarse conmigo. Aunque esos «privilegios» fueron una manzana envenenada.

Cuando tenía catorce años, ya iba a todas las fiestas que organizaban los chicos del curso de Jackson, porque también ser su hermano me abrió muchas puertas. A los quince empecé a beber, a los dieciséis a fumar, a los diecisiete... imagínate. Ni mis hermanos ni mi padre se dieron cuenta de nada. Mi padre, porque estaba tan centrado en las empresas que a ratos parecía que se hubiera olvidado de que tenía hijos. Las niñeras que se habían encargado de nosotros desde siempre estaban más centradas en los pequeños, y yo sabía mentir muy bien. Jackson al principio solo pensaba que era un poco precoz, pero a él también le gustaba salir, emborracharse algunas veces y fumar marihuana de vez en cuando. Lo que supe ocultarle muy bien, y créeme que no es fácil ocultarle nada a Jackson, fue que en mi caso estaba dejando de ser algo ocasional.

Cuando yo tenía dieciséis años, Jackson se marchó a California, a UCLA, a estudiar Historia. Yo me quedé perdido. Me faltaba el referente que siempre había tenido y, al mismo tiempo, la persona que podía haber puesto freno a lo que me estaba ocurriendo. En las pocas vacaciones en que volvió a casa aquel año, empezó a darse cuenta de que algo iba mal. Cole solo tenía quince años, pero sospechaba que algo raro me ocurría, y le iba dando los partes de guerra. Cuando al fin Jackson fue consciente de la situación, yo ya era adicto al alcohol, al tabaco, a la marihuana y a la cocaína. Me estaba matando sin darme cuenta.

Jackson me llevó con él a California. Consiguió que me matriculara en UCLA, porque, no sé ni cómo, había conseguido aprobar el instituto con buenas notas, y mi padre podía costearme los estudios allí. Alquiló una habitación doble y decidió hacerse cargo de mi desintoxicación. En aquel momento yo lo veía, como siempre había sido, como una figura de autoridad, como un padre, pero a veces se me olvida que solo tenía veinte años. Y no pudo hacerlo. Sé que se torturó mucho por ello, aunque coincidirás conmigo en que él no podría haber hecho más sin mi

colaboración. Desgraciadamente, eso tú lo sabes bien. Cada noche me drogaba, ya sin disfrutar siquiera del subidón, solo sintiéndome como una mierda por no poder evitarlo; y cada día le juraba llorando a Jackson que aquella había sido la última vez. No te puedes imaginar cómo me destrozó escucharte hablar de que tus padres actuaban así con tu hermana y contigo, Lily. Me sentí una mierda por enésima vez en mi vida.

Un día, justo antes de las vacaciones de Navidad de aquel primer año universitario, yo estaba en el campus intentando encontrar a alguien interesado en comprar medio kilo de cocaína. La había comprado unas semanas antes porque... sí, también traficaba. Yo mismo era responsable de meter a otros chicos en la misma mierda en la que estaba yo. No hace falta que me digas que no me lo perdonas; yo llevo casi diez años intentándolo y no lo he conseguido tampoco. Como te decía... Jackson me había asegurado que en aquellas vacaciones hablaría con mi padre porque él se veía impotente para ayudarme. Yo estaba tan desesperado que me pareció bien. Pero quería colocar aquella droga que tenía en el dormitorio que compartía con Jackson, no podía dejarla descuidada en la residencia universitaria durante todas las vacaciones ni tenía aún valor para hacer lo que tendría que haber hecho: tirarla por el retrete.

Cuando regresé a la residencia, había mucho movimiento y, de alguna manera, intuí que había ocurrido algo. Yo estaba muy colocado, pero se me pasó todo de golpe en cuanto descubrí que la policía había hecho una redada en mi habitación, había encontrado la droga y había detenido a Jackson. Corrí, desesperado, a la comisaría de policía, a entregarme y exigir que lo soltaran. Jackson solo había hecho todo lo posible por que yo dejara de drogarme, lo que menos se merecía en el mundo era pasar ni un minuto esposado por mi culpa. Cuando al fin conseguí que me dejaran verlo... él me planteó una situación surrealista. Según Jackson, el abogado al que había llamado le había dicho que la condena sería de seis meses como máximo, y que yo no la podría soportar. Que el estado de mi adicción en aquel momento era tan terrible que en la cárcel acabaría muerto por muy corta que fuera la condena. Me dijo que ya había confesado, que él se comería aquel marrón por mí, que no me preocupara.

Grité, y pataleé, y le prohibí que hiciera aquello, pero yo no estaba en mis cabales. Y, además, Jackson siempre había sido la persona en la que yo más había confiado. Acepté aquel trato, sobre todo cuando me dijo que, al haber confesado ya, si yo decía la verdad, tendría que enfrentarse a cargos

por falso testimonio, encubrimiento y obstrucción a la justicia. Vamos, que los dos nos pasaríamos medio año en la cárcel y, entonces, ¿qué sería de Cole y Ben? Allí, en la mesa de interrogatorios de una comisaria de mierda de Los Ángeles, le juré a mi hermano que cuidaría de ellos en su ausencia y que no volvería a probar el alcohol ni las drogas. Y, por primera vez, era verdad.

Regresé a casa destrozado, con un síndrome de abstinencia que creí que iba a matarme, con el peso de la culpabilidad destrozándome y con un padre que repudió a Jackson desde el primer momento y, con ello, a todos nosotros, ya que nos hizo elegir entre apoyar a nuestro hermano mayor o a él... y, evidentemente, todos elegimos a Jackson. Con nuestro padre cada vez más alejado, yo era lo único que les quedaba a Cole y a Ben, que solo tenían diecisiete y quince años.

Jackson me salvó la vida el primero, y a continuación lo hizo Cole. A él le pedí la única solución que me planteé que valdría para mí en aquel momento: que me encerrara en la cabaña del jardín de la casa en la que vivíamos en aquel momento. Era solo un crío, pero tapió la puerta y todas las ventanas con tablones de madera y solo dejó abierta la portezuela del perro, a través de la cual me pasaba agua y comida una vez al día.

No creo que te apetezca escuchar lo que viví solo dentro de aquella cabaña, pero te puedo decir que fue un infierno. Los sudores, los vómitos, una ansiedad que me mataba... Recuerdo gritarle a Cole como un loco que me dejara salir o lo mataría, los mataría a todos. Pero, afortunadamente, él resistió. Y yo estuve tres meses allí encerrado. Podría haber salido loco, muerto o curado. No había más opción que esas tres, y afortunadamente fue la tercera. Aunque soy muy consciente de que siempre seré un adicto, que siempre estaré en situación de riesgo, llevo más de ocho años sin probar ni una gota de alcohol y sin acercarme a ningún tipo de droga. Y, si sirve para tranquilizarte, hace unos cinco o seis años que ni siquiera me apetece, ni se me pasa por la cabeza, vaya. Supongo que el golpe de realidad que supusieron las consecuencias de aquello que había hecho fue suficiente para hacerme despertar.

El golpe de realidad... llegó con el juicio de Jackson. Era uno de los primeros días que yo salía a la calle después de estar encerrado en la cabaña. Incluso las luces de la calle me molestaban, no entendía nada. Llegué al juicio convencido de aquello que me había dicho Jackson de que el máximo que podía caerle serían seis meses. No sé si fue porque me

autoconvencí o porque era incapaz de plantearme que él me mintiera, pero... el caso es que lo condenaron a ocho años. Y lo peor de todo no fue escuchar aquella sentencia que sentí como una puñalada en el corazón. Lo peor fue ver que tanto su abogado como mis hermanos pequeños parecían muy contentos con la sentencia. ¿Se habían vuelto locos o qué? Al llegar a casa, supe que, desde el primer momento, las posibilidades estaban más cerca de que le cayera una condena cercana a los veinticinco años.

Entendí entonces que mi hermano había hecho por mí el mayor sacrificio de toda su vida. Que había entregado ocho años de su juventud para evitar que yo fuera a la cárcel, porque sabía que, con mis problemas con las drogas, yo no sobreviviría a aquello. Lloré muchos días después del juicio, sobre todo recordando que Jackson se había despedido de mí con un abrazo sincero, mientras yo sentía que le estaba dando el auténtico beso de Judas. También cuando supe que él les había dejado claro a Cole y a su abogado que no iba a permitir ningún contacto. Que no aceptaría visitas, ni llamadas y que devolvería las cartas. Aquella fue su receta para mantenerse cuerdo perdiendo en aquel agujero los mejores años de su vida.

Hay una única cosa que Jackson no sabe. Que no sabe nadie más que yo. En aquellos primeros días con Jackson en la cárcel... pensé en acabar con todo. Hacer un par de llamadas, conseguir un poco de droga de la mejor y matarme de una sobredosis que me dejara medio inconsciente antes de que el corazón se me parara y dejara de joderles la vida a las personas que quería. Y, entonces, recordé que aún había personas que me necesitaban. Que tenía dos hermanos pequeños que ya estaban atravesando un infierno al perder a su hermano mayor. Y tomé la otra única decisión posible: continuar sobrio, retomar los estudios y, a la larga, ponerme al frente de la empresa familiar.

No regresé a UCLA, evidentemente. Me matriculé en Columbia, estudié Dirección de Empresas y, cuando me licencié... mi padre murió. De repente, yo tenía veintitrés años y era el presidente de una de las compañías más exitosas del país. Siempre me sentí un estafador: estaba vivo porque mi hermano me había salvado y tenía éxito empresarial porque mi padre había muerto. No había conseguido nada por mí mismo, todo me había llovido del cielo por desgracias, en algunos casos provocadas por mí.

Así que... no sé cómo explicarlo, Lily. No sé cómo hacer que lo entiendas, porque ni yo mismo lo hago del todo. Lo más parecido que se me ocurre es decirte que me desdoblé. Por un lado estaba el Dylan exitoso.

Porque existió ese Dylan, aunque ahora lo recuerde tan lejano que me cueste creerlo. Resultó que se me daban muy bien los números, así que lo hice bien al frente de la empresa, en cuanto las personas que la gestionaban junto a mi padre me explicaron el funcionamiento de todo. El dinero, desgraciadamente, hace que la gente te respete más, así que cada vez tenía más conocidos, algunos amigos... un buen coche, un apartamento fantástico en el que vivía con mis hermanos, y muchas chicas. No te puedo mentir en eso. Hubo muchísimas chicas. No puedo decir nada malo de ellas; fui yo quien falló, porque era incapaz de entregarme. Por ninguna sentí nada. Desde luego, nada ni parecido a lo que siento por ti.

Porque, detrás de ese Dylan de éxito, había un hombro roto. Me pasaba las noches sin dormir, intentando mover todos los hilos posibles para localizar a Jackson, pero fueron pasando los años y no sabía nada de él. La culpabilidad me destrozaba, no me permitía respirar, me mataba. Aguanté porque todo lo de fuera funcionaba. Porque, aunque nunca dejaron de echar de menos a Jackson, Cole y Ben volvían a tener una familia, una estabilidad... Fueron acabando la carrera e incorporándose a la empresa... Éramos una familia unida, aparentemente perfecta, aunque teníamos un agujero en el medio del pecho que no dejó de sangrar ni un día en siete años.

Cuando faltaba algo más de un año para que se cumplieran los ocho años de condena de Jackson, yo empecé a albergar la esperanza de que regresara a casa. No me podía ni imaginar en qué habrían convertido aquellos años en la cárcel a mi hermano, pero lo único que me preocupaba era que siguiera vivo. Quería pensar que, si hubiera muerto, su abogado ya no estaría sometido a la obligación entre abogado y cliente, y nos lo habría comunicado. Yo solo quería que regresara, aunque me odiara, que sería lo lógico. Aunque no quisiera volver a verme nunca. Yo, encantado, le devolvería a sus hermanos pequeños, a los que había cuidado lo mejor que había sabido, y me marcharía lejos.

Entonces, un día, conocí a un empresario de Newport en una reunión de negocios. Me comentó que vendía una mansión espectacular en su ciudad... Sí, Lily, tengo una mansión en Newport, como leíste en aquel periódico. Hubo una expresión en aquella reunión de negocios que provocó un extraño clic en mi cabeza. El señor Cabot, aquel empresario, me dijo que era «la casa ideal para una gran familia». Así que me volví loco. Cogí un avión, la vi y la compré, a pesar de que Cole y Ben consideraron que era una locura,

aunque podíamos permitirnosla. Mi sueño era que Jackson regresara, y decirle que en aquella casa podríamos volver a ser una familia, con las mujeres que tuviéramos en el futuro, con nuestros hijos... Todos juntos, como siempre debió ser.

En realidad, solo pasé algunas temporadas en la casa de Newport, y siempre solo. Ben, Cole y yo trabajábamos muchísimas horas, así que solo podríamos escaparnos allí en vacaciones... y a Cole y a Ben nunca les ha gustado pasar las vacaciones por aquí; siempre echaron mucho más de menos a Jackson de lo que reconocían en voz alta. Así que empecé a relacionarme con la alta sociedad de Newport, que es algo que... tú odiarías, Lily. Yo lo odiaba también. Padres ofreciéndome en bandeja a sus hijas solo porque yo era un «rico heredero». Llegué a odiar esa expresión, con la que nunca me identifiqué.

Pero... una de aquellas chicas fue especial. Se llamaba Tiffany, era preciosa y estaba un poco loca. Parecía una niña pija más de Newport, pero no lo era. Quería rebelarse, ser algo más que un producto en el mercado matrimonial y, no me preguntes cómo, acabamos pactando algo así como una no-relación. A ella le servía para que sus padres dejaran de insistir en que buscara un marido, y a mí para sacarme de encima a las demás. Lo pasábamos muy bien juntos, pero pronto nos dimos cuenta de que no había más que eso. No llegamos ni a besarnos, en realidad. No tardé demasiado en descubrir que ella tenía otra relación, pero no quería contarme con quién. Había algún tipo de gran secreto detrás de aquello. Yo sabía lo suficiente sobre secretos como para darme cuenta.

Hasta que, un día, Tiffany encontró en mi casa esa foto que tú has visto tantas veces en mi apartamento. La de los cuatro vestidos de traje en la graduación de Jackson del instituto. Y, entonces, se descubrió toda la verdad. Casi me desmayé cuando descubrí que Tiffany trabajaba como profesora en una cárcel de Kentucky, que Jackson era su alumno y que estaban enamorados. Aunque, en realidad, me alegré tanto de saber que estaba bien, que había sobrevivido y que incluso se había enamorado de una mujer tan maravillosa como Tiff, que el alivio superó a cualquier otro sentimiento. Pero no para Tiffany, claro, que me odió, me pegó y me dijo que tenía que confesar.

Llegado aquel momento, supe que era verdad. Que Jackson había pagado con más de siete años de condena de forma injusta, y que me tocaba ahora a mí pasar por aquel infierno. Era lo que me había ganado. Lo que yo no

sabía era que Jackson había amenazado a Tiffany con que, si me obligaba a confesar, él se dejaría matar en el patio. Y lo hizo, el muy cabrón. Y casi nos mata a Tiffany y a mí del susto.

Joder, Lily, nunca había contado a nadie esta historia, y me doy cuenta de que resulta difícil de creer. Quizá lo único de lo que estoy orgulloso en toda mi vida es de lo que hice a partir de entonces. Me quedé junto a mi hermano los horribles días en que estuvo en coma. Y, cuando despertó, puse en marcha todo lo necesario para un plan que llevaba un tiempo rondándome la mente.

Jackson se recuperó, consiguió una reducción de condena y, tres meses después, pudimos ir todos a recogerlo a la salida de la cárcel. Te juro que ese fue uno de los momentos más felices de mi vida, Lily. El más feliz en el que tú no estuvieras presente. Nos fuimos a Las Vegas a lo loco, los cinco, a celebrar la libertad de Jackson, y allí se casaron él y Tiffany. Mi regalo de bodas para ellos fue mi parte de la empresa y el poder para gestionar el fideicomiso con la parte de la herencia de mi madre. Me quedé diez mil dólares de todo el dinero que había acumulado a lo largo de mi vida y me largué.

La historia, a partir de ahí, te la sabes. Busqué un trabajo que implicara mancharse las manos, no estar sentado delante de un ordenador con un traje de firma. Alquilé el apartamento que pude permitirme. Me olvidé de mi BMW, de mi ropa de marca y de todos los lujos que había tenido desde niño y... conocí a la mujer que me cambió la vida.

Te he mentado, Lily. Porque ocultar la verdad es tan grave como mentir, y eso es lo que yo he hecho contigo durante meses. Me enamoré de ti tanto y tan rápido que me dio pánico perderte, porque yo representaba todo aquello que odiabas, pero... yo notaba que empezabas a quererme. Y me dejé llevar, aunque la culpabilidad seguía asomando la cabeza cada vez con más frecuencia. Solo puedo pedirte perdón. Evidentemente, no puedo pedirte nada más.

Esto es lo que soy, Lily. Que sea rico es lo de menos; es algo que me vino dado y que, por sí mismo, no tiene por qué ser malo. Pero sí soy un adicto, por muy superada que sienta que está aquella época de mi vida. Y soy un mentiroso, aunque me haya pasado años luchando contra esa realidad. Y, encima, destrocé la vida del hombre más íntegro, leal y al que más he querido en toda mi vida. Eso soy, Lily. Que no te merezco... es algo que sabía desde el primer día. Perdóname también por haber sido tan egoísta de

no apartarme sabiendo que no te merecía.

Lo siento mucho si este mail te hace más daño, pero creo que era justo que supieras al fin la verdad. Toda la verdad, sin medias tintas. No espero que me perdones, pero, si algún día quisieras al menos ser mi amiga... me encantaría volver a saber de ti. Yo he sido una persona oscura desde que era un adolescente que jugó a joderse la vida y jodérsela a los demás, pero tú has sido mi luz y estar contigo estos meses lo ha iluminado todo.

Perdón, de nuevo.

Te quiero. Ahora, y para siempre, Lily. Esa es la mayor verdad de todas las que he dicho en este email.

Un beso,

Dylan.

Lo más parecido a un hogar

Lily leyó el e-mail de Dylan una vez. Y dos. Tres, cuatro, cinco... Se pasó toda la noche leyéndolo. Y, cuanto más lo leía, más aumentaba su estado de *shock*.

Lily había imaginado muchas cosas durante aquel mes infernal que había pasado desde su separación. En ocasiones, la imaginación se le desbordaba de tal manera que imaginaba escenarios surrealistas para que Dylan hubiera decidido dejar su vida llena de comodidades. Nunca había creído que fuera simplemente un multimillonario excéntrico que había sentido la necesidad de bajarse al mundo real durante una temporada, pero ni en sus peores pesadillas podría haber imaginado que hubiera un pasado tan terrible como el que Dylan le había contado que existía detrás de la razón de su huida.

Quizá a otra mujer le habría llamado la atención que Dylan no se hubiera tomado ni una sola cerveza en los meses que hacía que se conocían. Que no hubiera pedido vino con la cena nunca. Que en su casa no hubiera ni una botella de alcohol. Pero Lily tenía unos ideales muy firmes en lo que se refería al alcohol y las drogas, y solo había visto en esos detalles la confirmación de que Dylan era el hombre perfecto para ella. Ni se había planteado que fuera un adicto rehabilitado.

Lily logró quedarse dormida muchas horas después de obligarse a sí misma a dejar de releer aquel e-mail. Y, cuando despertó, lo hizo con una especie de resaca, lo cual no dejaba de ser una paradoja en aquella situación. Resaca de leer, de llorar, de sentir. Y siguió llorando aquella mañana, porque, justo cuando su alma había empezado a curarse del descubrimiento de que Dylan le había mentado, llegaba la línea roja que ella jamás podría tolerar. Aunque él ya no consumiera, siempre sería un adicto. Y ella ya no podría volver a sobrevivir a entregarle su corazón a alguien con ese problema.

«¿Estás bien, cariño? Llevas horas sin conectarte». El mensaje de su hermana llegó cargado de prudencia, como todos los que le había enviado en el último mes. Sherry estaba muy pendiente de sus horas de conexión en el programa de mensajería que utilizaban y, aunque a Lily no acababa de gustarle esa forma de control, comprendía que había dado razones a su hermana para estar muy preocupada por ella.

«Todo ok», le respondió, y espero mirando a la pantalla a que Sherry la

llamara. Sabía que esas respuestas tan escuetas no le servían.

—Si me creyera que está *todo ok*, me darían el premio a la ingenua del año.

—Sherry...

—No, Lily. Ya está bien. Te he dado un poco de tregua mientras has estado con los exámenes finales, pero hasta aquí hemos llegado. Necesitas superar lo que ha pasado.

—Lo haré.

—No, creo que no me has entendido. No hablamos de que lo superes en un futuro incierto. Quiero que lo superes ya. Cuanto antes. Hoy, si puede ser.

—Sherry, las cosas no son así.

—Las cosas son como nosotros queramos que sean.

—No siempre.

—¿Qué piensas hacer en las próximas semanas?

—Ni idea. Tengo que irme de la habitación en la residencia a final de mes, así que supongo que estaré bastante liada buscando trabajo, piso y toda esa mierda.

—*Toda esa mierda* que ha sido siempre el sueño de tu vida.

—Meh.

—¿Por qué no te vienes unos días?

—¿A Kentucky? ¿Estás loca?

—Aquí vive gente, ¿sabes? —Sherry se había convertido en toda una fanática de su vida rural, y llevaba fatal que Lily se burlara de ella.

—No lo decía por eso, idiota. —Lily se rio, y le costó creer que el sonido de aquella carcajada hubiera escapado de sus labios—. Es que tú estás muy liada con los niños, la casa, Joey...

—¿Y? No creo que tú me des mucho trabajo extra.

—¿De verdad?

—¿Tienes dinero para pagarte los billetes?

—Mmmm... Supongo que sí.

—Si quieres, nosotros...

—No, Sherry. Vosotros ya tenéis bastante con vuestros gastos.

—Está bien.

Lily no dejó que sus dudas la hicieran echarse atrás, y reservó el billete de avión a Kentucky más barato que encontró, incluso antes de colgar la llamada con su hermana. Viajaría al día siguiente por la mañana, así que dedicó el resto de la jornada a ordenar sus cosas, meter las más importantes en su única

maleta y dejar aquellas de las que podía prescindir en un par de cajas enormes.

—Alison... —Su compañera de habitación acababa de entrar por la puerta, y a Lily no le pasó desapercibido su gesto de sorpresa al encontrarla sumida en aquel estado de actividad. En todas aquellas semanas, no la había visto hacer otra cosa que estudiar—. ¿Crees que podría dejar estas dos cajas aquí durante algún tiempo?

—Claro. ¿Te vas a alguna parte?

—A final de mes tengo que dejar la habitación, así que estaré en Kentucky, en casa de mi hermana, hasta que encuentre otro lugar donde vivir.

—Oh, ¿ya no vamos a convivir más?

—Me temo que no. —Lily le sonrió a Alison, consciente de que quizá no había pasado el tiempo suficiente con aquella chica que siempre había sido encantadora con ella—. Son cuatro cosas, en realidad, pero es que no puedo llevármelas en el avión...

—¡No te preocupes! Aquí se quedan hasta que te puedas hacer cargo de ellas.

Convirtieron aquella noche en una pequeña fiesta de despedida. Compraron algo de comida basura en las máquinas expendedoras de la residencia, unos refrescos y disfrutaron de la que iba a ser su última noche juntas. Lily le confesó el final de su relación con Dylan, aunque en realidad nunca había llegado a contarle que tenía novio, pero calló sobre las razones de la ruptura.

Fue una manera dulce de despedirse de Nueva York, una ciudad que se le había metido en el corazón, en la que había sido feliz y en la que había sufrido. Una ciudad en la que se había encontrado a sí misma. Una ciudad a la que soñaba con volver, pero su futuro era tal incógnita en aquel momento que ni siquiera sabía si eso ocurriría alguna vez.

El avión la llevó a Kentucky en poco más de dos horas. En el aeropuerto la estaba esperando Joey, su cuñado, y su simple visión le dibujó a Lily una sonrisa en la cara. Joey era exactamente lo que cualquiera podría esperar de un ranchero del Medio Oeste. Medía casi dos metros, de alto... y de espaldas. No era exactamente gordo; más bien, grande. El pelo castaño, tirando a pelirrojo; los ojos verdes... Y siempre vestido con pantalones vaqueros, botas de *cowboy* y camisas de franela de cuadros. Lily lo adoraba; lo había hecho desde la primera vez que lo había conocido. Por cómo trataba a Sherry, por cómo se aseguraba siempre de que Lily estuviera bien y, en los últimos

tiempos, por cómo quería a sus dos sobrinos. Pero lo que había hecho que Joey se ganara para siempre el corazón de su cuñada había sido que fuera a ella a quien le pidió la mano de Sherry. Saltándose a sus padres, acudió a la que sabía que era la persona más importante de la vida de Sherry para asegurarse de que a ella le pareciera bien que se convirtiera en su prometida. Hacía ya cinco años de aquella preciosa boda en la que consumaron su amor.

Joey la llevó al rancho en su camioneta. Cuando llegaron, Johnny y Michelle salieron corriendo de la casa y se aferraron a las piernas de su tía favorita; las hermanas de Joey no tenían nada que hacer contra ella en esa competición. Y, finalmente, Sherry la abrazó como solo se abraza a una hermana pequeña con el corazón roto.

Los días pasaron lentos en aquel rancho. Lentos y lánguidos, pero, al mismo tiempo, con un cierto aroma de recuperación. De terapia. Ver a sus sobrinos, tan pequeñitos, montar en sus ponis como si llevaran toda la vida haciéndolo —lo cual probablemente fuera cierto—, disfrutar sin atisbo de envidia del amor que se respiraba entre Joey y Sherry, comer con apetito por primera vez en semanas, dormir hasta el mediodía, disfrutando del silencio, de la calma... del lugar en el mundo que más se parecía a un hogar para Lily.

—Tía Lily, ¿te vas a quedar a vivir con nosotros para siempre? —le preguntó Michelle una noche, quizá porque tenía curiosidad por aquella estancia algo más larga que las habituales, o quizá porque ya no sabía qué otra excusa poner para retrasar su hora de irse a la cama.

—No creo, cariño. ¿Te gustaría?

—¡Claro que sí!

—¡Y a mí también! —intervino su hermano, a pesar de estar adormilado en los brazos de Joey—. Aún tenemos que enseñarte a montar a caballo, ¿verdad, papá?

—Verdad. —Joey cogió a Michelle en el otro brazo, y Lily se dio cuenta de que probablemente le cabrían todavía tres o cuatro bebés más encima de aquel cuerpo gigante—. Y, ahora, señoritos, nos tenemos que ir todos a la cama.

—Pero no es justo. Mamá y la tía Lily no se van a acostar todavía...

Las voces de los pequeños se perdieron escaleras arriba, y Lily vio su propia sonrisa llena de ternura reflejada en la cara de su hermana. Sherry y ella eran diferentes en todos los sentidos posibles, y el físico no iba a ser menos. Sherry era mucho más alta que ella, de constitución algo más ancha, morena de piel y pelo y con unos ojos marrones tan expresivos como su propia

verborrea. Quizá en esa especie de incapacidad para contener sus pensamientos era en lo único que se parecían.

—¿Cómo estás? Te has escabullido de mí toda la semana cada vez que he intentado preguntarte. —Zas, sin anestesia.

—Estoy... mejor. Aún no bien del todo, creo que eso tardará un poco, pero... bien.

—Me alegro. —Sherry se dirigió a la cocina—. ¿Quieres una cerveza?

—¡No! Sherry, joder, no me puedo creer que bebas.

Su hermana regresó al salón, con una cerveza en una mano y un refresco para Lily en la otra. Se lo entregó sin dejar de mirarla fijamente, con una expresión a medio camino entre la preocupación y la burla.

—¿Qué? —le preguntó Lily, cuando ya no aguantó más aquel escrutinio.

—Que me parece de puta madre que no bebas. En serio, solo faltaría que no me lo pareciera. Pero me estoy tomando una cerveza; me tomo una de vez en cuando... yo qué sé... ¿tres al mes? ¿cuatro? Y un poco de vino cuando salgo a cenar fuera. ¿En serio tienes un problema con eso?

—Es que no lo veo necesario.

—No, por supuesto que no es necesario. Y jamás tomo bebidas fuertes ni más de una cerveza en el mismo día. A mí tampoco me gusta perder el control. Yo... yo también crecí en aquella casa.

—¿Y no aprendiste nada?

—Aprendí que nunca me emborracharé. Que no me gustaría que Joey lo hiciera. Y, sin duda, que voy a sufrir mucho cuando mis hijos sean adolescentes. Pero esos dos cabrones que tenemos por padres no van a conseguir que no pueda ni siquiera tomarme una cerveza tranquila.

—Ya.

—*Tranquila* también significa «sin ser juzgada por mi hermana pequeña».

—Lo siento.

—No pasa nada. Pero creo que ya es hora de que superes lo que vivimos con papá y mamá. Y, si no eres capaz sola ni con mi ayuda... que la busques en un profesional o en quien haga falta. Cualquier cosa menos colapsar cada vez que ves a alguien con un botellín de Budweiser en la mano.

—Yo no colapso si...

—Sí lo haces. Te da pánico.

—Es cierto —reconoció.

—No dejes que papá y mamá te jodan la vida más de lo que ya lo hicieron en el pasado.

—¿Sabes algo de ellos? —se atrevió a preguntar Lily. Ella había cortado por completo el contacto con sus padres en el mismo momento en que había dejado Sacramento, pero sabía que Sherry los llamaba de vez en cuando. Rara vez le preguntaba. Vivir en la ignorancia era, a veces, lo más sencillo.

—Hace un par de meses que no llamo. Lo de siempre, ya sabes... Que vayamos, que quieren vernos, que si vamos no beberán, que ya no se drogan...

—Pero se les nota a la legua que están colocados al teléfono, ¿no?

—Siempre.

—Qué horror.

El recuerdo de sus padres, de largas jornadas sujetándolos mientras vomitaban, ilusionadas cuando aún creían sus promesas, desoladas cuando las incumplían, acudieron a la mente de ambas, y eso dejó un ambiente nostálgico en aquel salón. Se hicieron unos mimos, como siempre que la tristeza las unía, como había hecho en el pasado.

Joey regresó, y, con él, el ambiente festivo, las risas, las ganas de vivir, de seguir adelante. Lily conseguía, en momentos así, incluso olvidar lo que había ocurrido con Dylan. Decidieron ver una película antigua, y Sherry se quedó dormida antes de que acabaran los títulos de crédito del principio. Lily devoró palomitas, Joey se bebió un par de cervezas sin que Lily, como había dicho Sherry, *colapsara*... La vida seguía, y un corazón roto no tenía la fuerza suficiente como para interponerse en el camino de una mujer que ya había sufrido lo suficiente en su vida.

Así que los días siguieron pasando, entre baños en la piscina, ahora que el buen tiempo había llegado a Kentucky, y juegos con sus sobrinos.

Y también llegaron las buenas noticias. Una clínica veterinaria en la que Lily había estado decenas de veces, acompañando a los perros y gatos de la protectora con la que colaboraba, llamó a Lily para ofrecerle un trabajo. Casi casi... le obligaron a aceptarlo, después de echarle una bronca antológica por no haberlos avisado de que ya había acabado la carrera y tenía la licencia para ejercer como veterinaria. Debía incorporarse en unos días, así que la búsqueda de apartamento se convirtió en su prioridad. El sueldo no era gran cosa, pero al menos le permitiría vivir sola si no le importaba pasarse más de media hora en metro cada mañana. Apalabró el primer estudio que entraba en su presupuesto, aunque no le convencía ni el estado de la vivienda ni la zona en la que se encontraba. Ya tendría tiempo de buscar algo mejor cuando estuviera asentada.

El día de su marcha de Kentucky llegó demasiado rápido. Aunque había

sido reacia al principio a mudarse a casa de su hermana, quizá porque, en su estado depresivo, prefería quedarse encogida bajo el edredón de su cama en la residencia de estudiantes, al final reconocía que estar allí había sido una terapia fantástica. Aún le dolía el alma, aún tenía mucho por superar, pero... iba por el buen camino.

—Te voy a echar tanto de menos, hermanita... —Sherry y ella estaban sentadas en los columpios que Joey había construido para sus hijos el verano anterior. Se balanceaban adelante y atrás, con esa cadencia infantil que las devolvía a una niñez que debería haber sido más feliz—. Tanto, tanto, tanto...

—Y yo a ti. Han sido unas semanas preciosas.

—¿Ganas de volver a Nueva York?

—Pues... no lo sé. Tengo un poco de miedo, la verdad.

—Bueno, cielo, es normal. Un nuevo trabajo, un apartamento con una más que probable plaga de ratas...

—¡Calla! —A Lily se le escapó una carcajada. Y, en una fracción de segundo, se puso seria de nuevo—. No es por eso. Tengo miedo a que todo lo que he avanzado aquí se vaya a la mierda en cuanto vuelva al *lugar de los hechos*.

—¿Pretendes hacerme creer que te has olvidado de Dylan mientras has estado aquí?

—No. Pero sí que lo he sentido lejano. Y creo que me hacía falta esa distancia.

—¿Para coger carrerilla y volver con fuerza a intentarlo con él?

—No. Eso no es siquiera una posibilidad. Para sobrevivir a la ruptura, más bien.

—Lily... ¿de verdad no te planteas arreglar las cosas? Algo que duele tanto después de casi dos meses... suena a amor del bueno.

—¿Por qué tienes tanto interés en que vuelva con él, Sherry?

—Porque nunca te vi más feliz que cuando estabais juntos.

—Ni siquiera me viste una vez en aquellos meses.

—Pues imagínate qué feliz eras, que se te notaba a través del teléfono.

—Ya.

—¿Por qué no hay ninguna posibilidad, Lily? Entiéndeme... Me parece una cabronada que sea una especie de empresario multimillonario y finja delante de su novia ser simplemente un camarero, pero...

—Pero ¿qué?

—Pero creo que, al menos, deberías intentar averiguar la razón por la que

hizo eso antes de descartar por completo la posibilidad de volver con él.

—Es que... Sherry... Yo...

—¿Qué?

—Que ya lo hice. —A Lily se le rompió la voz. Llevaba días sin llorar, pero... había llegado su momento—. Ya le pregunté por qué.

—Pero... ¡pensaba que no habíais hablado!

—Es que no lo hemos hecho. Yo le mandé un mensaje preguntándole por qué me había mentido, y él me respondió con un mail larguísimo contándome toda su historia. Todas las razones y los porqués.

—¿Y se puede saber por qué no me has dicho nada?!

—Lo siento, Sherry, pero... creí que era una historia demasiado privada de Dylan. Y no me sentía cómoda con la idea de ser yo quien la revelara.

—Pues... no me digas nada. Pero ¿al menos lo comprendiste?

—Sí. Pude llegar a entender por qué había dejado su antigua vida y por qué no había tenido valor para contarme nada.

—¿Entonces?

—La razón por la que lo hizo es ahora el principal problema. El *gran* problema. En cuanto leí su e-mail, supe que podría perdonarle la mentira y que incluso podría llegar a pasar por alto el hecho de que sea más rico que algunos estados de este país, pero... jamás podría tener una relación con alguien como él.

—Lily... creo que vas a tener que explicármelo.

Y lo hizo. Lily le contó todo. Los problemas con el alcohol y las drogas de Dylan en el pasado, la traición a su hermano, la culpabilidad que había soportado durante años, su decisión de dejarlo todo atrás... Tuvo que interrumpir varias veces su relato para llorar, para dejar salir en forma de lágrimas aquello que tantísimo daño le estaba haciendo. Porque, aunque se negara a reconocérselo incluso a sí misma, a Lily le dolía el propio dolor de Dylan. Empatizaba con su daño, con su culpabilidad, con toda aquella maraña de sentimientos terribles que habían convivido en su interior durante años. Y que fuera capaz de sentir esa solidaridad... solo podía significar que seguía amándolo por encima de los límites de lo racional.

Sherry apenas la interrumpió. Solo para hacerle algunas preguntas de parte de la historia que no comprendía. El resto del tiempo lo pasó asintiendo, y también con una cara de concentración que le dejaba muy claro a Lily que estaba intentando reordenar en su cabeza aquella historia tan terrible.

—Y eso, Sherry. —Lily sorbió por su nariz, porque las lágrimas la habían

dejado congestionada—. Por eso sé que es imposible. Ahora sí que lo es.

—Lily, yo...

—No me digas que lo sientes. —Lily esbozó una sonrisa muy breve en dirección a su hermana—. Ya sé que lo haces. He tenido mala suerte, supongo. Ahora ya solo queda pensar en superarlo.

—No iba a decirte eso. Iba a decirte que a veces me cuesta entenderte.

—¿Perdona?

—Lily, eres la persona más idealista que conozco. Tienes esperanza sobre... ¡sobre todas las cosas! En esos comedores de beneficencia en los que colaboras te has hecho amiga de indigentes que están completamente olvidados por el resto del mundo. Te pasas horas cuidando de animales que están desahuciados. Das clase a niños que sabes que probablemente jamás llegarán a ir al colegio. Crees en todo ello, eres una optimista nata y, sin gente como tú, este puto mundo sería una mierda.

—Gracias, supongo... Pero creo que no te pillo.

—Pues no lo veo tan difícil. Eres una persona idealista, que cree en las segundas oportunidades, pero ¿no eres capaz de darle una a Dylan, un tío que sí, te mintió, pero no hizo otra cosa en los meses que pasasteis juntos que tratarte como a una reina?

—Pero, Sherry, ¿es que no has escuchado una palabra de lo que te he dicho?

—Todas y cada una. Yo lo único que veo es a un tío que, siendo rico y pudiendo vivir como un vago, gastando dinero en los lujos más absurdos, dejó toda su vida atrás para encontrarse a sí mismo, para *perdonarse* a sí mismo. Que trabajó como camarero un turno tras otro, a pesar de que tenía formación para muchísimo más que eso. Un tío que tuvo problemas con las drogas hace algo así como un siglo, y que hizo muchísimo daño a la gente de su entorno por ello, pero que te jura que lleva más de ocho años sin probar ni una cerveza, y del que tú misma pudiste comprobar que ni bebe ni tiene ninguno de los putos comportamientos de nuestros padres que tan traumatizada de tienen.

—Joder...

—Sí, Lily. *Joder*. ¿Sabes lo que veo? Veo a un tío que, conociéndote, tenía la hostia de motivos para mentirte, porque, en cuanto te contara la verdad, te perdería.

Sherry relajó el tono de la conversación para no convertir aquello en una amarga despedida, pero Lily no consiguió sacarse de la cabeza sus argumentos. ¿Era su propia personalidad, esos ideales tan firmes de los que

siempre había presumido, la razón por la que Dylan no se había atrevido nunca a contarle la verdad? Se recordó a sí misma diciéndole, cuando apenas llevaban juntos unos días, que odiaba a los adictos, a los ricos y a los mentirosos. ¿Había puesto ella las piedras en su propio camino a la felicidad junto a Dylan?

Lily y Sherry se despidieron entre besos y abrazos. Nunca habían sabido estar enfadadas demasiado tiempo, y aquella noche ni siquiera había un motivo real para que lo estuvieran. Prometieron verse pronto, aunque las dificultades económicas de ambas no lo pondrían fácil. Hasta entonces, siempre les quedaría el teléfono.

Y, cuando Lily se metió en la cama, una sola pregunta quedó flotando en su mente: ¿se habría lanzado como lo hizo a su relación con Dylan si él hubiera sido sincero desde el principio con respecto a su situación económica y, sobre todo, a sus problemas con el alcohol y las drogas? Si la respuesta era sí, él habría metido la pata de la peor forma posible y nada tendría solución. Si la respuesta era no, si Lily era capaz de reconocerse a sí misma que Dylan no había tenido más remedio que mentir, entonces quizá las culpas se repartieran al cincuenta por ciento.

Esa pregunta la acompañó durante el largo trayecto al aeropuerto, y también mientras el avión surcaba los cielos, e incluso cuando el *skyline* de Manhattan ya se divisaba en la distancia. Y no pudo mentirse a sí misma, porque ella odiaba las mentiras, incluso las autoinfligidas. Dylan no había tenido más remedio que ocultarle una gran parte de su pasado.

Y esa certeza no hizo más que llenar de dudas su corazón. Ya no sabía si había hecho lo correcto huyendo de él, no respondiendo siquiera a su e-mail. Tampoco sabía si sería demasiado tarde para intentar arreglar algo. Y, por encima de todo, no tenía ni la menor idea de si quería hacerlo. Lo único que tenía claro era que no lo había olvidado. Que no parecía que fuera a hacerlo jamás.

Merecéis saberlo

Dylan nunca recibió respuesta a aquel e-mail en el que se había dejado el alma. Tampoco esperaba otra cosa. No lo esperaba, racionalmente, pero... había conservado dentro una pizquita de fe en que ella, al menos, le enviara un acuse de recibo. Algo que indicara que lo había leído, que lo había incluso entendido, por más que supiera que el perdón nunca llegaría. Pero ni ese consuelo había tenido. Un e-mail enviado al aire. A la nada. Y un vacío que le hacía daño en el medio del pecho, en aquel lugar donde un día había estado su corazón latiendo solo por ella.

Pero tenía que reaccionar. Ya lo había hecho, en parte, después de aquellas tentaciones horribles que se le habían pasado por la cabeza, de la visita de Jackson y de la decisión de contarle a Lily su verdad. Solo faltaba un paso más, un paso que tenía que dar para empezar a plantearse ser la persona que quería. Lily ya conocía su secreto. No podía ser que Cole y Ben siguieran viviendo en la ignorancia.

Decidió esperar al siguiente jueves. Le gustaba aquella tradición de cenar todos juntos los jueves, en el apartamento de Jackson y Tiffany. Todos los demás cenaban de vez en cuando juntos, en un ático o en el otro, pero sin ninguna rutina establecida. Solo los jueves eran cita ineludible para todos, y solo algún viaje de trabajo imposible de cancelar podía servir como excusa para no estar presente.

El jueves llegó, y Dylan recorrió el trayecto en metro entre su estudio y el edificio de Park Avenue en un estado de nervios alarmante. Aunque contarle la verdad a Lily había sido durísimo, lo había hecho por escrito, pudiendo permitirse parar para respirar, para repensarse cada frase, para rumiar en silencio aquel exorcismo del dolor. Con sus hermanos sería una conversación cara a cara, y no sabía si estaba preparado para ello. Bueno... en realidad sabía que no lo estaba. Pero había que hacerlo. Ya tocaba.

Tiffany le abrió la puerta y lo abrazó. Su cuñada siempre era muy cariñosa con él, pero aquel día lo fue un poco más de la cuenta, y entonces Dylan supo que Jackson le habría contado lo que pensaba hacer aquella noche. No se había podido resistir a contárselo a su hermano mayor unos días antes, y él tampoco lo había hecho a la hora de ofrecerle todo su apoyo y asegurarle que era lo mejor que podía hacer.

—Pasa, anda. Ya están todos ahí.

—Vale —respondió él, con la cabeza algo gacha.

Cuando llegó al comedor, el ambiente era el mismo que cualquier otro jueves, y eso lo tranquilizó un poco. Cole presumía de la cena que acababa de preparar —*bruschetta* de tomate, *mozzarella* y albahaca, y pastel de carne y cebollas—, Ben bromeaba con todo, y solo una mirada de Jackson le indicó que aquella noche iba a ser diferente.

—A ver, Dylan, ¿has hecho entrar en razón a esa chica ya?

—¡Ben! —lo reprendió Tiffany.

—¿Aún no se pueden hacer bromas? —preguntó Cole—. ¿Cuánto va a durar el periodo de luto?

—Vosotros dos sois gilipollas —insistió Jackson.

Dylan no pudo evitar reírse, aunque le costó pasar la cena a través del nudo de nervios que tenía en la garganta. Jackson y Tiffany lo miraban, como preguntándole cuándo pensaba lanzarse a hablar. Y no hacían más que ponerlo todavía más histérico.

—Muy callado estás esta noche, ¿no? —le preguntó Cole, con un brillo de sospecha en la mirada.

—¿Eh?

—Ni siquiera has protestado por que Ben te esté incluyendo en todos los planes de empresa del próximo año.

—Ya.

Cole y Ben se encogieron de hombros, y compartieron una mirada que decía algo así como que lo dejaban por imposible. Le molestó el gesto, pese a que sabía que era broma, y decidió que había llegado el momento.

—Cole, ¿te importa servir el postre en el salón? Quiero hablar con vosotros de una cosa.

—¿Tengo pinta de ser yo ahora el camarero? Los platos con el postre están en la cocina. Que cada uno coja el suyo —protestó su hermano, que había preparado un bizcocho de zanahoria y vainilla cuyo aroma invadía toda la casa.

—Vamos.

Todos dieron un par de bocados al bizcocho mientras el silencio se cernía sobre el salón como una capa espesa que quizá solo Dylan percibía como tal.

—Tenemos que hablar.

—Joder, me estoy acojonando —dijo Ben—. ¿Qué es lo que pasa?

—Hay algo que llevo años queriendo contaros. —Suspiró hondo—. Vamos

allá. Todo esto se remonta a cuando vosotros erais aún muy críos, ¿vale? Es una historia... Joder, es complicada.

—Dale, Dylan —lo animó Jackson—. ¿Quieres que...?

—No. Tengo que contárselo yo. A ver... No sé si recordáis algo de cuando yo tenía... no sé... quince o dieciséis años.

—¿Algo de qué? —preguntó Ben.

—Yo sí me acuerdo —dijo Cole, que estaba de repente muy serio. Puede que ya empezara a olerse por dónde iban los tiros, aunque seguro que no era capaz de predecir el alcance de aquel secreto—. Estabas completamente descontrolado.

—Bueno... algo así. Quizá al principio no tanto, pero... sí. Se me fueron las cosas un poco de las manos. *Bastante* de las manos.

—Recuerdo que yo mantenía a Jackson informado cuando estaba en UCLA.

—¿Te chivabas, Cole? No me lo puedo creer.

—No es tema de broma, Ben —advirtió Jackson, y su hermano menor se quedó callado. Y algo asustado.

—Ni Jackson ni Cole pudieron hacer más de lo que hicieron. Sí, Cole informaba a Jackson de los pasos que iba dando, que no eran exactamente una buena idea ninguno. Primero, que había empezado a fumar. Después, que estaba bebiendo algo más que un par de cervezas los sábados con mis colegas.

—Y, al final, que estaba acojonado porque no pegabas ojo en toda la noche, estabas irascible y no tenía ni puta idea de qué provocaba todo aquello.

—Tenías quince años, Cole. Miedo me daría que hubieras sabido lo que me pasaba.

—Ya.

—Creo... —Ben miraba a un lugar y a otro, sin saber muy bien qué decir—. Perdonad, pero creo que no me estoy enterando muy bien de lo que intentáis decir.

—Yo... me enganché bastante a... a varias cosas.

—¿Drogas? —preguntó el más pequeño de los hermanos.

—Alcohol, tabaco, marihuana, cocaína... No sé si había algo más, pero todo eso... sí.

—¿Por eso te pasaste meses viviendo en la cabaña del jardín? Nunca... nunca entendí aquello, y Cole no quería explicármelo.

—Cole... —Dylan miró a su hermano y se le llenaron los ojos de lágrimas—. Cole me salvó la vida.

—¿Y ahora... estás bien?

—Sí. Hace años, Ben. Te lo juro. Bueno, os lo juro a todos. Desde el momento en que entré en aquella cabaña del jardín, no he vuelto a probar ni una gota de alcohol ni, por supuesto, ninguna otra droga.

—Vaya, es... A ver, alguna vez me he preguntado por qué no bebías nunca, pero... yo qué sé. Estoy... perdonad. Estoy flipando.

—No es eso lo que ha venido a contarnos. —La voz de Cole los sorprendió a todos. Quizá a Dylan al que menos, pues sabía que Cole esperaba esa conversación desde hacía tiempo. Y eso solo podía significar que tenía unas sospechas muy firmes.

—No. No lo es.

—Joder, ¿qué pasa?

—Tiene que ver... con lo que le ocurrió a Jackson.

—¿Jackson también estaba enganchado? —preguntó Ben, y a sus hermanos les pareció, por un momento, que volvía a ser aquel niño pequeño que siempre lo fue más en espíritu que en la diferencia de edad real.

—No, Ben. No lo estaba —intervino el mayor de ellos. Aunque parecía el más tranquilo de los cuatro, Tiffany sufría su agarre fuerte y tenso en la mano.

—Jackson nunca tuvo nada que ver con la droga por la que lo detuvieron. Era mía, y él fue a la cárcel porque no pensaba que yo pudiera sobrevivir allí dentro.

Ya estaba. Ya lo había dicho. Y todos tuvieron un buen rato para digerir en silencio aquellas palabras. Jackson, escuchando una realidad que le recordaba a aquellos siete años que nunca dejarían de dolerle. Dylan, destrozado, como lo estaría siempre que rememorara aquello que había hecho. Cole, asintiendo en silencio, como si las piezas de un rompecabezas que solo había estado hasta entonces en su cabeza hubieran encajado al fin. Y Ben... conmocionado. Ninguna otra palabra podía definir mejor su estado.

—Ben, ¿te encuentras bien? —se atrevió a preguntarle Tiffany, que no dejaba de observar las reacciones de unos y otros.

—¿Dejaste que Jackson fuera a la cárcel en tu lugar? —El hueso que palpitaba en la mandíbula de Ben era visible para todos.

—No, Ben —fue Jackson quien respondió—. Fui yo el que tomó la decisión. Me pareció lo mejor en aquel momento y... la verdad es que no me arrepiento de lo que hice. Dylan ni siquiera sabía que podían caerme más de seis meses de condena.

—¿Por qué? ¿Es gilipollas o qué le pasa? —Ben intentaba hablar con Jackson, pero la mirada llena de ira se le escapaba constantemente a Dylan—.

Hasta yo, que tenía quince años, sabía que te ibas a pasar media vida en la cárcel. Hasta acabamos celebrando que solo fueran ocho años.

—Sí, pero él no lo sabía —volvió a responder Jackson, mientras Dylan permanecía en un silencio que ni se atrevía a romper—. Yo lo engañé, él estaba en un estado en el que era incapaz de discernir demasiado bien la realidad, y todo el tiempo que pasé en libertad condicional preparando el juicio él se lo pasó encerrado en la cabaña del jardín desintoxicándose de sus adicciones.

—Me da igual. —Ben dirigió su mirada a Dylan, y había fuego en sus pupilas—. ¿Y cuando te recuperaste? Cuando viste que a tu hermano lo metían en la cárcel y que lo había hecho para salvarte el puto culo... ¿no te planteaste decir la verdad?

—Yo... —Dylan no sabía qué decir. No porque no tuviera claras las respuestas, sino porque cualquier cosa que dijera iba a sonar a excusa, y él entendía el enfado de su hermano pequeño. Sintiera lo que sintiera Ben, jamás lo odiaría tanto como él había llegado a odiarse a sí mismo—. Quise hacerlo, pero se unieron varios factores. Por una parte, que durante bastante tiempo los dos tendríamos que estar en la cárcel. Yo, si confesaba que la droga era mía; y Jackson por encubrirme, por mentir y todo eso. Y vosotros erais unos críos que ni habíais cumplido la mayoría de edad, con un padre que no se había preocupado de vosotros nunca. Y, además, Jackson se volvió ilocalizable. Se cambió el apellido en la cárcel y dio orden a su abogado de no proporcionarnos jamás ninguna información sobre él. Lo demás ya lo sabéis: rechazó nuestras llamadas, nuestras cartas y nuestras visitas.

—¿Y dejaste que pensáramos que Jackson, nuestro puto hermano mayor, era un traficante de drogas que no quería volver a saber nada de nosotros?

—Ben, yo...

—¡No me hables! —Ben salió a grandes zancadas del salón del ático de Jackson y Tiffany, de camino a su propio piso. Jackson se levantó para ir detrás de él, pero Ben se volvió, con el gesto más firme que sus hermanos le habían visto nunca—. ¡Y a ti ni se te ocurra seguirme! Quiero estar solo.

El eco de sus pisadas pareció resonar durante minutos en el silencio que siguió a su marcha. Dylan tenía la cabeza gacha; sabía que iba a ser duro, pero nada era comparable a experimentarlo en carne propia. A Jackson se lo comían los demonios, deseoso de arreglar las cosas cuanto antes. Desde que había salido de la cárcel, no soportaba perder el tiempo con nada negativo. Quería aprovechar cada día al máximo. Solo Tiffany era capaz de calmarlo. Y

Cole había asumido el rictus serio que solía acompañarlo cuando no conspiraba con Ben para bromear, el mismo que siempre mantenía en el trabajo.

—Volverá —dijo, al fin—. Necesita dar un par de patadas a las paredes, llorar en silencio un rato... y, entonces, ya podrá volver.

—¿Y tú? ¿Qué necesitas? —le preguntó Tiffany. Cole era simpático, hablador... pero a ratos tan frío que su cuñada nunca sabía muy bien a qué atenerse con él.

—Yo necesitaba que lo escupierais de una puta vez. Nunca me planteé que la historia fuera tan compleja, pero imaginaba algo parecido.

—¿En serio? —preguntó Jackson.

—¡Venga ya! Tú acabas en la cárcel por un tema de drogas y, justo al mismo tiempo, Dylan tiene que desintoxicarse de problemas con las drogas. A ti nunca te había visto beber más de dos copas en alguna fiesta de fin de curso, y él estaba todo el día como unas maracas. Estaba claro que algo raro ocurría. Lo que no imaginaba era tener que esperar casi diez años para enterarme de la verdad.

—Lo siento —dijo Dylan.

—¿El qué?

—Lo que hice. Lo que Jackson hizo por mí.

—Pues no lo sientas. —Todos levantaron la mirada y la dirigieron a él—. Pídemelo perdón si quieres por no haber tenido los huevos de contármelo antes, pero aquello... qué cojones, lo hicisteis lo mejor que supisteis.

—¿Piensas eso en serio? —Dylan no se podía creer las palabras de su hermano. No se podía creer que alguien en su sano juicio —y Cole era la persona más en su sano juicio que había conocido jamás— entendiera aquella traición.

—Yo te vi en aquella cabaña, Dylan. Estabas destruido. Estoy de acuerdo con Jackson en que no habrías sobrevivido en la cárcel. Vamos... ni de coña. Jackson se sacrificó porque tiene los cojones de acero, pero creo que los demás también lo habríamos hecho. Es más... estoy seguro de que, si el caso se hubiera dado al contrario, tú te habrías presentado voluntario el primero para salvarnos el culo a cualquiera de nosotros.

No hizo falta que nadie dijera nada más. Las palabras de Cole calaron en Dylan como pocas cosas lo habían hecho en su vida. Ya hacía tiempo que había asumido que la culpabilidad sería una compañera de viaje que siempre estaría ahí, con la que, simplemente, tenía que aprender a vivir. Pero pensar

que él también podría haber hecho algo así por cualquiera de sus hermanos, en cierto modo, lo consoló. Porque no quería ponerse ninguna medalla, y nunca lo diría en alto, pero sabía muy bien que sí, que Cole tenía razón, que él habría sido el primero en hacer por ellos lo mismo que había hecho Jackson por él.

Tiffany se levantó a servir unos cafés, aunque se aseguró de usar descafeinado; no estaba la cosa para añadir más nervios de forma artificial. No habían terminado aún sus tazas cuando escucharon abrirse la puerta de entrada. Ben entró con la cabeza gacha y, cuando la levantó, todos se fijaron en sus ojos enrojecidos, aunque ninguno se atrevió a comentarlo.

—¿Tú lo has perdonado? —Ben ni siquiera saludó. Se dirigió a Jackson, sin mirar siquiera al resto de sus hermanos.

—¿Qué? —Jackson se vio tan sorprendido que casi ni entendió la pregunta.

—Que si tú has perdonado a Dylan.

—Yo no tengo nada que perdonarle. La decisión fue mía, ya te lo he dicho. En cualquier caso... todo lo que teníamos que hablar él y yo ya lo hablamos cuando salí de la cárcel.

—¿Por eso te marchaste? —Al fin Ben miró a Dylan a la cara, y su hermano tuvo que hacer un verdadero esfuerzo para no apartar la mirada.

—Me marché porque no podía soportar vivir una vida que no me había ganado.

—Vamos, Dylan... —intervino Cole—. Ninguno nos hemos ganado lo que tenemos. Somos «ricos herederos», como se encarga de decir siempre la prensa, ¿recuerdas?

—Yo no solo heredé el dinero y las empresas de nuestros padres. También del sacrificio que había hecho Jackson. Por eso... necesité alejarme un tiempo. Para perdonarme a mí mismo y para demostrarme que podía ganarme la vida solo.

—¿Y lo has conseguido?

—Me he ganado la vida más o menos bien, supongo.

—No hablaba de eso —lo corrigió Ben—. ¿Te has perdonado?

—No lo sé.

—Pues... si para perdonarte a ti mismo necesitas que nosotros te perdonemos...

—¿Sí? —El tono de Dylan durante aquel silencio eterno de su hermano era una súplica que mantenía expectantes a todos los demás convidados de piedra de aquel salón.

—Por mí no va a haber problema. Yo no soy nadie para guardarte rencor si ellos —señaló a los otros dos hermanos— no lo hacen.

—Gracias. —Dylan apenas fue capaz de pronunciar la palabra, porque lo que antes habían sido nervios atravesados en su garganta se habían convertido de repente en emoción.

La tensión se había hecho con el ambiente, y ninguno de los hermanos parecía dispuesto a moverse. Dylan había asumido un buen rato antes que esa noche no volvería a su apartamento; se quedaría en el ático de Ben y Cole, donde su habitación se conservaba casi intacta desde que se había marchado de ella un año y medio antes.

—Voy a poner un poco de música, ¿vale? —Tiffany llevaba muy mal aquellos silencios tensos, sobre todo porque estaba acostumbrada, desde el primer día que los había conocido, a que la vida entre los Crawford estuviera llena de bromas, burlas, conversaciones sin fin y un cariño infinito.

—Sí.

Solo Jackson le respondió, y ella eligió entre los diferentes CDs que conservaban de otra época en un mueble del salón. Escogió uno de Nirvana, que sabía que les gustaba a todos, y los acordes de la guitarra de Kurt Cobain llenó un poco las grietas que la tensión había abierto.

—Dylan, creo que deberías contarlo todo, cariño. —Tiffany decidió tomar las riendas de aquello. Ante sus palabras, los cuatro chicos Crawford levantaron la mirada, alarmados. No estaban los corazones para aguantar muchos más sobresaltos.

—¿Qué?

—No les has contado lo que pasó en Newport.

—Tiff... —Jackson la miró con un tono a medio camino entre la burla y la advertencia.

—Qué cabrona. —A Dylan, quizá porque la tensión se le había hecho un nudo dentro, se le escapó toda en forma de carcajadas.

—¿Qué pasa? —preguntó Cole.

—Tu hermano y tu cuñada —Jackson decidió seguir con el tono burlón; todos lo necesitaban—, que fueron algo así como novios mientras yo me pudría en la cárcel.

—¿¿Cómo?? —preguntaron al unísono los dos menores. Podía haber cosas en toda aquella historia que se imaginaran, pero aquello, desde luego, no entraba en el guion.

—Me la ligué. —Dylan les guiñó un ojo, con su clásica autoestima y su

carácter burlón recuperados, al menos en apariencia.

—Dime que no os habéis acostado —suplicó Cole, cerrando los ojos mientras apoyaba la cabeza en el respaldo de su sillón.

—Ni siquiera nos dimos un beso en condiciones —recordó Tiffany.

—Pero ¿cómo? —preguntó Ben.

—Un cúmulo de casualidades extraño que llevó a que Tiffany, cuando ya estaba liada con...

—No estaba *liada*, gilipollas —protestó Jackson—. Estábamos enamorados.

—Bueno, eso... Que ya estaba con Jackson, pero visitaba de vez en cuando a sus padres en Newport y nos conocimos allí. Así que acabamos saliendo.

—¿Saliste con ella, pero no os enrollasteis? —Cole no daba crédito—. ¿Qué coño te ha pasado, tío? ¿No te queda ni un solo gen Crawford?

—¿Recuerdas que sigo aquí, imbécil? —Tiffany le dio una colleja a Cole, y él protestó.

—Competía contra un rival fuerte. —Jackson cogió a Tiffany por la cintura, y ella soltó un gritito cuando la atrajo hacia él.

—Demostraciones públicas de afecto, no, por favor —protestó Cole.

—¿Os dais cuenta de que los periódicos sensacionalistas podrían dedicar una serie semanal a esta familia? —Ben se partía de risa, y ya no parecía siquiera la misma persona que había abandonado el ático, destrozado, apenas una hora antes.

—*Los Crawford: drogas, cárcel e intercambios de pareja*, mañana, en el *New York Post* —bromeó Cole.

—No me hables del *New York Post*, que aún tengo pesadillas con aquel artículo. —A Dylan se le torció la sonrisa en una mueca, porque, aunque sabía que la culpa de su ruptura con Lily no había sido del periódico, sino suya por no decir la verdad, no olvidaba el dolor que había sufrido aquella tarde en Bryant Park que le sonaba ahora tan lejana.

—Ah, bueno, y creo que, para completar la serie... —Jackson preparó la puntilla final. Dylan se lo leyó en los ojos, y se echó a reír, resignado, antes incluso de escucharlo—. Deberíais saber que vuestro hermano Dylan, aquí presente, le pidió matrimonio a Tiffany.

—¡¡¿Quéééééé??!!

—Pero, afortunadamente —Jackson impuso su voz—, ella supo elegir al hermano correcto.

El salón se convirtió en un barullo de risas, preguntas al aire y burlas. Por

suerte, no tenían demasiados vecinos, porque habrían alucinado aquella noche que había empezado con gritos y reproches, y que acababa con un ambiente familiar que a Tiffany la hizo sentir que, sacando a relucir aquella anécdota, había conseguido su objetivo. Y sí, Jackson tenía razón, ella había elegido al hermano correcto... al menos, al que era perfecto para ella. Su auténtica media naranja. Pero no tenía ninguna duda de que las mujeres que decidieran compartir sus vidas con Dylan, Cole y Ben serían tan afortunadas como ella.

Tiffany nunca había tenido demasiado sentimiento de pertenencia a una familia; era hija única y no se sentía muy querida por sus padres. Pero, desde que había entrado por la puerta grande en los Crawford, no le cabía ninguna duda de que allí había encontrado una familia. Y, por eso, sentía que tenía que hacer algo. Cole y Ben no habían mostrado nunca especial interés en buscar el amor, pero Dylan... Dylan había encontrado a la chica perfecta, y ella pensaba poner todo de su parte para conseguir que ambos se sintieran tan plenos como lo estaba ella cada noche, cuando las luces se apagaban y todo lo que quedaba eran Jackson y ella.

Cuando un Crawford entra en tu corazón...

Lily tardó una semana en pasarse por su antiguo cuarto en la residencia de estudiantes para recoger las cajas que había dejado allí. Los primeros días del regreso a Nueva York habían sido intensos, con la incorporación al trabajo y la vida en aquel nuevo piso, que no se parecía demasiado a lo que reflejaba el anuncio a través del cual lo había alquilado. Y eso que en el anuncio ya no parecía ninguna maravilla...

El estudio se encontraba en Washington Heights, tan al norte de Manhattan que todos los desplazamientos en metro le llevaban horas, pero eso ya lo sabía antes de alquilarlo. Lo que no esperaba era la ducha de la que apenas caían unas gotas de agua, el fregadero que perdía agua, las paredes cuyo color solo podría definirse como «sucio» y unos vecinos extremadamente ruidosos que habían convertido dormir en una tarea titánica.

Por suerte, el trabajo en la clínica veterinaria se lo compensaba todo. Había aprendido más entre las paredes de aquel lugar que en cinco años en la universidad. Desde que los veterinarios responsables se habían enterado de que aquella chica tan joven que siempre les llevaba los perros y gatos de la asociación con la que colaboraba era también estudiante de Veterinaria, la habían dejado participar en intervenciones sencillas y le pedían opinión para establecer las medicaciones y tratamientos. Parecía un camino en línea recta que acabara trabajando allí.

Lily había firmado un contrato de nueve horas diarias. Ocho, las dedicaba a trabajar para los clientes, casi todos ellos muy ricos, que confiaban en la clínica para dar los mejores cuidados a sus mascotas. La novena hora era de trabajo voluntario, para hacerse ella misma cargo de aquellos animales abandonados a los que tan bien conocía. Aunque, en realidad, su trabajo altruista en el centro le ocupaba muchas más horas de las que decía su contrato. Con un piso vacío y medio ruinoso, y un corazón en exactamente el mismo estado, Lily era más feliz trabajando que en casa. Prefería no sacar demasiadas conclusiones sobre esa realidad.

Entrar de nuevo en la residencia de estudiantes le produjo una ola de nostalgia. Había vivido allí cinco años, los primeros en un cuarto compartido con otras tres chicas, y los dos últimos solo con Alison. Allí se había hecho mayor, se había liberado de todas las cargas emocionales que traía de su vida

en California, había podido estudiar la profesión con la que soñaba desde niña y... se había enamorado. Los últimos recuerdos de aquel cuarto estaban unidos a noches de insomnio por Dylan, primero por un amor que hacía que el corazón le palpitara tan fuerte que no la dejaba dormir, y después por una separación que empezaba a asumir, pero de la que estaba aún lejos de recuperarse.

—¡Estás fantástica, Lily! —Alison la recibió con un abrazo y su efusividad habitual.

—Gracias. ¡Tú también! ¿Qué tal va todo por aquí?

—Como siempre. Aburrido por el día, divertido por la noche. Nada nuevo.

—He venido a llevarme las cajas. Al fin tengo un apartamento, si es que se le puede llamar así al agujero que he conseguido alquilar.

—Bueno, ahora que eres una flamante veterinaria, pronto podrás alquilar algo mejor.

—Sí, seguro...

Lily supo que el viaje de regreso a su apartamento, aunque no demasiado largo desde Columbia, sería complicado con aquellas dos cajas, pero se armó de paciencia para emprenderlo. Ya estaba casi en la puerta, a punto de despedirse de Alison, cuando su amiga le dijo algo que le paralizó la respiración.

—He estado dudando si decírtelo o no desde hace días, pero... —Lily le dirigió una mirada interrogante, y le hizo un gesto con la mano para animarla a seguir hablando—. Dylan vino a verte mientras estabas en Kentucky.

—¿Qué?

—A ver, Lily, yo... No sé. Lo vi destrozado, tía. No lo conozco de nada, pero estoy segura de que vino aquí respondiendo a un impulso. Esperaba encontrarte y se quedó hecho polvo cuando supo que te habías marchado.

—Pero... no me ha llamado ni... ni nada.

—Me dijo que estaba por la zona y había decidido subir a verte. Y me pidió que no te dijera nada. Creo... creo que se arrepintió de haber venido. No porque no te quiera. —Alison levantó una mano para hacer callar a Lily, que ya tenía todo un argumento preparado para responder—. Más bien... me dijo que respetaba tu decisión, pero que por momentos se le hacía difícil. Y que ese había sido uno de esos momentos.

—¿Y qué más te dijo? —A Lily la curiosidad ya le había vencido a todos los demás sentimientos.

—Poco más. Se marchó con la cabeza gacha y no ha vuelto por aquí.

—Ya.

Lily se marchó precipitadamente, dejando a Alison con un montón de interrogantes en la cabeza. Pero es que necesitaba salir de allí cuanto antes. Lo habría hecho corriendo, huyendo de sus recuerdos y de la melancolía por aquel amor perdido, si no hubiera sido por las dos cajas que tenía que transportar.

No recuperó del todo el aliento hasta que se vio en la seguridad de su apartamento. Abandonó las cajas donde buenamente pudo y se tiró en el mugriento sofá, sin importarle ya si habría chinches habitándolo. Se llevó las manos a la cabeza, y no paró de darles vueltas a los tiempos de su relación con Dylan. Se había llevado mal con él, como compañero de trabajo, durante casi tanto tiempo como había durado su posterior relación. Y ahora habían pasado prácticamente los mismos meses separados que habían estado antes juntos, pero... el olvido no llegaba. Había una vieja teoría que decía que se tarda en olvidar un amor la mitad del tiempo que duró. Si hubiera algo de verdad en ello, haría ya tiempo que Lily habría dejado de sufrir de la manera en que lo hacía.

Pasó un par de días trabajando sin cesar, ahuyentando como pudo las dudas que todavía le provocaban los motivos de la ruptura. Era como retroceder en el tiempo. Aquello que había tenido tan claro, tan cristalino... La imposibilidad de su relación con Dylan, después de descubrir todas sus realidades... de repente, parecía haber quedado en un segundo plano, eclipsada por los sentimientos desgarradores que aún albergaba su corazón. Lo lógico sería que, en la misma medida en que el rencor se había atenuado, también lo hiciera el amor. Pero no había lógica en aquella pasión desbordada, en aquella necesidad de sentirlo de nuevo.

Alguna vez se le pasó por la cabeza en aquellos días retomar el contacto con él, pero le daba pavor. Ni siquiera tenía claro al cien por cien que hubiera una segunda oportunidad para ellos y, además, le daba pánico que Dylan hubiera pasado página y ella fuera la única que se había quedado anclada en un pasado que era más lejano cada día que pasaba. Al fin y al cabo, sí, había ido a buscarla a su antigua residencia, pero no la había llamado, ni le había mandado un mensaje, más allá de aquel e-mail al que, por igualar un poco las culpas, ella tampoco había respondido.

Estaba hecha un lío cuando recibió un *whatsapp* que no hizo nada por tranquilizarla. En realidad, puede que aquel fuera el mensaje más raro que había recibido en toda su vida. No tenía almacenado en su agenda el teléfono

del que procedía, pero había oído hablar bastante de la remitente. Y Lily no tuvo estómago para ignorar aquel mensaje, dejarlo sin responder o borrarlo sin más. Por una parte, porque eso no era propio de ella; y por otra... porque, con todos los pensamientos que habían ocupado su mente la última semana, casi le pareció que el mensaje era una señal.

Cuando Lily abrió la puerta de su apartamento para recibir a Tiffany, se dio cuenta de que no se había puesto lo suficientemente nerviosa. Si hubiera tenido la menor idea del aspecto que tenía aquella extraña que se había puesto en contacto con ella el día anterior, se habría esforzado por arreglarse un poco más, aunque ni siquiera se le había pasado por la cabeza que fuera necesario. Pero, claro, ella no conocía a Tiffany.

Tiffany subió las dos plantas del edificio de Lily haciendo repiquetear sus tacones de aguja sobre las viejas escaleras de terrazo. Sabía que, si Dylan se enteraba de sus planes, era probable que la matara; solo Jackson estaba al tanto de ello, y se había pasado días intentando disuadirla de su idea de meter las narices donde nadie la había llamado, con el objetivo de que el amor triunfara. Solo podía cruzar los dedos con la esperanza de que todo saliera bien.

Tiff vestía un traje de chaqueta de color blanco, con una torera muy ajustada y una falda tan corta que solo podía dar gracias por que nadie hubiera subido las escaleras detrás de ella, o habría tenido unas vistas privilegiadas de su trasero. Llevaba un bolso que le había regalado Jackson por su último cumpleaños, en color rosa fucsia, a juego con los zapatos y con el pintalabios que había elegido aquel día. Después de los meses que había pasado el año anterior trabajando en la cárcel de Westmoore Fields, no pensaba volver a renunciar a su estilo de vestir, que podía ser algo extravagante, pero era sobre todo suyo.

Lily no supo si saludarla con dos besos, dándole la mano o quizá un abrazo breve. Tiffany tampoco parecía tenerlo muy claro, así que ambas se quedaron a medio camino en un saludo incómodo con la mano.

—Pasa, por favor. —Lily le señaló el exiguo espacio de su apartamento con un gesto de su mano, aunque por dentro se avergonzó un poco de aquel lugar. Tiffany no parecía siquiera haber estado en Washington Heights en toda su vida antes de aquel día.

—Muchas gracias por recibirme, Lily. —Tiffany se sentó en el sofá, alisando las arrugas de su falda con un gesto elegante de su mano—. Supongo que te sorprendería recibir mi mensaje ayer.

—Pues... Sí, bastante, la verdad.

—No sé qué cable se me cruzó para robarle tu móvil a Dylan de su agenda... —A Tiffany se le escapó una risita nerviosa, que, paradójicamente, tranquilizó un poco a Lily—. Pero es que... creo que podía ayudaros.

—Pero si ni siquiera nos conoces... Como pareja, quiero decir.

—Ya lo sé. Pero te conozco a través de lo que Dylan me ha contado de ti. Aunque él ha sido siempre muy discreto, de ti nos ha hablado mucho.

—¿De verdad?

—Claro que sí. ¿Lo dudas?

—No lo sé. A mí nunca me habló de su vida pasada, no tenía por qué haberos hablado a vosotros de la que tenía conmigo.

—No me puedo creer que Dylan se pasara todos esos meses sin mencionar a sus hermanos...

—No, no. Sí que los ha mencionado. Y a ti también. Me contó muchas cosas sobre vosotros, e incluso conocí a Jackson, que... es tu marido, ¿no?

—Sí. —A Tiffany se le dibujó una enorme sonrisa de oreja a oreja. Llevaba ya más de un año casada, pero nunca se cansaba de presumir de marido.

—El caso es que me contó que existíais y estoy segura de que fue sincero en cuanto a sus sentimientos por vosotros y todo eso, pero... —Lily dudó, pero entonces recordó lo enfadada que aún seguía una parte de ella por todo lo que Dylan le había ocultado—. Supongo que obvió la parte en que me contaba que era un multimillonario con problemas de drogas.

—Metió la pata, Lily. Hasta el fondo —reconoció Tiffany.

—¿Sabes? Yo entiendo perfectamente que lo defiendas. Es tu cuñado, y lo quieres. Pero... a mí me ha hecho muchísimo daño, y no creo que esta conversación...

—No hagas eso, Lily. —Tiffany le habló en tono duro, y a ella empezó a hervirle la sangre—. No *te* hagas esto.

—¿Perdona?

—No estoy aquí para interceder por Dylan por que lo quiera y sepa que está sufriendo, aunque, por otra parte, eso es verdad.

—Entonces, ¿por qué?

—Lo hago por los dos. Él está destrozado, pero estoy segura de que tú también.

—Tú no puedes saber eso. —La hostilidad de Lily empezaba a debilitarse, porque encontraba mucha verdad, y mucha empatía, en las palabras de Tiffany.

—Pero no me equivoco, ¿verdad? —Tiffany se movió en el sofá, y se acercó más a Lily, hasta que superó el pudor y se atrevió a cogerle la mano—. ¿Tú lo has olvidado?

—No.

La voz de Lily fue un susurro. Porque claro que no había olvidado a Dylan. Eso ni siquiera era una posibilidad para ella en aquel momento. Y Tiffany parecía haberlo entendido mejor que ella misma, a pesar de conocerla desde hacía solo unos minutos.

—¿Y piensas hacer algo?

—¿Yo? ¿No crees que debería hacerlo él, Tiffany? —Lily le hablaba ya en confianza.

—Él te mandó un e-mail, ¿no?

—Sí. Y, por si no te has enterado, también fue a visitarme a mi antigua residencia de estudiantes.

—Ah, pues eso no lo sabía. Aún se me escapan algunas cosas del radar.

Se sonrieron, y en aquel momento Lily se dio cuenta de que ni siquiera le había ofrecido algo de beber. Preparó una jarra grande de té verde con limón y menta, e intercambiaron algunos comentarios superficiales para restarle algo de intensidad a la tarde. Lily también sacó unos dulces que se había traído de Kentucky, y le explicó a Tiffany algunas características de su dieta vegetariana.

—Lo vas a pasar realmente mal en las cenas de los jueves. Los chicos a veces parecen competir por ver quién come más proteína.

—Ya.

—Aún crees que no vas a darle otra oportunidad a Dylan, ¿no?

—Tiffany, yo...

—¿Sabes, Lily? Yo te entiendo. Te entiendo mejor de lo que te puede entender nadie en todo el mundo. En serio. —Tiffany quiso dar una especial firmeza a sus palabras, porque Lily estaba poniendo cara de incredulidad—. Yo viví el otro lado de esa mentira. Yo tuve una relación de meses con un preso de una cárcel de máxima seguridad, que me aseguraba que había cometido errores en su adolescencia y que merecía la pena que estaba cumpliendo. Tardé muchísimo tiempo en descubrir que, en realidad, Jackson era inocente y Dylan, culpable.

—Ya, Tiffany, pero... no es lo mismo descubrir un lado de la historia que el otro. Tú creías estar enamorada de un chico malo y descubriste que era un chico bueno. Final feliz y cuento de hadas —Lily habló con el rencor

convertido en sarcasmo acumulado—. Yo, en cambio, creía estar enamorada del chico bueno y...

—Dylan no es malo.

—No he dicho que...

—Lily, ¿puedo hacerte una pregunta muy personal?

—¿No es *muy personal* todo lo que estamos hablando? —Las dos sonrieron.

—La verdad es que sí. La pregunta... ¿Tú estás enfadada con Dylan por la mentira o porque fue un *chico malo* en el pasado?

—Por la mentira —afirmó Lily, aunque, en cuanto las palabras abandonaron su boca, empezó a dudar de su veracidad.

—¿Segura?

—No lo sé.

—Si estás enfadada con él solo por la mentira, no hay ninguna diferencia entre lo que Jackson me hizo a mí y lo que Dylan te ha hecho a ti. Incluso... incluso podría ser peor lo de Jackson, teniendo en cuenta que no tenía una razón real para mentirme. Dylan, al final, te mintió por pánico a que lo dejaras. Su historia era considerablemente más difícil de contar que la de Jackson.

—Puede ser.

—No, no puede ser. Es. Pero si, en cambio, estás enfadada por lo que hizo...

—Fue horrible, Tiffany.

—¿Crees que no lo sé? Estoy enamorada del hombre que pagó la condena en su lugar.

—¿Y cómo puede mirarlo a la cara?

—Queriéndolo, Lily. ¿Sabes lo primero que me preguntó Jackson cuando llevaba siete años y medio pudriéndose en la cárcel *por culpa* de Dylan?

—¿Qué?

—Si Dylan estaba bien, si había salido de sus adicciones. Jackson no le guarda rencor a su hermano, Lily, nunca lo ha hecho. Él tomó la decisión que consideró mejor para su familia y la única persona de todo su entorno que no le ha perdonado a Dylan lo que hizo es el propio Dylan. Y tú, al parecer.

—Yo...

—Te voy a decir una cosa y ya te dejo en paz. Si no le has perdonado a Dylan lo que hizo, si no confías en que haya dejado por completo el alcohol y las drogas... mejor mantente alejada de él.

—¿Estás utilizando psicología inversa conmigo? —Aunque sus palabras fueron duras, Lily sonrió—. ¿Crees que prohibiéndome acercarme a él vas a conseguir que me eche en sus brazos?

—No, Lily. No soy tan maquiavélica, ni somos unas crías ni tengo el menor interés en que Dylan y tú estéis juntos si no es lo mejor para los dos. Y tengo muy claro que tener una novia que no confía en él en lo referente a sus adicciones sería lo peor que le podría pasar a Dylan. Y lo quiero demasiado para que alguien lo haga sentir más culpable por lo que hizo.

—Supongo que Dylan no os lo ha contado, pero mis padres son dos adictos graves, y yo...

—Dios mío, lo siento mucho.

—Sí, bueno, eso es agua pasada. Pero pensaba que ese miedo a una recaída sería algo por lo que no tendría que volver a pasar en toda mi vida.

—Si te sirve de algo mi palabra, solo puedo asegurarte que jamás he visto a Dylan beber ni tomar nada... ni siquiera tener tentaciones de hacerlo.

—Lo cierto es que yo tampoco.

—Voy a marcharme. —Tiffany se puso en pie de repente—. Si he hecho bien las cosas, creo que tienes mucho en lo que pensar.

—Si soy sincera... no he dejado de pensar en ello en estas semanas.

—Ya me imagino.

—Tiffany, yo... —Lily se mordió el labio, nerviosa. Estaban en la puerta, con la cuñada de Dylan ya a punto de marcharse—. Gracias por esto.

—He sido un poco tocapelotas, ¿no?

—No. Viniendo aquí has demostrado querer mucho a alguien... a alguien a quien yo también quiero mucho.

—Pues voy a decirte algo. —Tiffany posó una de sus manos sobre el hombro de Lily, y le dedicó una sonrisa radiante—. Cuando uno de esos chicos Crawford se te cuele en el corazón... es imposible hacerlo salir. Así que deja de sufrir y escúchalo. Escucha a tu corazón.

Y Lily supo con aquella frase que quizá ella no había perdonado aún a Dylan, pero... su corazón sí lo había hecho.

Para siempre

Dylan llevaba unas cuantas semanas de asueto. Sabía que debía tomar algunas decisiones profesionales importantes, y tenía bastante claro por dónde irían los tiros, pero todavía no se había decidido a ponerse manos a la obra. Así que, para pasar el tiempo y alejar las tentaciones de volver a presentarse, como un trastornado nostálgico, en donde quiera que pudiera encontrar a Lily, se dedicó a hacer deporte. Empezó a correr, a montar en bici, jugándose el pellejo en medio de los atascos de la ciudad, y se reenganchó a un equipo de baloncesto que habían montado años atrás varios directivos de Wall Street y en el que él había jugado un par de temporadas.

Sus hermanos se reían cuando lo veían reacio a reincorporarse a la empresa, pues pasaba más tiempo en la zona financiera que ellos. Bueno, salvo Cole, claro, que parecía vivir en las oficinas de Crawford Inc. Pero era cierto que Dylan pasaba cada vez más horas allí. Entre los entrenamientos con el equipo de baloncesto, las visitas a sus hermanos para comer y las mil veces en que Tiffany lo arrastraba a echarle una mano en la Fundación en la que colaboraban ya ambos... casi parecía que no hubiera pasado el tiempo y volviera a ser aquel tío que se ponía el traje de tres piezas por la mañana y no regresaba a casa hasta que las luces del atardecer teñían Manhattan de azul oscuro.

Pero había una gran diferencia entre aquel Dylan y el actual. Se había deshecho de aquella sensación de no ser capaz de conseguir nada por sí mismo, de haber recibido todo heredado de la nada. Había trabajado duro durante un año y, aunque era una situación que sabía que no podía compararse al de la mayoría de personas de su edad, pues siempre tendría una red de seguridad en sus hermanos si le hiciera falta, al menos había sabido lo que era tener que limpiar cafeteras hirviendo, mesas llenas de porquería y fregar suelos. Nada fuera de lo común, evidentemente, pero muy lejos de lo que él o sus hermanos habían hecho en toda su vida.

Y había sido un año de aprendizaje. Dylan había aprendido más cosas de la vida que en los veintisiete años anteriores. Había aprendido que su pasado era vergonzoso, pero que no tenía por qué ocultárselo a la gente que le importaba de verdad. No pensaba ir por la vida contando que un día había sido un adicto y el destrozo que eso había causado en su entorno, pero

tampoco tenía intención de volver a mentir a gente a la que quería, ni sobre eso ni sobre sus orígenes.

Había perdido a Lily. Lo asumía, aunque le costaba digerirlo. Aún era un dolor que llevaba clavado dentro, como una espina que se había arrancado pero cuya herida no cicatrizaba. Lo había intentado con aquel e-mail, lo había intentado yendo a buscarla a su residencia de estudiantes... Había dejado abiertas todas las puertas, pero ella no había querido volver a entrar en su vida. No la culpaba, no podía. Posiblemente él también habría salido huyendo de algo así, por muy fuerte que fuera el sentimiento.

Ahora, sus hermanos estaban obsesionados con buscarle mil y una candidatas a una cita a ciegas. ¿Hace falta decir cuánto le apetecía a Dylan quedar con una desconocida para intentar iniciar una relación? Cero. Necesitaba algo de tiempo para masticar el hecho de que había perdido a la única mujer de la que se había enamorado en toda su vida. De hecho, en aquel momento, ni siquiera se planteaba que algún día pudiera volver a sentir por alguien lo que sentía aún por Lily.

Solo Tiffany guardaba silencio, y eso le daba a Dylan mucho más miedo que lo que pudieran hacer cualquiera de sus hermanos. Estaba seguro de que, el día en que su cuñada encontrara a la chica que considerara ideal para él, se la metería por los ojos de tal manera que a él le resultaría imposible escapar.

—¿Qué mierda haces? —le preguntó Cole desde la puerta del gimnasio. En la planta superior del rascacielos donde se ubicaba Crawford Inc. varias de las empresas que lo ocupaban habían decidido montar un gimnasio, para ahorrarles desplazamientos a los ejecutivos que querían hacer algo de ejercicio entre horas de trabajo o reuniones. Dylan llevaba semanas utilizándolo, pero no acababa de sentirse todo lo en forma que le gustaría.

—Intentar respirar. —Dylan se bajó de la cinta, y su cuerpo se dobló hacia delante, sin resuello.

—Pues se te está dando bastante mal.

—He hecho seis kilómetros a buen ritmo, ¿vale?

—Vale. —Cole se mordió los labios para no reírse.

—A ver, ¿cuánto haces tú?

—Quince.

—¿Cuántos días a la semana?

—¿Cómo que cuántos días a la semana? —Cole se volvió hacia su hermano—. *Todos* los días de la semana.

—Joder.

—Eso solo los sábados. —Le guiñó un ojo y a los dos les dio la risa—. ¿No tienes partido hoy? Es viernes.

—A las seis.

—¿No deberías estar descansando?

—Me voy ahora a casa a dormir hasta la previa al partido.

—He quedado con los chicos para ir a verte.

—Genial. Nos vemos allí, entonces.

—Perfecto.

Las seis de la tarde llegaron, y Dylan se dispuso a saltar a la cancha con sus compañeros. Jugaban contra un equipo de profesores de la Universidad de Nueva York entre los que tenía varios conocidos. Habían alquilado la cancha habitual, en un polideportivo cerca del SoHo. Dylan salía en el equipo titular, y estuvo calentando un rato antes del pitido inicial.

Llevaba unos tres minutos jugando cuando unos tiros libres a favor del equipo contrario le concedieron unos segundos de descanso para echar un vistazo a la grada e intentar localizar a sus hermanos. No era una tarea complicada, pues rara vez había más de una docena de personas en la grada. Miró entornando un poco los ojos, pues, aunque se negaba a reconocerlo, siempre había sido un poco miope, y observó que Tiffany también estaba allí. Con lo que aborrecía los deportes, debía de quererlo mucho para haber ido a verlo.

Entonces, su mirada reparó en la chica que acompañaba a Tiffany y sus sentidos se dispararon. Todos a la vez. Primero, tuvo que agudizar la vista (y, de nuevo, esa no era su mejor cualidad), porque pensó que Tiff habría traído con ella a alguna amiga con la que pretendiera emparejarlo. Después, tuvo que utilizar todo su autocontrol para hacer que disminuyera el ritmo de los latidos de su corazón al ser consciente de que la persona que estaba allí, sentada en medio de toda su familia... era Lily.

Dios mío, ¡era Lily!

El partido se le hizo interminable. Le pidió unas quince veces al entrenador que le permitiera tomarse unos minutos de descanso en el banquillo, pero aquel día solo habían conseguido reunir a seis jugadores, y uno de sus compañeros tenía un tobillo tocado, así que no le quedó más remedio que tragarse más de una hora sobre el parqué mientras su corazón estaba en la grada... y al mismo tiempo saliéndosele del pecho.

Cuando el árbitro pitó el final, a Dylan ni siquiera le importó que su equipo hubiera perdido por dieciséis puntos. Que lo llamaran poco

competitivo sus compañeros si querían, que él solo había una cosa en todo aquel polideportivo que le apeteciera ganarse.

—¿Hola? —El saludo a Lily le salió en forma de interrogación, porque le costaba todavía entender por qué estaba allí. A decir verdad, le costaba creer que estuviera allí.

—Hola.

Lily había llamado a Tiffany muy convencida aquella mañana. Había pasado la noche anterior, como todas en los últimos tiempos, dándole vueltas a una posible solución a su relación con Dylan. Estaba claro que olvidarlo no era una opción, así que tendría que optar por otra. Le había enviado un mensaje a Tiffany para preguntarle si podían hablar, y ella había respondido con entusiasmo. Le había comentado que esa tarde Dylan jugaba un partido con un equipo de aficionados, y a ella le había parecido una idea brillante hacer de aquel pabellón el escenario de su reencuentro. Había estado también muy segura de sí misma mientras se vestía, con un aire un poco más sexy de lo que era habitual en ella, con una minifalda vaquera y un top sin mangas, aprovechando que el calor había llegado con ganas a Nueva York.

Y, en cuanto se había subido al metro de camino al SoHo, toda su seguridad en sí misma se había ido desinflando. Primero, porque iba a conocer de golpe a todos los hermanos de Dylan, a excepción de aquel encuentro fugaz que había tenido con Jackson lo que le parecía una eternidad antes. Y sabía que Tiffany sería la perfecta anfitriona, pero no dejaba de plantearse lo ridículo que sería entrar por la puerta grande en la familia y que, luego, Dylan no quisiera retomar la relación con ella.

Porque ese sí que era su mayor miedo. Que Tiffany hubiera malinterpretado las señales, o que Dylan hubiera rehecho su vida sin comentárselo aún a la familia, y que ella... simplemente ya no tuviera un lugar en su vida.

Todos esos pensamientos conspiraron para que, cuando llegó al polideportivo, sus manos sudaran, su pelo estuviera hecho una maraña de tanto que se lo había colocado y descolocado y que de sus uñas ya apenas quedaran unos pellejos. Por suerte, la acogida por parte de los Crawford fue perfecta. Cálida, y salpicada por pequeñas bromas que la hicieron ruborizarse, antes de que Jackson repartiera un par de collejas entre sus hermanos pequeños y la cosa se relajara.

Y, cuando se sentó en la grada y localizó a Dylan, con el número cuatro en la espalda de su camiseta... los nervios se esfumaron. Verlo fue la constatación de que no lo había olvidado, por si en algún momento hubiera

tenido dudas. Fue darse cuenta de que no entendía cómo había podido sobrevivir dos meses sin verlo. Fue poner su corazón a siete mil revoluciones por segundo y no molestarse en pedirle que se relajara, porque cuando el amor golpea así en el pecho, lo mejor es hacerle caso.

El partido se le hizo largo, y estaba segura de que a Dylan también. Y, cuando se plantó delante de ella, el mundo alrededor desapareció y ni siquiera les salían las palabras.

—¿Qué... qué estás haciendo aquí?

—Si quieres, me voy —bromeó ella.

—Bajo ningún concepto.

A los dos les dio la risa y ya solo quedaron los sentimientos, pugnando por salir. Lily fue la primera en decidirse a hablar.

—He necesitado tiempo para pensar. Para asimilar todo lo que descubrí, primero en aquel periódico y después en tu e-mail. Pero ya lo he hecho.

—¿Y? —La voz de Dylan sonaba tanto a súplica que a Lily se le llenó el alma de ternura.

—No deberías haberme mentido, aunque reconozco que, si me hubieras dicho desde el primer momento que estás forrado de dinero, quizá no te habría dado una oportunidad. Y eso habría sido culpa mía. De todos modos, creo que prolongaste demasiado el engaño.

—Lo siento. De nuevo. Te lo pediré todas las veces que haga falta.

—Ya te disculpaste por e-mail, no hace falta que vuelvas a hacerlo.

—Sí, sí hace falta.

—Vale. Pues acepto tus disculpas.

—¿Significa eso que me perdonas?

Lily solo asintió, y Dylan sintió la necesidad de abrazarla. De besarla. De cargársela al hombro y llevársela a cualquier lugar donde pudieran estar solos, sin los ocho ojos familiares que los escrutaban a una prudencial distancia.

—Lily...

—Lo sé. —A ella se le llenaron los ojos de lágrimas, pero se mantuvo aún alejada. Más porque la intensidad la tenía paralizada que por cualquier otra razón—. Lo sé.

—Con respecto a lo que te contaba en el e-mail...

—¿Sí?

—Las drogas...

—Vale. —Lily exhaló un suspiro profundo—. Lo voy a decir todo de golpe

y no lo repetiré nunca más. Lo que leí me asustó. Me dio pavor. Tú sabes por lo que pasé con mis padres, y jamás pensé que yo podría tener algo con un adicto. Pero te creo cuando dices que llevas años sin probar... nada.

—¿Cómo puedes saberlo?

—Conviví semanas contigo. Y, además... puede que alguien me haya asegurado que no es así. —Lily dirigió su mirada hacia Tiffany, y Dylan la siguió.

—¿Tiffany...?

—¿Cómo crees que he llegado hasta aquí?

—Llevo dos horas preguntándomelo. —Dylan sonrió, con la sensación de que cada vez había menos peso sobre sus hombros. No se notaba tan ligero desde que era un crío.

—Digamos que tuvimos una larga conversación, que quedará entre nosotras, y... aquí estoy.

—¿Y por qué estás aquí? —Como en una coreografía ensayada, en el momento en que Dylan bajó la voz, las luces del polideportivo se apagaron, y Jackson, Tiffany, Cole y Ben, que eran los únicos que quedaban allí, les indicaron con un gesto que se marchaban.

—Porque te he perdonado. Porque te echo de menos. Y porque te quiero.

—Yo...

—¿Tú...? —Las risas nerviosas invadieron el ambiente.

—Yo también te quiero. Joder, estoy loco por ti. Estoy loquísimo por ti.

Y el abrazo llegó. Y con él, el beso. Un beso que fue largo, fue intenso, fue la expresión de una añoranza, de una necesidad. Lo fue todo. Para Dylan. Para Lily. Para el ente que formaban juntos, que no era un tú ni un yo, sino un enorme nosotros.

No estaban en el lugar más romántico del mundo, pero tampoco lo necesitaban. Solo querían estar juntos, solos. Saciarse de todo lo que se habían echado de menos durante su separación.

—¿Te apetece que vayamos a alguna parte? —le preguntó Dylan, aún lleno de prudencia.

—Claro. ¿A tu piso?

—Ya no tengo piso. —Hizo una mueca—. No creo que te apetezca venir al apartamento que comparto con esos dos energúmenos de ahí fuera.

—Pues... resulta que ahora yo sí que tengo un piso.

—¿En serio?

—Sí. En Washington Heights. Puede que tardemos dos días en llegar en

metro.

—O puede que yo tenga un coche aparcado justo debajo de este polideportivo.

—Olvidaba que ahora soy la novia de un multimillonario —dijo Lily, con una mueca.

—Me gusta como suena.

—¿Multimillonario?

—No, boba. —Dylan acarició su cara con los nudillos—. Novia. Eres mi *novia*.

—Soy tu novia, y tu coche no va a durar ni media hora en mi barrio.

—Lo superaré. —Dylan la besó de nuevo.

—¿Nos vamos?

—A donde tú quieras. Por siempre. Y para siempre.

Epílogo

Cuatro meses después

Dylan se apretó el nudo de la corbata con manos temblorosas. Resopló, por enésima vez aquella mañana, y se tiró del pelo hasta dejarlo en un estado que sabía que iba a requerir, de nuevo, la intervención de Tiffany. Se echó un vistazo rápido en el espejo y, en el reflejo, vio cómo sus tres hermanos estaban plantados en el umbral de la puerta del cuarto de baño, con una sonrisa burlona pintada en la cara de cada uno.

—¿No tenéis nada mejor que hacer que tocarme los huevos? —preguntó, con un tono de indignación que no sentía.

—En realidad... no —respondió Ben—. Nosotros aún somos hombres, así que nos hemos arreglado en cinco minutos.

—¡No les hagás caso! —gritó Tiffany desde la cocina. Estaba desayunando por tercera vez aquella mañana, pero ninguno de los Crawford se atrevía a mencionárselo, por si el comentario acabara en vasectomía casera.

—Según mis cálculos —Cole miró su reloj—, tenemos que marcharnos ya.

—Dios no quiera que algo contradiga tu *planning* —se burló Jackson.

Salieron del edificio de Park Avenue apenas veinte minutos antes de la hora fijada. De la hora fijada para la boda de Dylan y Lily. De una boda inesperada y anhelada al mismo tiempo. De una boda que por momentos pareció que nunca llegaría, y por momentos que había llegado demasiado pronto.

La reconciliación de Dylan y Lily había sido preciosa. Preciosa... y certera. En palabras de Cole y Ben, había sido la demostración de fertilidad más asombrosa de la historia de la familia Crawford. A pesar de que Lily tomaba la píldora, y a pesar de que Dylan había decidido que usarían condones hasta que él estuviera totalmente seguro de que Lily confiaba en él, una rotura del látex conspiró con un despiste de Lily y... el resto fue historia. La historia de un embarazo que, cuando se confirmó, estuvo a punto de provocarles un infarto a ambos.

—Es positivo, Dylan —había dicho Lily, en el exiguo espacio del cuarto de baño de su apartamento. Estaba en estado de *shock*, y muy nerviosa, después de cinco días angustiada por un retraso en su habitualmente puntual menstruación y unas ocho visitas al supermercado aquella mañana. A esas alturas, ni siquiera le importaba ya que Dylan hubiera visto aquellos palitos

impregnados de pis desde todos los ángulos posibles.

—Lo sé, cielo. Es el quinto que te haces. Y todos han sido positivos.

—Estoy embarazada.

—También lo sé.

—Vamos a tener un hijo.

—Sí, eso también.

—¿Se puede saber por qué cojones estás tan tranquilo?

Dylan se había tomado unos minutos para pensar su respuesta, porque ni él mismo la conocía demasiado bien. Solo sabía que, cuando Lily lo había llamado casi al alba sumida en un estado de histeria brutal, había tenido tanto miedo a que algo malo le ocurriera que, cuando escucho la palabra «embarazo»... no le pareció tan mala. Y, al ver que un test tras otro mostraban un signo positivo en la pantalla... se sintió en paz. Quizá por primera vez en diez años.

—Porque he hecho muchas cosas mal en toda mi vida y, ahora... ahora siento que por primera vez he hecho algo bien.

Lily no se tomó demasiado bien sus palabras, para qué engañarnos. Le gritó, lloró por una carrera profesional que acababa de comenzar y que ya veía truncada para siempre, y aseguró más de mil veces que no quería ser madre a los veinticuatro años. Hasta que Dylan le preguntó si prefería interrumpir el embarazo y ella lo miró como si le hubieran salido cuatro cabezas.

—Ya no podría.

—¿Entonces?

—Vamos a ser padres.

—Creo que ya lo somos.

Pero Dylan quiso hacer las cosas bien. Por una vez en su vida, decidió seguir una tradición. Así que, aquella misma tarde, habló con sus hermanos para recuperar el control de sus activos en la empresa. Ellos ni siquiera preguntaron; estaban demasiado felices con aquella decisión como para plantear cuestiones. Ya habría tiempo de que las respondiera todas. Y lo primero que hizo cuando su cuenta corriente pasó de albergar unos treinta y cinco dólares a casi mil quinientos millones... fue comprar un anillo. El más sencillo y caro a la vez que fue capaz de encontrar.

No habían pasado ni doce horas de aquel descubrimiento loco del embarazo de Lily cuando Dylan hincó la rodilla en el césped de Central Park, deslizó aquel anillo en el dedo anular de Lily y le pidió que pasara el resto de su vida con él. Ella lloró... y aceptó, por supuesto, aunque casarse a los

veinticuatro le parecía casi tanta locura como ser madre a los veinticuatro. Si se hacen locuras, qué menos que hacerlas todas juntas.

Dylan dejó la organización en manos de Tiffany, y solo le pidió que hiciera sentir a Lily la mujer más feliz del mundo aquel día. Tiff sabía lo suficiente de eventos sociales como para organizar una boda para quinientos invitados, pero la única consigna que recibió de Lily, que se había convertido en aquellos meses de organización en su mejor amiga, fue que quería algo íntimo. Y a poder ser... en un lugar especial. Fue entonces cuando entró en acción Cole, que, moviendo todos los contactos que tenía en el ayuntamiento de la ciudad, consiguió los permisos para que el enlace tuviera lugar en Central Park. Allí había comenzado todo; era el lugar perfecto.

Los hermanos Crawford recibieron muchas miradas de admiración de camino a Central Park. Habían decidido acercarse andando a la ceremonia, pues su edificio quedaba a pocas calles del parque. Y cuatro hombres guapísimos, vestidos con impecables trajes de Armani en color negro... llamaban la atención.

Lily se había quedado en el apartamento contiguo, donde había estado viviendo provisionalmente con Dylan, Cole y Ben, en espera de mudarse definitivamente a su nuevo apartamento después de la boda. Dylan había comprado el tercer ático de aquella última planta del edificio de Park Avenue, que llevaba años vacío, y estaban todavía inmersos en su reforma.

Al principio, él no estaba muy seguro de que Lily quisiera vivir con toda la familia en una misma planta, en plan comuna, pero ella le aseguró que nada la haría más feliz que tener, por primera vez en su vida, esa sensación de familia que siempre había echado de menos. Además, cuando nacieran los niños, todos necesitarían apoyarse los unos a los otros.

Sí, *los niños*. Porque, el mismo día en que Dylan y Lily llegaron a una de aquellas cenas de los jueves con las noticias bomba del embarazo y la boda pesando sobre sus cabezas, temerosos de que la familia se volviera loca en cuanto lo supieran... Jackson y Tiffany hicieron también su confesión. Ellos también estaban esperando un bebé... y las dos mujeres salían de cuentas la misma semana.

Se les aproximaba un año intenso. Ben y Cole seguirían viviendo en su ático. Jackson y Tiffany darían la bienvenida a su hijo en el suyo. Y Dylan y Lily, a su hija en el de enfrente. Dylan sonreía cada vez que pensaba que, en las vacaciones de los años siguientes, al fin la casa de Newport tendría ese sabor a familia numerosa que siempre había anhelado.

Cole también sonrió, orgulloso, cuando sus hermanos comprobaron el trabajo que había hecho en el parque. Entre Tiffany y él habían conseguido que se cerrara al público un pequeño claro rodeado de árboles y allí, en medio, habían instalado unas sillas vestidas con telas de color rosa palo y un pequeño altar con cientos de tulipanes, la flor favorita de Lily, decorándolo. Nada más. El resto de la decoración la ponía el parque por sí mismo: un lecho de hojas verdes, marrones y ocre que hablaban del comienzo de un otoño ilusionante, y las copas de los árboles haciéndoles creer que estaban de nuevo en aquel paraje idílico de Vermont, en lugar de en el medio de Manhattan, rodeados de edificios.

Dylan se quedó sin respiración cuando vio aparecer a Lily. Se le pasó por la cabeza que parecía una princesa, y al mismo tiempo, que era más ella de lo que había sido jamás. Llevaba un vestido blanco de estilo entre bohemio y *hippy*, lo suficientemente holgado para que no se le notara la tripa que ya lucía cuando se vestía con su ropa habitual. A Dylan le encantaba presumir del embarazo de su prometida, pero ella había dicho que, ya que él había querido ser tradicional, la novia no podía presentarse en el altar con un bombo.

Se besaron unas ocho veces antes de que el pastor dijera eso de «puede besar a la novia», pero a nadie pareció importarle. Al fin y al cabo, los únicos invitados eran la familia Crawford, Sherry y su familia, y Alison. Ni Lily ni Dylan tenían demasiados amigos a los que les apeteciera invitar; con aquella gente, se sentían más que plenos.

La ceremonia fue preciosa. Todas las invitadas acabaron secándose lágrimas, y algunos de los chicos también, aunque lo negarían después. Lily llegó al altar del brazo de Jackson, y Cole fue el padrino de Dylan. Tiffany recorrió el pasillo del brazo de Ben, y la comitiva nupcial la cerraron los dos sobrinos de Lily, repartiendo flores y sonrisas a todos los presentes. Dylan y Lily pronunciaron sus votos sin dejar de mirarse a los ojos, y, cuando todo terminó, ambos pensaron al mismo tiempo que se les había hecho demasiado corto, y que jamás olvidarían aquel día.

Comieron todos juntos en un restaurante del propio parque y, mediada la tarde, los invitados empezaron a dispersarse. Alison regresó a la residencia de estudiantes, donde aún le quedaba un curso para licenciarse. Sherry, Joey y los niños volvieron al hotel en el que se alojaban, pues a la mañana siguiente madrugarían mucho para emprender el viaje de regreso a Kentucky. Y todos los Crawford, incluidas las dos mujeres que ahora también llevaban su apellido, se reunieron en el apartamento de Jackson y Tiffany.

Dylan se aflojó el nudo de la corbata y se recostó en uno de los sofás. Lily se tumbó a su lado, apoyando los pies sobre el regazo de su marido. Su marido. Le encantaba cómo sonaba. Él se los masajeó, pues sabía que se le habrían hinchado después de pasar tantas horas de pie.

—¿Es que no puedes dejar de comer ni un solo segundo? —se burló Dylan de Tiffany, que devoraba un pedazo de *brownie* apenas dos horas después de una comida que a todos les había parecido pantagruélica.

—Que me dejes —protestó ella, acompañando sus palabras de una colleja.
—Auch.

—No bromees con una mujer embarazada, hermanito —le advirtió Jackson—. ¿Es que no has aprendido eso?

—Lily es normal. No como tu mujer. ¿Verdad, cariño?

—Estamos perdiendo un tiempo precioso riéndonos de las dos gordas estas —Cole se rio, mientras les hacía una mueca de falsa disculpa a ambas, que lo fusilaban con la mirada—, cuando podríamos estar comentando cómo de pegado bailaba Ben a la amiga de Lily.

—¡Eh! Yo no me he metido con nadie. Dejadme en paz.

—Venga ya, enano —Jackson se unió a las risas—. Eso se parecía más a follar en vertical que a un baile decente en una ceremonia.

—Qué comentario tan bonito y respetuoso, hermano mayor —protestó Ben.

Todos se rieron y, pese a las burlas hacia Tiffany, la mayoría acabaron cayendo en la tentación de picotear de los bizcochos que se acumulaban en la cocina desde que a Cole le había dado por la repostería.

—Yo... —intervino Dylan. Llevaba horas deseando quedarse a solas con sus hermanos para decirles algo que había decidido semanas atrás—. Quería contaros algo.

—Madre mía, la última vez que dijiste eso nos ha llevado hasta el día de hoy —recordó Cole.

—¿Podríamos hablar en serio por una vez en la vida?

—Lo veo complicado —reconoció Lily.

—Pues... me vais a escuchar. Allá va la noticia: en cuanto os parezca bien... he decidido volver a trabajar en Crawford Inc.

La noticia fue recibida con abrazos, celebración y una sensación general de que todo volvía a estar en su sitio. Y era cierto. En pocas semanas, Dylan y Lily tendrían su piso terminado, dispuesto para que lo estrenaran en esa nueva vida a la que en cinco meses se uniría un nuevo miembro. Él se incorporaría a la empresa familiar, a aquel puesto que sus hermanos decían que jamás

debería haber dejado, aunque él sabía que el tiempo que había pasado fuera de ella le había servido para aprender más que todos los anteriores. Lily había decidido continuar trabajando en la clínica veterinaria, aunque a media jornada, también después de que naciera el bebé; las tardes las dedicaría a trabajar desde casa con Tiffany, en la gestión de la Fundación que Dylan había ayudado a fundar. Y, además...

—Aún no te he dado mi regalo de boda —le susurró Dylan a Lily, aunque todos los hermanos lo escucharon.

—¡Sí, sí! ¡Dáselos ya! —se precipitó Tiffany.

—¿Cómo? ¿Regalos de boda? Yo ni siquiera te he comprado nada...

—En realidad... En realidad, yo tampoco te he comprado nada. —Se dirigió a Jackson y a Tiffany—. Chicos, ¿los traéis?

El matrimonio desapareció en una de las habitaciones del fondo, y regresaron con un cachorro de perro, pequeñísimo, y un gato algo más grande, en los brazos. Fueron recibidos en el salón con muchos «ooooh» y muchos «aaaaah».

—Pero, pero... ¿Canela?

—Sí, es Canela —le dijo Dylan, señalando hacia el cachorro, precisamente de ese color, el de la canela, que Tiffany traía entre sus brazos—. Sé que te encariñaste mucho con ella cuando tuvo tantos problemas para nacer y en la asociación me han permitido adoptarlo en tu nombre.

—¿Y...?

—Y este gato es para mí, porque sé que el perro te va a adorar, y no quiero celarme.

—¿Tiene nombre?

—Se llama Pepper. Tiene unos cuatro años, ha vivido en una casa, pero... dejó de interesarles.

—Hola, Pepper.

Lily, con los ojos llenos de lágrimas, saludó a uno y otro animal. Una de las muchísimas diferencias entre Dylan y Lily era que él adoraba a los gatos y ella a los perros, pero cualquier veterinario que se precie sabe que los animales no se dejan elegir, sino que son ellos quienes eligen. Y Pepper eligió adorar a Lily sobre todas las cosas desde aquella primera vez que se vieron. Era un gato gris, con el pelo esponjoso y los ojos de un tono entre amarillo y mostaza, que no dejó de ronronear desde el momento en que se acurrucó en su regazo.

Canela, en cambio, estaba a punto de precipitarse de sus brazos para

volver con Dylan. Había sido todo un reto ocultar la presencia de aquellos animales durante tres días en plena vorágine de los preparativos de boda, pero una familia numerosa tiene la ventaja de que siempre hay alguien disponible para dar de comer a un gato, sacar de paseo a un perro o proporcionar una coartada si al teléfono se escucha un maullido. Y en aquellos paseos con Canela que Dylan había utilizado para desconectar de los nervios previos al gran día... la perra se había enamorado de él casi al mismo nivel que Lily.

Dylan pensó que su vida, de repente, se había puesto realmente interesante. Acababa de casarse, con veintiocho años recién cumplidos. En cinco meses sería padre. Tenían una perra y un gato. Una casa que apenas estaba acabada de construir. Y, en cuanto regresaran de una corta luna de miel en una cabaña de Vermont llena de recuerdos... se incorporaría a la empresa que había abandonado dos años atrás.

Y lo más importante de todo... se había perdonado. Al fin. Se había dado cuenta de que, si toda la gente que lo quería confiaba en él y le perdonaba sus pecados del pasado, continuar él anclado a aquel rencor hacia sí mismo sería... sería fallarles.

—Estoy muerto. Me retiro a dormir. Mañana quiero pasar por la oficina para empezar a preparar el traspaso de responsabilidades a Dylan.

—¿Os dais cuenta, chicos? —Ben llamó la atención de todos—. Cole siente la necesidad de ser aburrido incluso el día de la boda de su hermano.

—Que te calles, imbécil.

—¿Podéis dejar de pelear? ¿Al menos hoy? —protestó Jackson, y a continuación se dirigió a los recién casados—. Y vosotros, ¿de verdad no queréis que os dejemos nuestro piso para pasar la noche?

—No querríamos que tuvieras que trasladar a tu mujer y los doscientos dieciocho kilos de comida que necesita al día.

—¡Auch! —Dylan se quejó de la colleja que le dio Tiffany. Habría jurado que le daba al menos una al día—. De verdad, chicos, estaremos bien en mi habitación del piso de al lado.

—¿En serio vas a pasar tu noche de bodas con esos dos imbéciles durmiendo en la habitación de al lado?

—Seguimos aquí, ¿sabes? —protestó Cole.

—Tampoco es que esto haya sido una boda del siglo XVIII —se burló Dylan—. A juzgar por la barriga de la novia, juraría que ya hemos follado con anterioridad.

—¡Auch, joder! ¿Tú también, Lily?

Entre risas y bromas, se retiraron a aquel dormitorio que compartirían aún durante unos días hasta que lo más básico del piso nuevo estuviera listo para que entraran a vivir en él. Lily imaginó un futuro en que esas risas y esas bromas fueran la tónica general de cada día, y no pudo evitar que una sonrisa enorme se le pintara en la cara.

—Te quiero muchísimo, Lily —le susurró él cuando se quedaron a solas—. Siento que esta no sea la noche de bodas perfecta. En teoría, el piso ya debería estar acabado, pero...

—¿Sabes qué, Dylan?

—¿Qué?

—No me importa nada dónde pasemos la noche de bodas. Me importa dónde pasemos el resto de nuestras vidas.

Dylan y Lily hicieron el amor toda la noche. Dormían, despertaban, se amaban, volvían a dormir, volvían a despertar. Era el círculo vicioso más perfecto del mundo. Por eso, era más de mediodía cuando despertaron de verdad. Cuando los timbrazos del teléfono móvil de Lily los sacaron de una ensoñación en la que la vida les sonreía. Sonó y sonó y sonó, hasta que ella no tuvo más remedio que levantarse de la cama y responder.

Dylan creyó que había pasado directamente de un sueño a una pesadilla. Que no podía estar despierto. Que era imposible que la mejor noche de toda su vida hubiera derivado en aquella llamada de la que no sabía nada, excepto que no traía buenas noticias. Lily lloraba, entre hipidos que le desgarraban el corazón, y pronunciaba frases a las que Dylan trataba de darles sentido, aunque apenas era capaz, pues su propio cerebro estaba abotargado por culpa del despertar abrupto, la preocupación y el puro pánico.

La escuchaba hablar de su hermana, de sus sobrinos, de su cuñado.

De una carretera en mal estado.

De un reventón inesperado.

De un accidente de tráfico.

De dolor. De un dolor que habría dado cualquier cosa por arrancarle a ella del pecho y cargarse a las espaldas para siempre.

—Lily, cariño, ¿qué pasa? ¿Qué ha pasado?

Se lo había preguntado decenas de veces durante la llamada, pero ella lo único que había sido capaz de hacer fue acallararlo para centrarse en aquellas

palabras que le comunicaban por teléfono la peor noticia de su vida. Cuando Lily colgó, Dylan al fin comprendió lo que había ocurrido.

—Mi... mi hermana ha tenido un... un accidente. En el viaje de... de vuelta a Kentucky.

—Dios mío, Lily. —Dylan se levantó de un salto y corrió a su lado—. ¿Están bien? ¿Los niños?

—Se han salido de la carretera... y han chocado contra... contra un árbol —Lily hablaba entre hipidos, presa de una mezcla de histeria y dolor que Dylan no sabía cómo ayudar a paliar—. Los niños... los niños están bien. Ilesos, me han dicho. El golpe ha sido en la... en la parte frontal del coche.

—¿Y ella?

—Me han llamado del hospital. Sherry se ha... se ha roto una pierna. La van a operar esta tarde, pero... pero está fuera de peligro.

Dylan conocía a Lily. Puede que no hubieran estado juntos demasiado tiempo, puede que aún les quedaran muchas cosas por saber al uno del otro, pero sabía que ella no estaría así de destrozada sabiendo que sus sobrinos estaban ilesos y su hermana *solo* tenía una pierna rota. Así que hizo la pregunta cuya respuesta más temía.

—¿Y Joey?

—Ha... —Lily lo abrazó y sus lágrimas mojaron el hombro desnudo de Dylan. Lloró durante minutos, aunque a él le parecieron horas, años... porque su dolor se le clavaba dentro—. Ha muerto en el acto.

—¡Dios mío!

—No sé... no sé... Tengo que comprar un billete de avión a Kentucky. Tenemos... tenemos que ir a estar con los niños.

—Tranquila, cariño. —Dylan le acariciaba la espalda mientras hablaba—. Vete a darte una ducha y deja que yo me encargue de todo.

—Vale. Hay que... hay que cancelar la luna de miel. —Lily volvió a llorar, si es que había dejado de hacerlo, aunque Dylan sabía que no tenía nada que ver con perderse aquel viaje.

—No te preocupes por nada. Ya habrá tiempo para viajar y para estar juntos. Eso es lo de menos ahora. Ahora lo importante son Sherry y los niños.

—Tenemos que... Yo... No sé cómo pedirte esto, pero...

—Sí, Lily. Los traeremos a vivir a Nueva York.

FIN

Towanda Richardson es una escritora española que debutó en la novela romántica con *El secreto mejor guardado de Jackson* y, tras la publicación de *La identidad oculta de Dylan*, trabaja ya en el tercer volumen de la serie, *La vida inesperada de Cole*, que verá la luz muy pronto y contará la historia del tercero de los hermanos Crawford, cuya vida da un giro inesperado cuando una joven viuda y sus dos hijos irrumpen en ella.

Si deseas contactar con Towanda, puedes encontrarla en Facebook ([Towanda Richardson Escritora](#)) o enviarle un email a towandarichardson33@gmail.com y te responderá lo antes posible.